

CARLOTA
MANZANO



*¡Puedo
contigo!*

¡Puedo
contigo!

Primera edición.

¡Puedo contigo!

©Carlota Manzano.

©Marzo, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo.](#)

Capítulo 1



De Málaga a Castellón el viaje en tren se hace interminable. Ya podían haber puesto un AVE, y no que parece que se está viajando a la otra punta del planeta, virgen santa. Un ave... eso me hubiera gustado a mí aquel día; poder volar. Pero como un avión, más que como un pájaro.

Estaba deseando alcanzar aquella tierra que me esperaba, ese lugar donde, de momento, tendría que cubrir una excedencia por dos años en un colegio de educación primaria. Después, ya se vería.

Me ilusionaba muchísimo la idea, y es que era la primera vez que me enfrentaba a una aventura así. Hasta entonces, había hecho suplencias cortas ejerciendo de profesora en colegios de la zona de Málaga, ciudad en la que vivía con mi madre. La inestabilidad laboral no me había permitido independizarme aún a mis veintiséis años, pero había llegado ya mi gran oportunidad.

Castellón como tal no lo conocía. El sitio más cercano en que había estado era Oropesa del Mar, precisamente en Marina d'Or. Y en vacaciones, como no podía ser de otra forma. Seis años antes, en pleno verano, había pasado allí una semanita con Quique, mi por entonces novio. Cortamos unos cuatro meses después de aquello.

Sentada en mi sillón junto a la ventanilla, en aquel tren que me iba acercando a ese colegio de la costa valenciana, se me vino al pensamiento inevitablemente aquel personajillo. Más que nada, el día que apareció por las puertas de mi casa con su “sorpresa”, ese viaje a la famosa “ciudad de vacaciones” que había estado planeando a mis espaldas.

—Adivina dónde nos vamos el mes que viene, Susi —me dijo emocionado.

—Ummm. ¿Al circo? —le respondí en plan burlona. Nosotros nos entendíamos.

—¡Qué malaje eres! Ea, pues ya no te doy tu entrada —Cruzó los brazos y frunció los morros, pero de coña.

Quique era un guasón de tomo y lomo. Un payaso, que decían mis amigas, aunque me constaba que lo decían de coña en plan cariñoso. A sus veinticuatro años, seguía siendo un niño para muchas cosas. El problema es que esas mismas cosas que al principio me hacían tanta gracia, con el tiempo, cada vez me hacían menos. No es que tuvieran mucha importancia, pero me iban dando a entender que no éramos compatibles.

Detalles como que se negara tajantemente a peinarse para salir a la calle o a llevar la ropa planchada hacían que me llevaran los demonios. Una siempre tan mona hecha un pincel para salir al cine o a cenar con su chico, y él... pues eso; con los pelos como un loco y más arrugas que un acordeón en las camisas y pantalones. Más de una bronca tuvimos a cuenta de asuntos por el estilo.

Sin embargo, era un chaval súper responsable en aspectos fundamentales como el trabajo. Y guapo, no, lo siguiente. Tenía un trabajo fijo como chapista y pintor en un taller de coches de Málaga con muy buena fama. Justo allí fue donde nos conocimos.

A mi madre le habían dado un señor porrazo por detrás en su Peugeot y esa mañana la acompañé a dejarlo para que se lo reparasen. Ella conocía de sobra a los cuatro chicos que curraban en aquel taller, pues eran ya unas cuantas las veces que había tenido que dejar en él su troncomóvil, como ella lo llamaba, pero esta que está aquí no había pisado por allí en su vida.

Era un día de mediados de febrero y hacía un frío que pelaba, por lo que, tras dejar su tartana en aquel establecimiento, entramos a tomarnos un café en un bar que había enfrente. Sentadas en la barra, todavía no nos los habían servido cuando Quique entró y se plantó del tirón en un taburete junto a nosotras. Parece que les estoy viendo; mi madre se frotaba las manos para entrar en calor y el otro venía con una chaqueta negra de cuero, encima de su mono azul de trabajo lleno de manchas.

—¿Hora de desayunar, Quique? —le preguntó.

—Hora de tomarse un tentempié, Rosa.

—Vaya fresquito que hace, ¿eh?

—No pasa nada, mujer. Eso tiene fácil solución.

Sin encomendarse a Roma ni a Santiago, se quitó su cazadora y se la plantó a mi madre por encima de los hombros. Tal era la confianza que se tenían los dos. Desayunamos juntos y, a la hora de soltar la gallina, aquel chaval tan monísimo no permitió ni bien ni mal que mi madre abriese la cartera para pagar. Quique se empeñó en invitarnos y yo me monté minutos después con ella en el autobús de vuelta a casa más feliz que una perdiz porque le había notado bastante interés en mi persona. Esas cosas se notan a leguas.

Cerca de una semana tardarían en tenerle el coche listo. Para ser sincera, diré que se me pasó por la cabeza pasarme por allí cualquier mañana como el que no quiere la cosa para dejarme ver, pero me pudo más el corte. En cambio, me apunté sin vacilar a la recogida del troncomóvil.

—¿Pero tú no tienes clase hoy? —me preguntó mi madre.

—No. Lo único que tengo hoy es un examen a las doce y media.

Mentira de las gordas. Como de costumbre, debería haber estado a las nueve de la mañana en clase, pero no quise perderme la oportunidad de volver a ver, sin trampa ni cartón, a aquel chaval tan simpático y tan guapo con esa nariz chatilla y esa melenita de rizos a la altura de los hombros. La ocasión la pintan calva y yo no iba a dejar escapar la mía.

Si ocurrente había estado la primera vez, la segunda ya ni te cuento. No solo se emperró en volver a invitarnos a desayunar tras entregarnos el coche, sino que cuando me quise dar cuenta, llevaba encima su teléfono apuntado en un kleenex. Él sabría cómo se las apañó para metérmelo en el bolsillo de mi abrigo sin que me coscara de nada, pero no lo vi hasta más tarde, ya en casa, al ir a echar mano de un bolígrafo que siempre solía llevar en él.

A partir de ahí empezamos con el tonteo. Lógicamente, fui yo la que dio el primer paso escribiéndole por wasap de inmediato, puesto que Quique no tenía mi número y había dejado su suerte en mis manos. Esa misma tarde volvimos a vernos para tomar una cerveza. Y la siguiente, y la otra, y la otra...

Mi madre, aunque se quedó muy sorprendida al saber lo que me traía con el guapísimo chapista, dio el visto bueno a mi relación con él; una relación que acababa de comenzar.

—Es un chaval muy majete, Susana, un poco locuelo, pero buena gente.

—Y súper gracioso —apuntillé—. Está siempre con las bromas y me harto de reír con él.

—Eso es lo importante, hija, tener al lado a alguien que te haga reír.

Eso era justamente lo que le hacía falta a ella en su vida, pero desde la muerte de mi padre, teniendo yo diez años, mi madre no había conocido a ningún hombre que le llamase la atención. A decir verdad, no movía ningún dedo para ello. Y no era lo que se dice una persona amargada, pero pocas veces asomaba la sonrisa a su rostro. Sus razones tenía la mujer, aunque, bajo mi punto de vista, ya había pasado sobrado tiempo para ir superando todo aquello.

Encontrándose mi padre todavía en vida, ella tenía sus sospechas de que la estaba engañando con una compañera de hospital. Sin embargo, nunca pudo corroborarlas hasta el día de su muerte, que no pudo ser más trágica.

Se suponía que aquel domingo mi padre estaba de guardia, con lo que salió por la mañana temprano de casa como si tal cosa para volver a la mañana siguiente. Pero no fue él quien apareció de vuelta por casa, ni a esas horas. Estábamos cenando ese mismo domingo cuando una pareja de la guardia civil llamó a la puerta. Me duele muchísimo recordar todo aquello, por lo que abreviaré: venían a notificarnos que mi padre, a quien yo adoraba, se había estrellado en la carretera con el coche, muriendo casi en el acto. Y no iba solo. En esos momentos le acompañaba Belén, una auxiliar de clínica. Ya no hubo lugar a más dudas para mi madre. Y siendo como yo era hija única, nos quedamos las dos solas de un día para otro, pero la vida tiene esos golpes.

Todo esto ha venido a colación de lo de mi historia con Quique. Estaba contando que una de las cosas que más me atrajeron de él desde el punto y hora en que le conocí era ese sentido del humor suyo. Tres años duró nuestra relación, una relación en la que hubo de todo, como en cualquier pareja.

Quique quería que nos casáramos cuanto antes, pero yo no lo tenía claro aún. Por un lado, porque me encontraba en plena carrera y prefería terminarla y situarme antes de dar un paso tan

importante como aquel. Por otro, me sentía indecisa, y no es que no le quisiera, ojo. Pero, como ya dije, teníamos caracteres bastante diferentes. Al margen de lo que ya expliqué sobre que era un chapucero al que le importaba un pimiento su imagen, había otra serie de puntos que no terminaban de convencerme.

Mi novio era muy bueno y muy santo y todo lo que ustedes quieran, pero tenía unos arranques bastante chungos también. Se encendía de repente por cualquier chuminada y ya se ponía de morros, ¡cualquiera le sacaba de ahí! En eso salía a su padre, Ángel, que de ángel no tenía ni un pelo. Angelito negro, en tal caso.

Por su parte, Carmen era una mártir que soportaba estoicamente todas las manías de su marido, un marido que, cuando le entraba la vena y se mosqueaba con ella por cualquier estupidez también, dejaba de hablarle por unos cuantos días. Ya de paso, pagaban el pato los hijos e incluso los vecinos, a los que retiraba el saludo sin ton ni son hasta que a él se le pasaba la ventolera.

Empecé a preguntarme si esos puntos de Quique que parecía haber heredado de su padre no se agravarían con el tiempo. Desde luego, esta que habla no estaba dispuesta a soportarlos, pero claro, imaginaba que más tarde, una vez casados, podría encontrarme con esa papeleta.

En esas se cruzó Jorge en mi vida, dándole un giro total. Ese otro hombre entró en ella arrasando en unos momentos en que ya estaba planteándome dejar a Quique. Dicen que la novedad es muy bonita, y qué cierto es.

Me dejé llevar por esa nueva ilusión y una tarde, al terminar de ver una película en el cine, hablé con mi novio. Juro por Dios que hasta entonces Jorge no me había puesto todavía ni un dedo encima, y no por falta de ganas por ambas partes, pero a mí no me parecía ético. Lo de poner cuernos no va conmigo.

Quique se quedó de piedra. De hecho, tenía razón yo con mis conjeturas sobre su genio, y es que ya aquel mismo día me armó un buen numerito saliendo por las puertas de ese centro comercial en que se encontraban las salas de cine. Y eso que no me había atrevido a mencionarle ni siquiera la existencia del otro. Simplemente le expuse que ya no me sentía a gusto con nuestra relación y que lo mejor era dejarlo ahí.

—En tal caso, lo mejor para ti —me respondió con la máxima frialdad y con cara de odio.

—Para los dos, Quique —Trataba de hacérselo entender, a sabiendas de que lo nuestro no iba ya a llegar mucho más allá.

—Claro que sí, ¡para los dos! —Su tono no podía ser más irónico—. ¡Pero eso lo decides tú nada más! ¡¿Verdad?!

—Yo no te estoy chillando, así que, por favor, a mí no me grites, ¿vale? —le pedí.

—¡¡A la mierda!! —me gritó más fuerte aún—. ¡No quiero volver a verte ni en pintura!

Sin más ni más, echó a correr calle abajo y me dejó allí sola. Tampoco puedo decir que me quedara como perro al que le quitan pulgas habiendo puesto el punto a final a mi relación. Al revés, me senté en un banco y rompí a llorar como la Magdalena. A fin de cuentas, tres años dan para mucho y te dejan infinidad de recuerdos. Aparte, me entró de repente mucho miedo por si me estaba equivocando.

Nunca sabré si seguir con él hubiera sido un error o no, pero juntarme con Jorge sí que fue un desacierto total. Cinco meses estuvimos juntos; tiempo más que suficiente para desenmascarar a aquel donjuán que me había conquistado con tanta zalamería.

Pese a mi juventud, ese desengaño me quitó por completo las ganas de más hombres. En cuanto a Quique, no le había vuelto a ver y no sabía qué sería de su vida, pero por casualidad, un par de meses antes de poner rumbo a Castellón me encontré con María, una prima suya con la que siempre me llevé muy bien, y por ella supe que ese primer novio mío no había vuelto a tener pareja desde nuestra ruptura.

—Te digo yo que creo que no ha podido olvidarte, Susi —llegó a decirme María.

—Anda ya, mujer. Será que todavía no ha encontrado a ninguna chica que le haga tilín.

Fuera como fuera, así estaban las cosas...

Capítulo 2



Ese mediodía de sábado, con el anuncio por megafonía de la llegada de aquel tren a Castellón, comenzaba para mí una nueva vida lejos de mi querida Málaga. Empezaría a trabajar el lunes, por lo que había querido apurar casi hasta el último minuto en mi casa.

Al levantarme del asiento para coger mi equipaje me sacudió una extraña sensación; una mezcla de miedo y euforia a partes iguales. Tenía que dirigirme al apartamento de Matilde, una señora de cierta edad a la que se lo había alquilado un poco a ciegas, básicamente porque estaba muy bien ubicado en el centro y a dos pasitos del colegio, como quien dice. La mujer había insertado en una página de alquileres el anuncio de su piso, pero sin fotos, según ella, porque hasta ahí no llegaba.

—Vosotros, la gente joven, os apañáis muy bien con estos cacharros, pero los que vamos ya para viejos no nos entendemos con los móviles —me había aclarado por teléfono.

—Bueno, pero en el anuncio dice que el apartamento está bien, ¿no?

—¡Uy! Ya lo verás, hija. Está que da gloria verlo. Además, lo tengo como los chorros del oro. Date cuenta de que hasta lo he mandado a pintar la semana pasada para alquilarlo, así que no te preocupes por nada. El sofá está impecable, el colchón también está nuevito, en fin.

—¿Y dice que tiene una terraza?

—Bueno, sí, verás... no es que sea muy grande, pero es muy apañadita para tomarte un refresquito en ella por las noches.

—Está bien. No tengo mucho tiempo para andar mirando pisos, más que nada porque vivo en la Conchinchina, así que no puedo verlos físicamente, pero me fío de lo que usted me dice, Matilde.

—Haces bien, hija. ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Susana.

—Ah, eso, Susana. Pues lo que te decía, que el apartamento está para llegar y entrar a vivir sin más. Ya lo verás.

Ya lo vi, ya. Y casi me quedo muerta ya también nada más abrir el portón.

Valiéndose de su hijo, la mujer me había hecho llegar por email el contrato de alquiler, mismo contrato que tuve que imprimir y devolverle firmado por correo certificado.

Matilde vivía en un pueblo a bastantes kilómetros de Castellón, por lo que tampoco había acudido personalmente a entregarme las llaves. Habíamos pactado que me las entregaría el portero del edificio; un tipo bigotudo y bastante seco.

Según entreabrí la puerta de aquel tabuco ya me acordé de ella y de su calavera, y es que, aun con las persianas medio bajadas, pude ver desde la entradita la clase de mobiliario que me esperaba: digo de esas películas de Alfredo Landa y Paco Martínez Soria que tanto le gustaban a mi abuela.

Por cierto, en la consola de entrada me recibió el clásico gato dorado ese tan feo con el puño dale que dale para adelante y para detrás. Mi madre dice que a ese debieron inventarlo los chinos inspirándose en Ruiz Mateos a raíz del famoso “que te pego, leche” al Miguel Boyer. Aquel terminó cobrando. Como mi casera, que ya se había llevado por adelantado el primer mes de alquiler más el de depósito de fianza.

Y sí, claro que todo estaba la mar de limpito, pero vamos, que lo hubiera preferido lleno de mierda hasta el techo, pero más “modernito”, como diría la cachonda mental de mi vecina Inés. Si lo llega a ver, se mea de la risa.

El piso era pequeñito, cosa que una sabía de antemano. Con lo que no contaba era con que tendría que descorrer totalmente aquel pesado cortinaje de terciopelo verde para que entrase algo de luz en el salón, que era, al igual que el resto de las estancias, oscuro para todas sus muelas.

Sobre el sofá de skay rojo burdeos con sus correspondientes pañitos de ganchillo en los brazos y

el respaldo, el cuadro de la cacería. No, no es cachondeo, lo juro por mi vida. Ahí estaban los galgos y su dueño en mitad del campo en plena persecución, enmarcados con una moldura dorada más ancha que mi puño.

Delante del sofá, y haciendo juego con el mueble, una mesa tipo libro de madera oscura castellana, con varios platillos de “plata” encima a modo de adornos. Miré a la antigua tele de culo y pensé que aquel trasto, si funcionaba, me ofrecería un recital en blanco y negro de “Los Beatles” o “Los Pekenikes”. Tal era la sensación allí dentro; un salto atrás en el tiempo de lo menos cuarenta o cincuenta años.

El dormitorio no se quedaba atrás, valga la redundancia, con ese cabecero niquelado de arcos y una colcha de lana de rayas de colores, tejida seguramente por aquel personaje que bien me la había dado con queso. En el techo, con más años también que Matusalén, una lámpara con una larga cadena y cuatro globos por tulipas. Dos de ellas, con las bombillas fundidas.

Estuve tentada de llamar por teléfono a mi casera y ponerla a parir al echar ya un vistazo general a la cocina, y es que solo de pensar que tendría que agenciármelas en aquel inmenso fogón blanco con tapadera y horno de butano incluido, casi me da un telele.

Pero no era plan. La culpa era mía y solo mía por no haber insistido en verlo todo en fotos. Bien que la doña había tirado del hijo para hacerme llegar a distancia el contrato, pero para lo de las fotos tiró de su ignorancia. Aquella individua debía saber más que los ratones colorados. Además, tal y como me dijo, todo estaba la mar de limpito y bien conservado, así que... ajo y agua, Susanita.

En lugar de llamarla a ella, le di un toque a mi vecina Inés para contarle lo que me había encontrado, a sabiendas de que me haría pasar un buen rato con su humor.

—Míralo por el lado positivo, cochete —me soltó al final —No creo que ahí tengan pelotas de entrar ni los ladrones, así que sobresaltos no te vas a llevar, desde luego.

—No, claro. Pero vamos, que miedo me da tirar de la cadena de la cisterna esa colgada ahí en lo alto del retrete. Todo sea que me la tire encima del jalón y me abra en dos la cabeza.

—Qué exagerada eres, mujer.

—Claro, claro. Date una vueltecita por aquí, que te voy a enseñar yo a ti lo que es una terracita para tomarse algo al fresquito por las noches.

—Ah, mira, algo es algo, por lo menos tienes un desahogo.

—Vamos, no me fastidies, tía—diciéndolo, ya es que me entró la risa tonta—. Una terracita, me dice la gachí. Un mojón, eso es lo que es ese mini balcón acristalado, que está más oscuro también que la boca del lobo. Con el bloque de enfrente tan pegado, es más triste que el copón.

—Me parto contigo.

—¿Que te partes? Tú espérate, que ahora te mando una foto de las dos sillas “para tomar el fresquito”, con su mesa de camilla ahí en medio. ¡Para verla, con su tapete rosa de ganchillo! Me cago en *toas* mis castas. La vieja esta no tiene desperdicio con las agujas, no.

La verdad es que tenía ganas de llorar. ¿Dónde me había metido yo, madre mía? Pero “lo mejor” vino al día siguiente cuando puse la lavadora a mediodía y me fui a por pan y algunas cosas más a una tienda cercana. Al volver me encontré el pastel. Como había una familia esperando el ascensor, decidí subir por las escaleras. A fin de cuentas, mi “lindo apartamento” estaba en el tercero y el ejercicio físico, dicho sea de paso, era lo mío.

Subiendo los escalones que separaban el primer piso del segundo vi avanzando el agua lentamente, cayendo en cascada de unos a otros. Me extrañó muchísimo, aunque no se me pasó por la cabeza en ningún momento su procedencia. A medida que avanzaba, el reguero de agua era cada vez más grande. Fue al alcanzar la planta tercera cuando me entró el ataque de nervios. Aquello era un río desbordado que salía por debajo de mi puerta.

Solté rápidamente la bolsa en la consola de bronce de la entrada y entré en la cocina, que más que una cocina era una auténtica laguna entre cuatro tabiques de horrorosos baldosines de flores de los años de la Tana. Maldiciendo mi suerte, no me quedó ya más remedio que llamar a Matilde para ponerla al corriente de lo que allí se cocía.

—Ah, ¿sí? Pues fijate tú que a mí no me ha dado nunca ningún problema. Bueno, mujer, tú no te preocupes por nada, que ahora te mando para allá a mi marido. ¡Vicente! ¡Arreando! ¡Levántate

del sofá, que tienes faena! —le gritó al otro.

Vicente tenía que llamarse precisamente, y es que me lo imaginé tan tranquilo en plan pachorra viendo el fútbol como el de “La que se avecina”. Tampoco me equivoqué mucho, porque aquel hombre debía tener más o menos su edad, algo más quizás, y parecía que igualmente se le caían los h... Uff, iba a decir una barbaridad.

Tal y como me temía, el marido de mi casera no fue capaz de arreglar lo que quisiera que tuviera esa lavadora infernal; otra joyita de la casa. Eso sí, me aseguró que al día siguiente sin falta tendría allí al técnico.

—Tendrá que ser por la tarde, porque por la mañana trabajo —le advertí.

—Ojú, vamos a ver, porque me parece a mí que este hombre no trabaja por las tardes —me soltó tan tranquilo—. Es un coleguita mío, así que ahora cuando llegue a casa le preguntaré y ya te digo lo que sea.

Que para el martes, me aseguró más tarde por wasap. Empezaba bien la cosa, señores. Entre recoger cubos y más cubos de agua a base de darle a la fregona, y exprimir la ropa para tenderla me pasé un par de horas la mar de entretenida. Ropa no es que tuviera mucha en la lavadora, el chándal del día anterior, los calcetines y las bragas, además de un par de juegos de cama aquí de mi prima, que debieron pertenecer en su día a Cleopatra. Al sacarlos del cajón vi que tenían un pestazo a humedad flipante y los había echado al tambor para darles un agüita. En qué hora...

Estaba más cabreada que un mico el lunes por la mañana. No ya por lo del numerito de las cataratas del Niágara, que también, sino que al ir a fregar el vaso del desayuno se me rompió y me hice un buen corte en el dedo. Lo que me faltaba para el canto del duro, vamos.

Para mí que hubiera necesitado un punto de sutura, pero ni tenía tiempo para ello ni me hacía chispa de gracia el asunto. Siempre he sido una acojonada para esas cosas, así que, en su lugar, corté unas tiritas de esparadrapo que encontré de casualidad en la taquilla del lavabo (mejor omito su descripción) y me hice unos puntos de aproximación a mi manera.

Con ese apaño cogí la puerta y tiré para el colegio, vestida con un sencillo traje de chaqueta y con tiempo de sobra para pasarme por el despacho de profesores al objeto de ir conociendo algunas

caras.

No contaba yo con verlas tan de cerca, no. El topetazo que le di a uno con la puerta en todo el hocico al abrirla de golpe no fue la mejor forma de empezar en aquel nuevo colegio, las cosas como son, pero eso era lo que había, y todo por culpa de mis nervios.

—¡Por Dios, mujer! —exclamó el hombre echándose mano a la cara—. Poco más y me rompe usted la nariz.

Sí, solo hubiera faltado eso, madre mía de mi vida y de mi corazón; haberle dejado la nariz como la de un boxeador. Hubiera sido una pena, porque aquel individuo tenía una cara bastante mona...

Capítulo 3



—Buenos días, ¿se puede?

—Buenos días. Adelante —me contestó con una amable sonrisa una mujer de unos cuarenta años. La otra lo hizo de peor gana, después de echarme una descarada mirada de arriba abajo.

—Soy Susana. Empiezo a trabajar hoy aquí con niños de quinto —le dije a modo de presentación a aquella, más mayor que la otra.

—Estupendo. Encantada —me respondió—. Yo me llamo Bea y ella es Tamara.

La tal Tamara seguía mirándome de aquella forma y como si fuera muda.

—No eres de aquí, ¿verdad? —prosiguió Bea.

—No. Soy de Málaga.

—Ya me parecía a mí que ese acentillo tenía que ser andaluz. Mira, pues aquí tienes otra andaluza, Tamara es de Jaén.

—Ah, ¿sí? —Me volví hacia ella sonriéndole, tratando de deshacer un poco la tensión.

—Sí. —Fue lo único que me contestó, y más seca que un cuarto de especias. La tipa parecía haberse cerrado en banda, con lo que desistí rápidamente de mi empeño y me dirigí de nuevo a Bea.

—¿Y este hombre al que he dado el golpetazo con la puerta? He pasado un apuro que no te imaginas.

Me senté en una silla al lado de ella.

—Ah, es Víctor, un profesor de tercero. No te preocupes, chica. Son cosas que pasan.

—Casi no me ha dado tiempo a disculparme y... bueno, es que me he quedado muy cortada con lo que me ha soltado.

—Tranquila. No le des importancia. Parece así como muy seco, pero es buena gente. Ya le irás conociendo—Bea echó un vistazo al reloj—. ¿Te apetece un café? —me preguntó señalándome la cafetera de cápsulas que tenían sobre una cajonera en un rinconcito bajo la ventana.

—Gracias —eché una ojeada al reloj de pared—, pero se está haciendo la hora.

Pude ver de reojo la maliciosa sonrisilla que puso la otra y, de momento, no supe dónde estaba la gracia, pero Bea me lo aclaró enseguida.

—Dos te da tiempo a tomarte, te lo digo yo. Ya verás lo puntualitos que son aquí los nenes—me respondió con retintín. Los nenes y los que no son los nenes.

—Venga, pues vamos a por ese café.

La amable mujer se levantó para preparármelo, a la par que Tamara se levantaba de la silla.

—Yo me voy ya.

Ni hasta luego ni ahí os pudráis. Doña simpática agarró la puerta y se largó dando un portazo que hizo temblar los tabiques del pequeño despacho. Miré a Bea extrañada, aunque no me atreví a abrir la boca porque la confianza aún no me daba para meterme en cuestiones personales. Sin embargo, aquella profesora de ojos risueños, al advertir mi gesto trató de disculparla como pudo.

—Te digo lo mismo. En el fondo no es mala chavala, pero sí que es verdad que es también un tanto seca. Ya te contaré algún día.

Una maleducada, eso es lo que es la señorita Tamara, pensé. Estaba Bea tendiéndome la taza de café cuando sonó la sirena del centro anunciando la hora del comienzo de las clases, por lo que le di un largo trago según la cogí.

—No te apures, Susana. Ya te digo que aquí la puntualidad parece ser algo que pocos padres conocen. A las nueve en punto no hay todavía en las aulas ni media docena de niños.

—¿Y el centro no toma cartas en el asunto?

—Anda, mujer —dejó caer una risilla—. Esto es el cachondeo pa...

No pudo terminar la frase, y es que de repente un hombre irrumpió en la sala.

—Buenas, Beatriz, ¿tienes por aquí una grapadora?

Se quedó un poco cortado al verme.

—Disculpa, no te había visto —se excusó.

—No se preocupe. Acabo de llegar.

—Ah, bien, bien. Tú debes ser Susana, la chica nueva, ¿verdad?

—La misma —le contesté acercándome a él y tendiéndole la mano.

En cambio, el hombre me la rechazó y me plantó dos besos en las mejillas así sin más, en lugar de estrechármela.

—Yo soy Martín, el director de todo este ganado.

—Encantada de conocerle, Martín.

—No me hables de usted, que me echas muchos años encima.

—De acuerdo.

—Tenéis que disculparme, pero tengo prisa. —Volvió la cabeza hacia Bea, que andaba rebuscando la grapadora entre los cajones de la mesa. La muchacha se la tendió.

—Tome usted, señor director del rebaño —sus palabras apuntaban una complicidad total—. Y ya sabes, ¿eh? Luego la traes de vuelta, que aquí se pierde todo.

—Descuida. —Martín miró también el inmenso reloj de pared —. Bueno, me voy pitando. Nos vemos, chicas.

Se marchó de allí, no sin antes advertirnos que no nos retrasáramos, que ya era la hora.

—Qué cachondo. Como si fuera él aquí don puntual para todo —me comentó Bea acto seguido —. Bueno, anda, vámonos, a ver cómo empieza hoy la mañana con los enanos estos.

Salí del despacho con ella. Esa profesora con la que sí que había tenido un buen comienzo me indicó, a pie de una escalera, dónde estaba mi aula.

—Nos vemos después a la hora del recreo, ¿vale?

—Perfecto— le contesté.

Cuando entré en el aula, aún no había en ella ni la mitad de los chiquillos, y los que andaban ya por allí estaban a su bola, tirando aviones de papel y cuchicheando entre ellos. Me miraron sorprendidos.

—¡La nueva! —Oí decir a uno de los que estaban al fondo de la clase. Era un pelirrojo con una cara de pillo que válgame Dios.

—Esta es la que te va a poner a ti las pilas, Nachete —soltó otro. No sé ni quién fue.

—A ver, chicos —dije dando unas palmaditas para poner orden—. Voy a pasar lista para ver quien falta.

Las carcajadas de la mayoría de ellos me dejaron un poco mosca, pero yo seguí a lo mío.

—Alonso Ramírez.

—¡Así le puso el cura! —contestó con guasa el pelirrojo. Le lancé una mirada “intimidatoria” que captó al instante, porque el semblante se le mudó.

—Ángel Domenech.

—Ese ya vendrá —contestó por él otro de los de la segunda fila.

—Antonio Ramos.

No me respondió ya ni Cristo, pero justo en ese momento se abrieron las puertas y aparecieron tres de golpe, con lo que tuve que volver a empezar desde el principio. Mencionando al segundo de la lista volvieron a abrirlas un par de ellos más. Al tercer intento de controlar los presentes y los ausentes me di por vencida porque no había manera. Aquello era el coño de la Bernarda, hablando mal y en plata, pero si Martín no era capaz de controlar la situación, yo no era quien.

Cogí una tiza y me puse de cara a la pizarra.

—Escuchadme, chicos, vamos a empezar hoy con los números primos.

—Este sí que es un primo total. Y le encantan los numeritos—escuché con claridad total a mis espaldas.

Me volví de mala leche.

—¿Quién ha dicho eso?

Se hizo el silencio, hasta que un rubillo abrió la boca delatando a Nacho, el pelirrojo. Le clavé la mirada.

—Si vuelvo a escuchar ni media palabra mientras yo esté hablando, de aquí no sale hoy nadie al recreo.

Vaya si surtieron efecto aquellas palabras mías. Ya no se atrevieron a decir ni *mu* hasta que volvió a sonar la sirena para el descanso.

Al oír los timbrazos, los chiquillos saltaron de las sillas como las liebres y salieron pitando con sus respectivos desayunos entre las manos.

Por mi parte, bajé de nuevo al despacho de profesores. Allí volví a encontrarme con Víctor, Tamara y otro chaval de unos treinta años que debía ser profesor también. Así de golpe me vi pillada entre el nuevo, miss agrado y el del testarazo en todo el hocico. Saludé a los tres según entré y me dirigí a él del tirón.

—Discúlpame por lo de esta mañana —le pedí humildemente—. Me llamo Susana.

En ese preciso instante, Tamara carraspeó. No le hice ni caso. Víctor me tendió la mano.

—No pasa nada, mujer. Yo soy Víctor —me dio un apretón de manos. Por fortuna, parecía mucho más relajado ya. ¿Conoces a Tami y a José Luis?

—A ella, sí —Al decírselo, ni la miré, y es que la muy malaje me había respondido al saludo de tan mala gana cuando entré que me había quitado las ganas de todo.

José Luis también estrechó mi mano con amabilidad. Fue entonces cuando apareció Bea con Martín, que venía con la grapadora en el bolsillo de la camisa. La entrada de mi compañera, quien empezó enseguida a preparar otra ronda de cafés, supuso un alivio para mí.

—Por mí no te molestes, no me apetece más café por ahora. Me he traído un yogur—le dije. Y juraría que Tami, como la llamaba el resto, emitió como un sonidito en plan burla. Apañada estaba yo con ella.

—Susana, entonces ya has conocido también a mi hijo, ¿no? —Fue Víctor quien me lanzó la pregunta.

—¿Tu hijo?

—Sí, Nacho Pardeza.

Acabáramos. ¡Así que aquel pelirrojo con cara de diablillo era hijo de ese atractivo profesor! No podría haber sido otro, y es que me daba a mí que ese niño en concreto me iba a hacer pasar las de Caín.

Dando la clase de matemáticas le había sacado a la pizarra a resolver un problema y me había dado una contestación que tampoco me había gustado mucho que digamos, pese a lo cual se la pasé por alto por no tenerla ya con él desde el primer día. En lengua estaba totalmente pegado en cosas súper básicas.

Esa pandilla de criaturas era totalmente nueva para mí, de manera que tenía que ir descubriendo poco a poco de qué pie cojeaba cada uno de ellos. Nunca se sabe de antemano a qué problemas pueden obedecer ciertas conductas, y en eso sí que he sido siempre muy comprensiva.

A lo que estábamos; salvando el hecho de que Tami me incomodaba con sus silencios y ciertas miraditas hacia mi persona que le pillé, pasé un buen rato con los demás allí presentes. Víctor fue precisamente quien más conversación me dio, interrumpiendo de continuo a Martín, que me hizo sus muchas preguntas.

A mediodía, a la hora de abandonar el centro, Bea se ofreció a llevarme a casa al saber que había ido a pie al cole.

—No, no te preocupes. Te a lo agradezco, pero vivo aquí al lado.

—¡Qué suerte, chica! Yo vivo en la quinta puñeta, casi a media hora de aquí.

Suerte... ¡Si ella supiera en qué clase de cuchitril me había metido! Temiendo estaba volver por él. Aquello, más que una casa, parecía las cocheras del mismísimo Drácula, con esa mancha de antigüedades por muebles y esa deprimente oscuridad...

Capítulo 4



La verdad es que aquel centro era un poco caótico con el tema de los horarios; una papeleta con la que no me había encontrado antes. Tampoco es que fuese demasiado grave la cuestión, que en peores plazas había lidiado una, como aquel colegio de cierto pueblo de Málaga en que había estado cubriendo una baja por maternidad un par de años atrás.

Por lo menos en el de Castellón el nivel escolar era buenecito. En ese otro al que acabo de referirme, las faltas apuntaban en todas las direcciones; un centro ubicado en un barrio marginal donde daba pena ver a los pequeñajos. Casi todos venían a diario desaseados, con el pelo enmarañado y, muchas veces, incluso sin desayunar.

Se me caía el alma a los pies viendo a esas criaturitas tan delgadas y con sus zapatitos rotos mientras los padres se agolpaban cada mediodía en la puerta, aunque vestidos también de aquella manera, fumando a destajo. Nunca he entendido que pudieran excusarse en la falta de recursos económicos para no darles un vaso de leche con galletas a sus hijos, pero que sí les alcanzara el dinero para esos vicios.

No he podido olvidarme todavía de Raquel y Arturito, dos hermanos cuya madre, que era drogadicta, armó más de un expolio en la puerta alguna que otra mañana. Según la tipa, el centro tenía la obligación de darle de comer a ambos cuando ella no podía hacerlo por falta de dinero. No sé quién le habría dicho semejante cosa.

La mujer, jovencísima, estaba embarazada de muchos meses ya de un pintillas que solía acompañarla. El padre de sus criaturas llevaba tres años en la cárcel por asuntos relacionados también con la droga, por lo que me contó la directora del centro.

A mí, como digo, me daban todos los niños en general mucha pena, pero más aquellos dos en concreto por la dulzura de sus caracteres, a pesar de sus tristes circunstancias. De pura lástima,

me hubiera dedicado a llevar desayunos para todos aquellos que sabía positivamente que venían con sus estomaguitos vacíos, pero era algo que nos estaba prohibido tajantemente. Ni el colegio estaba obligado a algo así ni sabíamos a qué alimentos podrían ser alérgicos esos peques.

Una mañana, cuando faltaban apenas dos semanas para terminármeme el plazo allí, eché en falta a esos dos cariñosos hermanitos.

—Se los ha quitado la Junta a los padres —me aclaró Macarena, una profesora con la que me llevaba genial.

—¿Y qué va a ser ahora de ellos? ¿No van a venir más por aquí? —le pregunté alarmada y entristecida.

—De momento, estarán con una familia de acogida, pero a este colegio no van a volver.

Se me hizo el corazón pedazos con la noticia, aun siendo consciente de que, hubieran caído en manos de quien hubieran caído (me refiero a cómo encajarían personalmente) les esperaba una vida mucho más digna a todos los niveles. Como digo, una verdadera pena todo.

Recuerdo además que entre las aulas de ese colegio estaban a la orden del día las palabrotas y los piojos. No los pillé yo también de chiripa.

En Castellón era muy distinta la cosa. Y vale que los críos tengan su guasita y que los hay que se las traen, pero nada que ver lo uno con lo otro. El que me tenía un poco más preocupada era justamente Nacho, el hijo de Víctor. A ese pelirrojo le salía la rebeldía hasta por las orejas. Lo peor era que tenía dotes de líder, algo así como una especie de flautista de Hamelin al que seguía toda la banda. En cuanto me descuidaba me revolucionaba a toda la clase.

Lo del café a la hora del recreo entre aquel grupito era una rutina que se repetía día tras día. Otros profesores preferían desayunar en un bar cercano, mientras que algunos se quedaban “de guardia” en el patio por turnos. Esas eran las normas.

Víctor iba mostrándose cada vez más cercano conmigo, al igual que Martín y José Luis. Cierto que a ese hombre de preciosos ojos verdes era difícil vérselo una sonrisa (en eso me recordaba a mi madre), pero bueno, cada uno es como es, así que tampoco le daba importancia al asunto. De Bea

sobra el comentario, pues esa chica se había convertido en mi mejor apoyo desde el primer minuto. Por lo que respecta a Tami, ella seguía en su línea; me hablaba lo justito e imprescindible y no mostraba el más mínimo interés en abrirse. Eso sí, con Víctor bien que se las daba se simpática. O mucho me equivocaba o andaba detrás de él.

A mediodía del viernes de la siguiente semana, cuando ya llevaba dos enteras currando allí, Bea me propuso tomar juntas un aperitivo antes de irnos a casa.

—Ahí enfrente hacen unas puntillitas fritas que están para chuparse los dedos. ¿Te hace una racioncita con una cerveza?

—¿No tienes que ir hoy a recoger a tus niñas? —Bea, aunque solía llegar con el tiempo justo, era quien se encargaba de ello normalmente porque el cole de sus niñas quedaba bastante cerca del nuestro.

—No, va a ir Samuel a por ellas, que es el cumpleaños de su madre y, por lo visto, les iba a preparar un asado.

Mi colega no se hablaba con la suegra; una entrometida de dos pares de narices, en boca de la nuera. Todo había estallado a raíz del bautizo de su hija menor. Como suele decirse, en todas las familias se cuecen habas.

—Estupendo, vamos entonces a probar esas puntillitas. Yo tampoco tengo ninguna prisa, ya ves tú.

—Sí, hija, ya lo sé. Ya me gustaría a mí tener más tiempo libre para distraerte un poco, pero entre el curro y las peques no doy abasto. A ver si poco a poco vas conociendo gente aquí en Castellón con la que hacer amistades para salir por ahí a darte una vueltecilla de vez en cuando.

—No sé, niña. No lo tengo fácil porque no soy yo de meterme en grupos ni cosas de esas. Como no tire del portero de mi casa... —dejé caer una risilla.

—Oye, pues mira. Quién sabe.

—Vamos, anda, —le respondí entrando ya en el bar —, estoy de coña. Otro estirado como Tami (tiré la caña con mi sal y mi pimienta).

—Tami, Tami... —murmuró mi compañera tomando asiento en una mesa delante de la barra y meneando la cabeza de lado a lado.

—¿A esa mujer le pasa algo conmigo?—me atreví a preguntarle ya abiertamente.

—Por ahora, que yo sepa, no.

—No sé, es que ya desde el primer día me miró así como por encima del hombro.

—A ti y a cualquier mujer que sea tan llamativa como tú.

—Vaya, gracias por la parte que me toca.

—De nada, chica. Al César lo que es del César. Verás, te cuento, pero yo no te he dicho nada, ¿vale? Entiende que tampoco quiera líos con ella.

Claro que lo entendía, y estaba casi segura de lo que vendría a continuación.

—Lo que le pasa a esta mujer es que bebe los vientos por Víctor y anda ahí trasteándole a ver si le cae algo, pero me da a mí que lo tiene un tanto difícil.

—Ahhh, ¿pero es que este hombre está separado?

—No, hija, es viudo. Creo que desde hace unos cuatro años, aunque no puedo decírtelo a ciencia cierta. Víctor es bastante reservado para sus cosas personales, ya sabes.

Cierto que hasta entonces los temas de conversación suyos no habían ido sido más que simples anécdotas relacionadas con los alumnos y cosas por el estilo, mientras que tanto José Luis como Bea sacaban a relucir cada dos por tres andanzas de sus hijos, planes para vacaciones en familia y demás.

José Luis tenía solo un chiquillo de dos añitos y mi compañera Bea, dos nenas de siete y tres. La más pequeña, sobre todo, la traía de cabeza. Aunque tenía una carita angelical que yo ya le había

visto en una serie de fotos que me mostrara su orgullosa madre, Andrea debía ser un diablillo de agárrate y no te menees. Es más, esa misma mañana le había hecho una buena de las suyas, motivo por el cual Bea llegó con retraso al colegio, precisamente ella, que siempre estaba allí en el despacho de las primeras para tomarse su cafelito relajadamente antes de entrar en clase.

—¿Tú te puedes creer esto? —nos contaba a la hora del recreo mostrándonos las palmas de sus manos. Todavía no me he podido quitar la amarillez.

—¿Y eso?

—La *joía* por culo de mi niña Andreita. Resulta que las tengo ya vestidas a las dos para salir y la veo que sale corriendo para la cocina y que coge algo del mueblecito esquinero. Me había atrincado el frasco del colorante de la comida.

—Vamos, que le gusta cocinar a ella, ¿no? —intervino José Luis.

—Anda y no me hables, que menuda me ha armado en cuestión de unos segundos. Le doy un gritillo desde la puerta para que lo suelte y coge la muy bribona y me lo hace dos pedazos contra el suelo. Ahí es que me ha puesto ya totalmente atacada de los nervios porque, no contenta, se ha liado a pisotear los polvos esparciéndolos más todavía. No podía haber sido el tarro de los cominos, no... tenía que ser el del colorante, la madre que la parió.

—¿Que sí? —me imaginé la estampa y me hizo gracia. José Luis se echó a reír directamente.

—Corro hacia ella para engancharla por el brazo porque se me hacía la hora y no se le ocurre otra cosa que mearse encima, así que hazte una idea. Me he puesto a regañarla y se ha tirado en plancha al suelo, no se ha cortado de milagro con los cristales.

—Me la hace a mí y le meto un buen sopapo en el culo —intervino la simpática.

—No, Tami, en la vida les he puesto una mano encima a mis hijas, ni lo haré, aunque hay que reconocer que los críos te sacan de quicio muchas veces.

—Ya, ya, mucha paciencia es lo que hace falta.

La misma que a mí contigo, me dije para mis adentros.

—Pues eso —continuó Bea —, pero espérate tú, que ahora viene lo mejor, que cuando voy a abrir el grifo para lavarla a la carrera, no sale ni gota de agua.

—No fastidies —solté sorprendida. José Luis se partía, agarrándose la cabeza.

—Como te lo cuento, al salir del portal me he encontrado con el letrero en la fachada del aviso de corte por unas reparaciones en el alcantarillado o no sé qué historia, qué oportunos, hombre. Así que figúrate el numerito para limpiarla a base de toallitas húmedas y agua del frigorífico antes de cambiarla enterita de ropa. Casi me da un síncope, vamos.

No era para menos. Y menos mal que la mayor, Soraya, era un poco más centradita, según la madre. En fin...

Cuando se acercó el camarero para tomarnos nota, Bea pidió las cervezas por las dos. La casualidad quiso que en esos momentos no les quedaran puntillitas, con lo cual mi amiga se quedó pensando en posibles alternativas para picar.

—¿Prefiere que les traiga la carta de raciones? —preguntó el chaval viéndola indecisa.

—Sí, por favor.

En menos que canta un gallo nos puso una a cada una en las manos. Les dimos una vuelta de arriba a abajo antes de decidírnos por unas tapitas variadas para compartir, de manera que el tema de lo de Tami y Víctor había quedado ya un poco lejos para retomarlo. Me daba cierto reparo porque no quería que se me viese el plumero, pero me hubiera gustado continuar con esa misma conversación porque sentía curiosidad por aquel hombre de aire misterioso. No quería admitir que estaba empezando a sentirme atraída por él de alguna forma...

Capítulo 5



El viernes siguiente me llevé un sorpresón cuando Víctor me abordó saliendo del centro y me lanzó aquella propuesta:

—Susana, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

—En principio no tengo nada, ¿por?

—Verás, me gustaría hablar contigo sobre Nacho, pero prefiero hacerlo a solas —le notaba nervioso—. Quiero decir fuera del centro, sin que estén delante Bea and Company, por lo que estaba pensando en invitarte a merendar en una cafetería italiana muy buena que han abierto cerca de mi casa. ¿Puede ser?

Lo dijo con una ternura casi infantil. ¿Quién podría haberle dicho que no, independientemente de que las mariposillas hubieran empezado a planear sobre mi cabeza?

—Faltaría más. Dime dónde es y allá que iré — Miré al chiquillo, que andaba por allí botando un balón mientras hablábamos— ¿Vendrá Nacho también con nosotros?

—No, no, precisamente por eso te he dicho que esta tarde. Quería aprovechar que irá a casa de mi hermano Rodolfo porque hoy es el cumpleaños de mi sobrino Carlitos. Nacho y él se llevan solo un año y son como ña y carne.

—Genial. ¿A qué hora nos vemos?

—¿Te viene bien a las seis o así?

—Me viene perfecto. Dime la dirección.

—Si te parece, mejor me paso a recogerte porque vivimos lejos el uno del otro.

—¿Sabes dónde vivo? —Si lo sé me muerdo la lengua y no suelto la pregunta, y es que a Víctor se le subieron los colores a la cara de sopetón. No sé si verdaderamente lo sabía ya o no, pero supo salir del paso con una naturalidad pasmosa.

—Bueno, yo es que vivo justo por la entrada de Castellón y me he imaginado que tú debes vivir cerca de aquí por aquello de que vienes siempre a pie.

—Así es. Estoy a dos minutos de casa prácticamente. De todas formas, no te preocupes, que no hace falta que te molestes en venir a por mí.

—No es ninguna molestia. Se da la casualidad de que tengo que venir luego a la imprenta de aquí atrás a por un montón de fotocopias que tengo encargadas, así que había pensado recogerte ya de paso.

—Vale, tú ganas—le sonreí.

—En serio, ¿no te importa que hablemos?

—En absoluto. Al contrario. Yo también quería comentarte ciertas cosillas de Nacho.

Le di mis señas exactas y me despedí de él hasta la tarde. Más ancha yo que larga, iba camino de mi casa. Tenía una cita con Víctor, no sentimental, pero una cita, a fin de cuentas. Me acordé de Tami, si se la llega a oler me saca los ojos con un tenedor, pensé.

Recuerdo que aquel día tenía la nevera más vacía que la mar, por lo que me paré en el Burger King antes de llegar al apartamento y me pillé una ensalada y unos *nuggets* de pollo.

Tumbada después en mi maravilloso sofá de skay, empecé a darle vueltas a la cabeza. ¿Qué ponerme? Para ir al colegio solía llevar ropa sencilla, pero “formal” por no desentonar con el resto de profesoras, una tontería, lo sé. Sin embargo, Víctor solía ir de sport. Curiosamente, a sus treinta y ocho años era de los profesores más “maduritos” de aquel centro, aunque también era el que vestía de manera más juvenil, por llamarlo así.

Al final opté yo también por un look desenfadado; un vestido vaquero de manga corta abotonado por delante y unas sandalias planas con un bolsito a juego. Mido 1,75, por lo que pocas veces me pongo tacones. Esos los reservo para ocasiones especiales. Me recogí mi larga melena en una cola de caballo, me planté unos aros plateados en las orejas y... ¡vámonos que nos vamos!

A las seis en punto ya estaba yo debajo de mi casa con puntualidad británica, pero el guapo profesor no se hizo tampoco de rogar. Bajar yo y aparecer él por la esquina con su coche todo fue una.

Víctor paró en doble fila, se bajó corriendo de su Seat León y me abrió la puerta del copiloto en un alarde de caballerosidad. Él también venía muy guapo con unos vaqueros claritos y un polo rojo.

—Gracias por venir —me dijo mientras me subía.

—No hay de qué.

La cafetería era una monada, con una terraza de esas con alfombra de césped y todo. Hacía una tarde espléndida, de manera que nos sentamos fuera en una de aquellas mesas cubiertas por parasoles blancos.

—¿Qué te apetece tomar? —me preguntó él.

—¿Qué me sugieres?

—Mira, yo voy a pedirme un capuccino y una porción de tarta tres chocolates, que aquí la hacen que está para chuparse los dedos. Pero también tienen unos helados exquisitos, batidos...bueno, de todo. ¿Quieres que te pida la carta?

—No, no es necesario. Me apunto a una tarta de esas.

En tanto que venía una de las camareras a tomarnos nota, Víctor hizo tiempo hablando de temas banales. Le noté algo nervioso, frotándose las manos y desviando de vez en cuando la mirada, como si le costase hablarme mirándome a los ojos fijamente. Por un momento llegué a dudar de si

lo de hablarme de Nacho no habría sido una mera excusa para citarme en un contexto distinto, pero al final, con la súper merendola ya por delante, arrancó.

—Verás, Susana, no sé si lo sabes, pero soy viudo.

Me quedé pensando un instante qué responderle. Esa información la tenía yo a través de Bea y no quería dar la sensación de que cuchicheábamos sobre su vida a sus espaldas, pero la verdad es que poco más sabía acerca de él. Bueno, el que fuese viudo tampoco era un secreto de estado...

—Sí, lo sé.

—Mi mujer murió hace tres años y medio a causa de la leucemia.

—Vaya, lo siento mucho. Debió ser horrible.

—Lo fue, no sabes lo que es ver que la persona que amas se va consumiendo día a día como una vela.

—Me lo puedo imaginar. Y con un crío tan pequeño, me supongo que mucho peor todavía.

—Tú lo has dicho. Y te diré la verdad, Susana. Yo a mi hijo lo adoro, como es lógico, pero no había sido nunca el típico padrazo que se hace cargo del crío para todo, no sé si me entiendes.

—Creo que sé lo que quieres decir.

—Era Chus, mi mujer, la que se encargaba casi siempre de bañarle, de prepararle la comida, de llevarle al parque y todas esas cosas. Yo me limitaba más bien a ver con él pelis de dibujos y a ayudarle con las tareas de cole.

—Ejerciendo de profe en casa —le sonreí ligeramente, tratando de quitar hierro a la conversación.

—Tal cual, pero claro... imagínate. De un día para otro me vi teniendo que ejercer de madre y de padre, y te juro que pongo todo mi empeño en ello. No me pesa en absoluto, pero por más que me

esfuerce no consigo centrarle.

—A ver, Víctor, Nacho no es mal niño, pero sí es cierto que se le ve bastante alterado. Parece como si tuviera la necesidad de estar llamando constantemente la atención, de que todos los que están a su alrededor le hagan caso, que le sigan sus travesuras.

—Y así es, Susana.

—Te reconozco que yo también tengo que estar dándole toques a todas horas en clase para echarle el freno.

—Me da mucha pena porque sé que echa mucho en falta a su madre, aunque no la menciona casi nunca. Por eso no quiero ser demasiado duro con él. ¿Ves que se ha ido tan contento al cumpleaños de su primo? Bueno, pues luego cuando lo recoja, saldrá de allí tan feliz contándome que si esto, que si lo otro y lo de más allá, pero en un par de horas se le habrá olvidado todo como siempre, y ya vuelve a las andadas. Se transforma en otro completamente; se encierra en su burbuja mental y ya salta por lo más mínimo.

—Perdona que te haga una pregunta, Víctor. ¿Has probado alguna vez la ayuda de un profesional?

—¿Te refieres a los psicólogos?

—Eso es.

—Pues mira, sí. A los seis meses de morir Chus lo llevé a la consulta de uno de los mejores de aquí. Me lo recomendó Tami, precisamente.

Cómo no. Esa arpía que me tenía a mí en el punto de mira tenía que ejercer sus dotes de buena samaritana con Víctor. Yo también le tenía ya a ella a esas alturas una tirria impresionante.

—¿Y qué tal? —hice como si no hubiera escuchado esa coletilla.

—De poco me sirvió, salvo para gastar el dinero. Lo llevé por allí unas cinco o seis veces, pero tuve que desistir.

—¿Y eso?

—¿Sabes lo de que “peor el remedio que la enfermedad”? Pues eso. A partir de la segunda sesión, Nacho ya no quería aparecer por la consulta ni loco. Me armaba unos pollos que para que te cuento. Iba por el camino pataleando y llorando como si lo llevara al matadero, vamos.

—Madre mía.

—No lo sabes bien. Te digo más, creo que fue en la cuarta sesión. Entró por allí con tal rebote que lo primero que hizo fue darle un puñetazo al lapicero del psicólogo y desparramarle por el suelo todos los bolígrafos.

—Pufff.

—Al final tuve que entrevistarme a solas con el hombre. Me dijo que era un proceso natural que llevaba su tiempo, que unos críos llevan mejor y otros peor estas cosas, así que me dio una serie de pautas de comportamiento de mí hacia él. Quedamos en que, si no notaba cambios en Nacho, volveríamos a intentarlo en conjunto, pero la verdad es que ya no volví por allí.

—No sé qué decirte.

—No sé si he hecho bien o mal, Susana, créeme que me esfuerzo a diario por mi cuenta siguiendo todos los consejos del aquel hombre, pero tengo la sensación de que mi hijo me ve como a un extraño, cuando debiera ser todo lo contrario ahora que soy yo solo quien se ocupa de todas sus cosas. Por eso te pido a ti también un poco de paciencia con él.

Diciéndome eso último, Víctor, con sus ojos clavados en los míos, acercó su mano y se atrevió a rozarme las puntas de los dedos. Me quedé un tanto cortada porque eso sí que no me lo esperaba.

—Descuida. Te ayudaré en todo lo que pueda.

Chica papeleta tenía por delante una. Son casos muy delicados, pero estaba dispuesta a colaborar con todas las armas que tuviera entre mis manos.

Después de zamparnos la merienda, aprovechando que todavía le quedaba bastante para ir a buscar a Nacho, Víctor me propuso dar un paseo hacia el centro de la ciudad, propuesta que acepté encantada, por supuesto.

La gracia es que, bueno, lo de “gracia” es un decir, cerca ya de la Plaza Mayor nos topamos de frente con Tami, la última persona que me hubiera apetecido ver en esos momentos, y más sabiendo lo que sabía por Bea. A doña simpática se le desencajó el rostro.

—Vaya, Víctor, dando una vueltecita, que hace una tarde maravillosa, ¿no? —le preguntó con toda la ironía del mundo. A mí, como si no me hubiera visto, la muy asquerosa.

—Sí, sí. Hay que aprovechar el buen tiempo, que luego llega el invierno y... ya sabes—Si irónica había sido la una, la expresión del otro al pronunciar las palabras no se quedó atrás. Yo callada, regocijándome con la estampa—. He salido con Susana a tomarnos un cafelito. ¿Y tú?

Acababa de ponerle el estoque, señores. Le vi a Tamara la mala leche en los ojos, y es que no podía disimular la pelusa que le entró por el cuerpo.

—Yo de puta madre —La tía no se cortó ni una miaja y lo soltó así tal cual—. Ahí vengo de hacer unas compritas. Me voy, que a mí también me está esperando alguien para tomarme un cafelito.

¿Se podía ser más infantil, Dios mío de mi alma?

—Muy bien, me alegro por ti, Tami. Pues nada, hasta el lunes.

—Eso. Hasta luego, parejita —Me echó una mirada de desprecio y tuve que contenerme para no echar más leña al fuego. Le hubiera sonreído con el mayor de los cinismos, pero me limité a decirle un simple “hasta el lunes, guapa”. Para capulla, yo.

Ahí quedó la cosa. Hubiera sido la ocasión perfecta para sacar el tema, para meter ahí los dedos y tirarle a Víctor de la lengua sobre aquella descarada, pero la prudencia me aconsejó cerrar el pico y continuar paseando con él como si nada...

Capítulo 6



Pasé el fin de semana la mar de entretenida, tratando de dar un nuevo aire al apartamento, dentro de mis posibilidades. Lo de los muebles de Tutankamon no tenía remedio, pero a base de detalles por aquí y por allá podría mejorar un poco la cosa.

La decoración es algo que me ha encantado siempre, así que, con dos días completos por delante, según terminé de desayunar el sábado por la mañana me planté en el Ikea de Valencia. Pillé dos juegos de sábanas, una colcha chulísima, visillos para el salón, cojines alegres, plantas naturales, un cerro de velas aromáticas, marcos de fotos de varios tamaños e incluso un par de cuadros bien hermosos. Hasta ahí que yo recuerde. Es lo bueno que tiene el Ikea; que el dinero cunde en esas tiendas que da gusto.

Me quedé prendada de una mesita redonda con sillas tapizadas en polipiel mostaza, pero tuve que olvidarme de la una y de las otras. Hubieran quedado genial en la terracilla, pero el problema estaba en qué hacer con esas otras espantosidades de Matilde. Para el cuadro de encima del sofá tenía mis planes: sepultarlo en el altillo del armario, que era bien grande y estaba vacío.

Desde allí me fui a unos grandes almacenes y me hice también con una funda de sofá clarita para tapar aquel horror de skay granate, haciendo juego con los cojines estampados del Ikea. Iba ya saliendo de ellos cuando me fijé en una lámpara de mimbre súper original con forma de flor. En mi vida me he atrevido a tocar un cable, por lo que no sabría cómo me las apañaría para colocarla, pero esa también se vino en el lote (la de Matilde se iría también para el altillo con los galgos con todas sus castas).

Por si llevara poco, para rematar el asunto entré en una tienda de pinturas cercana y escogí entre los miles de colores de la carta un tono arena muy tenue para las paredes del salón. Brochas y rodillos tenía mi casera en un mueblecito de la terraza para dar y regalar.

Dando vueltas y vueltas por todas esas tiendas se me fue echando encima la hora del almuerzo, de manera que fui a casa a soltar todo y a continuación salí. Me senté en una terraza dispuesta a comer como una marquesa tomando el solecito. Había que aprovechar esos días de otoño en que el clima de la zona seguía siendo tan apacible, como bien le dijo Víctor a la otra.

Víctor... me gustaba mucho ese hombre, aunque estaba más claro que el agua que yo no era la única. Sin embargo, visto lo visto, le sacaba mi buena ventaja a la desagradable de Tamara. Dicen que la opinión la pinta calva, ¿no? Pues, eso. No me lo pensé dos veces; cogí el móvil y le envié un wasap mientras esperaba a que me atendieran.

—¡Buenos días, muchacho! Quería hacerte una pregunta. ¿Qué tal se te da la electricidad? —le añadí al final el emoji del mono tapándose los ojos.

Su respuesta me llegó casi de inmediato. Lo primero que me mandó fue otro emoji, el de la expresión de sorpresa.

—¡Buenos días, Susi! —Hasta entonces nunca se había referido a mí por mi diminutivo, pero me encantó ese gesto, que suponía más cercanía—. ¿La electricidad? Depende... ¿tienes algún problema en casa?

—No, verás, te explico. Resulta que ando de compras y he cogido una lamparilla para el salón porque el mobiliario del piso en el que vivo es bastante antiguo, ¿sabes? Pero bueno, que yo de estas cosas no entiendo ni papa.

—Ah, vale, vale. Tú no te preocupes por eso, mujer. Pensé que sería algo más gordo. Yo te la coloco cuando quieras.

—¿No te importaría hacerme ese favorcillo?

—Que todo fuera tan simple como eso, Susi. Mira, mañana no voy a poder porque le tengo prometido a Nacho desde hace unos días llevarle al parque aventura d'Or, pero puedo acercarme cualquier tarde de esta semana por tu casa. En eso se tarda solo cinco minutos, chiquilla.

—Genial, pues lo vamos coordinando. Tranquilo, que no hay prisa. Es que no conozco aquí a ningún electricista de confianza. Bueno, ni de confianza ni de no confianza.

—Y ni se te ocurra buscar a nadie para algo semejante, chiquilla. Cuenta conmigo para cualquier cosa en que pueda ayudarte.

—Muchísimas gracias, Víctor.

—No hay de qué.

—Que tengáis un buen día.

—¡Igualmente! —Me colocó el emoji del besito por guinda.

Efectivamente, comí como una marquesa. Primero me tomé mi caña de cervecita fresquita con una tapa de atún encebollado y después me zampé un solomillo a la pimienta que me supo a gloria. De perdidos, al río: di buena cuenta también de un flan con nata para el postre.

Me hice un poco la remolona antes de meterme de nuevo en casa, y es que estaba yo allí al sol más a gustito que un caracol en una tapia. Vamos, que me plantan una tumbona y me quedo tiesa in situ, pero también estaba impaciente por llegar y empezar a colocar todos esos bártulos, así que no me demoré mucho.

Después de echarme una siestecita llamé a mi vecina Inés para contarle las últimas novedades. Además, esa también tenía muy buena mano a la hora de decorar y podría darme ideas.

—¿Y qué es lo que piensas hacer con las cortinas de la vieja? ¿Te da la tela para un traje de volantes para la feria? —me preguntó la cachonda mental partiéndose de risa.

—Qué va, qué va. Yo había pensado mejor sacar el costurero que me tiene ahí en el mueble la señora Matilde y hacerme una mantelería para estas Navidades. Ahora en serio, niña, lo que sí voy a tener que hacer es cogerles el dobladillo a los visillos, pero menudo cambio va a dar esto.

—Sobre todo de luz, hija.

—Hablando de luces, ¿a que no sabes quién me va a colocar la lámpara nueva?

—No me lo digas, que te veo venir...

Le expliqué que había estado la tarde anterior merendado con Víctor y que había sido él quien me había ofrecido aquella merienda, así como todo lo hablado con él esa tarde y a mediodía por wasap.

—Ese quiere algo contigo —me aseguró.

—¿Tú crees?

—Y si no lo crees tú también es porque no lo querrás creer, Susanita de mis amores.

No es que no me lo quisiera creer, sino que me parecía muy bonito llegar y besar el santo así sin más, pero bueno, el tiempo diría.

Si el sábado me había dado de sí, el domingo fue ya la repera. Había dejado por la noche el salón preparado para liarme con él según desayunara: el cuadro, envuelto en una sábana, en el altillo del armario; todos los adornos de la susodicha en una bolsa del Mercadona allí escondidos también; las cortinas y sus correspondientes barras, quitadas. En cuanto al mobiliario, lo agrupé como pude en el centro y le eché por encima un plástico gigante de esos para los tendederos que había comprado en los chinos de abajo de casa.

Terminé agotada de tanto mover muebles y de dar rodillazos y hacer recortes con la brocha por los bordes de las molduras de escayola, subida a la escalera. Pero no pude quedar más contenta con el resultado. Entre las cortinas nuevas, las plantas, las velitas y mis cuadros nuevos sobre el sofá, le había dado al salón un cambio como de la noche al día. Solo por no volver a ver la tapicería original de aquel dichoso sofá ya se daba dinero.

A media tarde me puse una peli del Netflix en mi portátil y me quedé dormida como un tronco a los veinte minutos o así. Fue la llamada de Víctor lo que me despertó, una llamada que me extrañó un poco, la verdad.

—¡Hola, Susi!

—¿Qué tal? ¿Cómo vais por ese parque?

—Pues mira, ya estamos de vuelta en casa. Nacho ya se ha hartado de montarse en todas las atracciones y decía que le apetecía pasarse un rato por casa de su primo. Se está duchando ahora mismo, así que había pensado que, si te viene bien, podría colocarte la lámpara.

Madre de Dios. ¡Y yo con aquellas pintas, tirada con las patas por alto! Atontada como estaba aún, no supe reaccionar. Otra en mi lugar se hubiera agarrado a su propuesta del tirón, pero una es un tanto especial para esas cosas.

—Te lo agradezco muchísimo, Víctor, pero me pillas justo ahora pintando el salón y tengo todo este fregado a medias —mentí—. ¿No te importa si lo dejamos para otro día?

—Claro, mujer, ningún problema.

Después de colgarle me quedé pensando que era una idiota y no se me ocurrió otra que mandarle un audio a Inés para contárselo. Ella, con todo su golpe de espontaneidad, me puso ya la puntilla.

—¿Tú eres tonta, tía? —me respondió minutos más tarde.

—¡Joder! Es que tengo los pelos como una loca y las uñas llenas de pintura.

—Anda que ya te vale, niña. Ya has visto lo rápido que ha aprovechado el otro la oportunidad para volver a verte.

—Tienes razón, bueno, mañana será otro día y ya le veré en el colegio.

—Espabila, guapa. No te digo más.

Y tanto que tenía que espabilar, pero no por lo que ella insinuaba, sino porque Tami, después de haberme visto paseando con Víctor, había perdido el norte por completo. Según aparecí la mañana del lunes por el despacho ya se encaró conmigo...

Capítulo 7



—Oye, chica, ¿tú es que no tienes ojos en la cara o qué? No se puede ir así por el mundo, sin mirar por dónde va una.

—Pues eso digo yo también, que buenos días—le contesté con unas malas pulgas que para qué.

—Eso, encima hazte tú la ofendida, no te fastidia la tía... Mira que me da a mí que tú eres una de esas personas que están en el mundo porque tiene que haber de todo.

—¿¿Cómo?? —Cielos que esa no me conocía. Para mí que me estaba tocando las palmas y yo iba a salir por peteneras. Aquella idiota con sabía quién era yo.

—Pues lo que has escuchado, que hemos podido tener un accidente.

El accidente en cuestión consistía en que me había quedado a dos pasos de chocar con ella, al distraerme con el saludo mañanero que me había ofrecido Víctor y que a ella le revolvió el estómago. Siendo las cosas así, y a pesar de estar viéndome avanzar hacia ella de sobra, no hizo nada por variar su trayectoria, ya que de lo que tenía ganitas era de chocar conmigo para culpabilizarme.

—¿Un accidente? Mira, guapa, no me hagas decirte lo que me parece a mí un accidente porque este no es lugar ni momento, de modo que me voy a callar por respeto al resto.

Nadie esperaba tal respuesta por mi parte. Se ve que igual me tenían por algo más mosquita muerta, pero se habían equivocado de medio a medio.

Aunque las caras de sorpresa de todos eran dignas de mencionar, en particular la de Víctor era ya la reoca. Lo digo porque, aparte de rasgos de sorprendido, divisé en él otros de... No sé, diría yo

que le puso verme en esa actitud, rollo leona total. Vamos, que le faltó aplaudirme.

El que no sabía cómo meterle mano al asunto era Martín, a quien nuestra actitud puso entre la espada y la pared. Bien que lo sentí, pues lo tenía por un hombre gentil a quien no me hubiera gustado poner en ningún aprieto.

—Chicas, chicas, chicas, vamos a tener la fiesta en paz que los lunes no nos gustan a ninguno. Seguro que no ha pasado nada que no pueda resolverse con una simple disculpa. —Nos miró a las dos.

Hasta cosita me dio el pobre, porque tampoco querría yo estar en su lugar. Entiendo, y de sobra, que no podía posicionarse, aunque también tengo la sensación de que quiso tocarme la fibra sensible para que no alentara las ganas de gresca de aquella fiera.

—Perdona, Martín. Yo no diré ni una palabra más. —Me retiré con elegancia, porque de no hacerlo así habría cargado demasiado las tintas en ese momento y el resto no lo merecía.

—Martín, yo no te digo nada y te lo digo todo, pero igual deberías mirar un poco mejor el perfil del personal antes de permitirle trabajar aquí, porque vaya telita. —Ella se ve que no conocía esa elegancia.

Me debí poner del color granate del sofá de Matilde, porque tenía guasa lo que había que escuchar. De manera que servidora se retira para evitar un rifirrafe mayor, y ella se permite el lujo de seguir haciendo más grande la bola de nieve, para matarla.

—Pues si no vas a decir nada, postura que apruebo, lo mejor será que mantengas la boca cerrada, Tami—le espetó Martín en ese momento.

Toma zasca del quince que le había dado el karma o lo que fuera que tuviera como misión poner las cosas en su sitio.

—¿Callarme, yo? Eso se lo debías decir a la fresca esta, que igual es que necesita gafas y no se las quiere poner para encandilar aquí al personal—replicó ella en una salida de tono que causó total rechazo en los demás.

Y es que, mientras que vi un gesto de aprobación total por parte de mis compañeros cuando me retiré de la contienda, el que le dedicaron a ella no era precisamente igual. Había que tener ganas de liarla para enfrentarse con un tío tan afable como Martín, que no podía ser mejor persona.

—Estás pisando sobre arenas movedizas, Tami, una tontería más de ese estilo que salga por tu boca y me veré obligado a tomar cartas en el asunto, desde ya te lo digo.

La contundencia con que le contestó Martín y la mirada de ruego que me dirigió para que yo no contestase a semejante barbaridad como la que había salido por su boca, hizo que me clavase las uñas en las palmas de las manos hasta casi hacerme sangre, de lo mucho que apreté los puños, pero mantuve el pico cerrado.

Eso sí, a partir de ese instante se la tenía oficialmente jurada y a Dios puse por testigo, cual si fuera la célebre protagonista de “Lo que el viento se llevó” que aquella atrocidad no iba a quedar así. La venganza es un plato que se sirve bien frío o eso dicen, porque yo no me había vengado jamás de nadie, pero aquello no era demasiado, ya llegaría mi momento...

Me sentí fatal, y la mirada iracunda que le dirigí al mismo tiempo que decidí no entrar al trapo de sus asquerosas insinuaciones debió hablarle de que era así.

Con un cuchillo podía cortarse la tensión en el ambiente, pues todos nuestros compañeros se quedaron ojipláticos ante la desmedida reacción de Tamara.

No contenta con ello, la emprendió con el resto, algo que ya sí que fue totalmente inesperado.

—¿Tengo monos en la cara? Porque si es así me lo decís. Abrase visto...

—No, monos en la cara no tienes, pero lo mismo la cara un poco dura sí. —No me lo podía creer, Víctor había salido en mi defensa como quien lava y no enjuaga, con total soltura y naturalidad.

—Víctor, por favor, no empeoremos las cosas. —Martín estaba temiendo que la discusión se le fuera de las manos, por lo que se lo rogó poniendo las suyas juntas.

—Perdona, Martín, pero es que me enerva la poca tolerancia con los compañeros, las cosas no son así.

Pensé en que ya habían cambiado las cosas, porque mi topetazo con él en mi primer día de trabajo tampoco es que se saldara de la forma más diplomática del mundo. En cualquier caso, ni comparación, que él lo único que me dijo es que casi le parto la nariz, mientras que miss simpatía me había puesto de fresca y lagarta por toda la cara.

—Ains, que yo creo que estamos todos un poco nerviosos, ¿no os parece? ¿Y si nos tomamos ese cafecito en comandita y olvidamos lo sucedido? —La buenaza de Bea no sabía cómo poner punto final a una polémica que amenazaba con alcanzar proporciones desorbitadas.

—Yo creo que va a ser mejor, sí. —Quise ahorrarles a todos el disgusto y, de paso, no darle la satisfacción a Tami de ponerme a su altura, pues ello bien podría haber supuesto que nos tildaran de barriobajeras a las dos. Y por ahí sí que no pasaba.

La sonrisa de agradecimiento de Martín me sirvió para darme cuenta de que había obrado bien.

—¿Un cafecito? Va a ser que no, que me va a caer de pie, aquí os quedáis. —Giró la muy engreída sobre sus talones y salió echando mistos en dirección a la puerta.

Todos los demás nos quedamos fríos, por lo que el café nos cayó de perlas.

—Lo siento, ya sabes lo que le pasa—murmuró Bea mientras me servía el mío.

—Ya lo sé, pero está perdiendo los papeles esta mujer. Vaya plan de curso que vamos a tener...

—Tranquila que no llegará la sangre al río, yo creo que en algún momento tiene que dar su brazo a torcer, cuando vea que no tiene nada que hacer.

Cogí el cafelito y me acerqué a Víctor, quien se había quedado un tanto cariacontecido.

—¿Estás bien, Susi? —me preguntó con preocupación.

—Muy bien, lo único es que esta mujer me saca de mis casillas. No he querido ponerme a ninguno en una situación comprometida, pero es que me ha sido imposible mantener el pico cerrado.

—Tranquila, ya vi cómo te despreció el otro día y mantuviste la compostura que dio gloria—se refería a la tarde en que nos vio paseando—, pero hoy ya ha sido la gota que colmó el vaso.

—Así es. Y no he podido evitar que me saliera ese monstruo que todos llevamos dentro, ¿o no?

—Claro que sí, fierecilla—me dijo en un tono que hizo que aflorara mi sonrisa.

Bea nos miró de lejos como dando su aprobación a algo que ya se respiraba en el ambiente; el buen rollo que reinaba entre ambos y que había sido el detonante para que miss amabilidad echara por la boca parte de la mala baba que acumulaba en su interior.

A pesar del altercado con la mala pécora aquella, me fui para las clases con el mejor sabor de boca; el que me había dejado el “fierecilla” soltado por un hombre que cada día me molaba más.

Entré en el aula y aquel día a punto estuve de sufrir un accidente aéreo. Se conocía (y yo hasta entonces lo ignoraba) que no era necesario subir en un avión para ello, pues bastaba con que uno de aquellos aviones de papel que los pequeñajos hacían fuera a aterrizar de pico en el ojo de una.

—Niños, niños, que me vais a sacar un ojo, cuidadito.

—Es que has invadido nuestro espacio aéreo, la culpa ha sido tuya. —No podía ser otro que Nachete el que se manifestara en unos términos tan descarados.

—¿Sí? Pues mira que dentro de ese espacio aéreo también pueden llover los castigos, ¿cómo lo ves?

—Es que me la has puesto a huevo. Y si me la pones a huevo, yo la tengo que batear, ¿no?

—Muy bonito, y encima sigue... Pues nada, vas a copiar cien veces, “aunque la profesora me la ponga a huevo, no la tengo que batear” y así otro día te lo piensas un poquito.

—¿Cien veces? ¿Eso se puede? Vamos, hombre. Yo lo copio una vez y le dijo a Vicente el conserje que me lo fotocopie las demás...

—¡Eso, eso! —El resto de los renacuajos le aplaudieron, que para eso tenía Nachete alma de líder.

—Muy bien, muy bien... Veo que tenéis ganas de guerra. Pues nada, ahora por listos, me lo vais a copiar todos...

—¡No es justo! —me soltó Antonio cruzando los brazos sobre su pecho.

—Esto es lo que se llama pagar justos por pescadores—añadió Gilda, una niña de padres argentinos que tenía un acento mezclado de lo más gracioso.

—Por pecadores, Gilda, se dice por pecadores... Y esto es porque os veo a todos muy revolucionados y con ganas de aplaudir las gracias de Nacho, seguro que cuando esta tarde estéis un par de horitas copiando reflexionáis.

—¿Esta tarde? No puede ser, señorita, vamos a copiarlo ahora, que esta tarde he quedado para jugar con mi primo. —La cara de Nacho reflejaba terror, no se veía él en esos menesteres.

—¿Ahora? De eso nada, ahora vamos a dar clase de matemáticas. Y pobre del que mañana no me haya traído lo que os estoy diciendo. Ojito que yo no soy tan buena como parezco.

—¿Y quién te ha dicho que parezcas buena? —Nachete volvía a la carga, mostrándose desafiante.

—Nadie, nadie... Y como no lo soy, tú vas a copiarlo ciento cincuenta veces, por contestón. Y sigue, tú mismo, a mí no me va a temblar el pulso.

—Pues yo sí que estoy temblando ya entero solo de pensarlo—añadió Ángel y ahí ya sí que nos tuvimos que reír todos.

El resto de la mañana permanecieron todos más suavitos que un guante; que habían aprendido la lección era un hecho y yo incluso me pude relajar un poco y olvidarme del altercado con Tami.

A la hora de la salida me encontré con Víctor y le advertí de antemano.

—Te prometí paciencia con Nacho y la voy a tener, pero lo que tampoco puedo permitir es que me salte un ojo. —Me reí señalando el que aún estaba colorado. Y eso que me había echado colirio del que llevaba en el bolso varias veces a lo largo de la mañana.

—Acabáramos, ¿qué ha hecho ahora el salvaje de mi hijo?

—No lo juzgues mal, no es salvaje, solo que está un poco asilvestrado, pero pronto cambiarán las tornas, estoy segura—le comenté en el más risueño y condescendiente de los tonos, cosa que él agradeció.

—Míralo, por ahí viene.

—¡Papá, papá! —Se echó en sus brazos y vi la satisfacción en sus ojos, porque parecía que ese tipo de gestos no eran muy comunes en el pelirrojillo.

—Zalamero, vienes a mi para que no te ponga otro castigo, ¿no? ¿Le has pedido ya disculpas a la señorita Susana por haberla podido dejar tuerta? —exageró un poco y tuve que contener la risa.

—Pero si ni siquiera sabemos si ha sido mi avión el que se le ha colado en el ojo, lo que pasa es que a mí me ha castigado más que a los demás porque me tiene manía. ¿Por qué no hablas tú con ella?

—Te recuerdo que estoy aquí, Nacho—carraspeé y él se hizo el tonto.

—Ella no te tiene manía, y si te ha castigado más que a los demás habrá sido porque has sacado a pasear esa lengua que tienes, tan rapidita.

—Eso, tú ponte de su parte. —Frunció el ceño.

—Me pongo de parte de la razón, así que andando y para el coche.

—Pues que sepas que me ha dejado sin poder ir hoy a jugar con el primo y eso no se hace con un niño—sentenció y salió andando.

—No sé ni dónde meterme cuando ocurren estas cosas, te pido disculpas en su nombre.

—No seas bobo, ¿eh? Lo que pasa es que si no me pongo en mi sitio me va a coger el pan debajo del sobaco y entonces sí que voy a ir lista.

—Y que lo digas, lo único que siento es que al castigarlo me has dejado también sin la posibilidad de ir a colocarte esa lámpara hoy. —Me guiñó el ojo en un gesto que me dejó encantada.

—¿La lámpara? Anda es verdad, ¿y qué tal mañana? —Me apresuré a contestar.

—Mañana genial, salvo que el vándalo de mi hijo la vuelva a liar y se tire de nuevo la tarde copiando...

—Prometo evitar que así sea—le contesté antes de despedirme.

Capítulo 8



Lo que me pude reír con aquel trasto a la mañana siguiente, para mis adentros, no puedo reproducirlo en unas líneas.

—Nacho, qué raro que tengas una letra tan distinta en cada parte de la copia, ¿me lo puedes explicar?

—Pues no lo sé, señorita, lo mismo es que a una hora escribo de una forma, y luego cuando estoy cansado ya de otra y así...

—Y tú tienes más cara que espalda, ¿lo sabes?

—Pero... ¡si no he fotocopiado ni nada! —Le faltó patalear nada más al verse cogido.

—Hombre, es que eso ya sí que hubiera sido el colmo, pero que me la vas a repetir para el viernes, que lo sepas.

—¿Qué dices? Si he hecho el castigo entero, no hay derecho...

—¿Tú y cuántos más lo habéis hecho? Porque aquí hay letras de tres o cuatro niños más, a ver si te crees que vas a venir a robar a la cárcel, pequeñajo.

Viéndose pillado, me miró con cara de pocos amigos y, antes de que el percal empeorara, fue a sentarse. Ahora bien, antes muerto que darse por vencido.

—¡No tienes pruebas! —me indicó desde su asiento una vez lo alcanzó.

—Ni falta que me hace. No empeores las cosas, listo, que eres tú muy listo.

Se pasó el resto de la mañana refunfuñando y yo haciendo como que no lo veía. Ese Nachete tenía que dar un cambio, y yo debería darle una de cal y otra de arena para que así fuera.

El ambiente en la sala de profesores a la hora del recreo estuvo de lo más relajado. Igual que sucedió a primera hora, Tami no se dejó caer por allí y a la hora de la salida Víctor me informó de que había dicho que estaba enferma; enferma de rabia debía estar. Sin duda una excusa para no tener que dar la cara y de paso tampoco palo al agua, que según tenía entendido también era un poco flojilla.

—A las seis como un clavo estaré en tu casa—me dijo al despedirse.

—Perfecto, pero tranquilo, que no me voy a mover de allí, y de paso ya te contaré lo bien que ha cumplido tu hijo con el castigo. —Me eché a reír, lo del enano aquel era para escribir un libro.

—Miedo me da, ¿tengo que llevarme un Almax para digerirlo?

—No, hombre, si estás bien del estómago no hace falta. Y hasta tiene su gracia, ya lo hablaremos con un cafelito.

A la hora convenida, incluso un par de minutos antes, ya estaba en la puerta. Lo primero que percibí al abrirla, aparte de lo guapo que estaba, era su embriagador perfume, al que yo no sabía ponerle nombre, pero que penetraba en mí, permaneciendo allí incluso horas después de despedirme de él.

Con una simple camiseta blanca, unos jeans y unas deportivas, no le hacía falta más. Venía provisto igualmente de una pequeña caja de herramientas.

—Anda, si vienes a lo Manny Manitas—bromeé al percatarme de ello.

—¿A lo quién?

—¿No le gustaban a Nacho esos dibujos? Que el chaval era un manitas, hombre...

—Ah no, Nachete ha sido siempre más bien de súper héroes, ya te lo cuento luego también con ese cafecito.

—Pues nada, entra aquí a la cueva de Luis Candelas, que te va a fascinar—le invité.

—Mujer, que no está tan mal, me lo habías pintado incluso peor...

—Eso es porque ahora ya lo ves todo un poco más rollo Ikea, pero lo tenías que haber visto el primer día. Palabrita del Niño Jesús que esto le daba un susto al miedo...

—Pues sí que le estás dando un rollito guay, Susi. ¿Y dónde está esa lámpara?

—Ahora mismo te la traigo, ya verás cómo mola.

—Con que lo haga la mitad que tú, ya me hago una idea.

Me quedé sin poder articular palabra. Si que se había dejado caer el tío...

Con la sonrisa en los labios, y sin contestar absolutamente nada con palabras, pero sí con una mirada que mostraba mi encanto, me fui a por la lámpara.

—Aquí está, espero que no te dé muchos quebraderos de cabeza para montarla.

—Seguro que no, los suecos estos lo tienen todo previsto, lo que yo te diga...

—Sí, son muy propios ellos. Pues nada, tú mandas, supongo que tendremos que cortar la luz para no llevarnos sustos, ¿no?

—Sí, sí, mejor...

Nos fuimos para el cuadro de luces y no tardamos en reír a conciencia. Aquel lo tenían que haber colocado en la época del Antiguo Egipto por mi madre de mi alma.

—Yo te digo que no sé si va a ser peor el remedio que la enfermedad, palabra que no tengo

narices de meter ahí la mano.

—¿La meto yo? —Me ofrecí.

—¡Ni en broma! Para eso lo hago yo, pero que no hay ninguna necesidad de que pongamos nuestra vida en riesgo—exageró.

—Vale, vale... que yo no tengo ni prisa ni ganas de morirme.

—Estaría bueno, con la vida tan bonita que tienes por delante—añadió y se quedó tan campante.

Yo no sabía muy bien de qué palo iba aquel atractivo viudo, pero que se deshacía en halagos hacia mi persona sí que podía afirmarlo sin temor a equivocarme.

—Pues la misma que tú—le contesté, haciéndole ver que no era a mí sola a quien el universo le tuviera reservadas grandes propuestas.

—¡Al lío! ¿Tienes una escalera? —No era bajo para nada. De hecho, me sacaba una cabeza, pero de ahí a llegar con soltura al techo mediaba un abismo.

—Sí, aquí Matilde ha dejado una, pero yo de ti comprobaría los peldaños, no vaya a ser que acabes con las dos piernas escayoladas a la altura de las ingles, que aquí todo es de los años de María Castaña, tú me entiendes...

Fui a por la escalera y él, efectivamente, comprobó los peldaños. Normal que no quisiera morir joven, a juzgar por el culo que tenía... Qué malilla, pero qué le hacía si se me iban los ojos hacia aquella respingona parte de su cuerpo con la que la madre naturaleza me estaba regalando lo ojos...

Ensimismada en ese pensamiento, tuve que saltar hasta el techo cuando él chilló y noté aquellos estertores que casi le lanzan de la escalera...

—¡Ay, Dios! ¿Qué hago? —grité y me acordé de eso de que no puedes tocar a alguien en ese estado.

—¡Tranquila, Susi, que es broma! —Yo no salía de mi asombro, se acababa de quedar conmigo, y a lo grande.

—Pero ¿tú sabes el susto que me has dado? Mira que no te tenía por alguien tan chistoso, me cachi en la mar, qué cosita más mala...

—Lo siento, pero es que no he podido evitarlo, he sucumbido a la tentación—me confesó mientras bajaba de las escaleras—, ya está, era muy fácil de colocar...

Lo difícil de verdad fue no sucumbir a la tentación de darnos un beso en un momento tan propicio, pues su cara y la mía quedaron muy próximas al poner de nuevo el pie en el suelo.

—¿Que lo sientes, dices? Me vas a tener que compensar por esto, se me sale el corazón por la boca.

—¿Y si lo hago invitándote a cenar? —me preguntó sin dilación, anda que perdía el tiempo.

—¿A cenar? —le respondí como una boba. Si Inés me hubiera visto me habría matado, por lo que enseguida pensé que aquella vez no iba a perder el tren.

—Sí, mujer, eso que se hace después de merendar y antes de irse a dormir, cenar.

—Muy chistoso también, sí que tienes gracia, habrá que cenar pues.

—¿Sí? —Sus ojos chispeantes me hablaron de que mi aceptación le había hecho feliz.

—Claro, pero antes tendremos que tomar ese cafecito, aquí en mi pedazo de terraza—la señalé y él se echó a reír.

—No está tan mal, mujer, no exageres. A mí me parece el mejor lugar del mundo para sentarnos a charlar ahora mismo.

—Pues ya vengo con ese cafecito, ve tomando asiento...

—Me lavo las manos y te echo un cable mejor.

—Déjate de echarme cables, que ya no me fio de ti un pelo, no vaya a ser que termines electrocutado.

Electrocutado él quizás no, pero yo encantada seguro que sí...

Serví el café con unas pastas y me dispuse a ir hacia la terracita. La tarde invitaba a permanecer allí un buen rato y eso fue lo que hicimos, a bien que el pelirrojillo andaba a buen recaudo en casa de su primo.

—Y bien, ¿cómo la ha liado hoy el trasto de mi hijo? Si la cosa es muy gorda avísame y me pongo unos taponos para los oídos.

—No hombre, no es para tanto, pero antes dime, ¿a que ayer estuvo con más niños?

—Sí, después de terminar con el castigo me preguntó si podían subir a su cuarto algunos de los vecinos con los que tiene amistad.

—Si lo sabría yo... Pues no tengo ni idea de cómo, pero logró que le ayudaran entre todos. No veas si había letras distintas en sus papeles, yo es que me parto, tu hijo es un portento.

—¿Qué me cuentas? Bien me la dio con queso, pero es que se metió en su cuarto justo después de comer y unas horillas después me dijo que había terminado.

—Habría terminado de echarse la siesta padre, porque lo que toca escribir, ese escribió poco— me carcajeé.

—Yo te prometo que me quedo a cuadros, ¿qué voy a hacer con él?

—Yo solo veo dos alternativas; o lo rifas en una tómbola o te armas de paciencia, que estoy segura de que terminaremos haciendo carrera de él.

—¿Y dónde dices que ponen esa tómbola...?

Qué poco me imaginé el día que lo conocí que me lo iba a pasar tan bien con Víctor, pero es que tenía un sentido del humor exquisito.

—Eres muy dicharachero, ¿lo sabes?

—Pues mira que me he llevado unos añitos que parecía que me habían puesto dos velas negras, pero ahora es cierto que por fin parece que vuelvo a ver la luz.

—¡¡Basura!! —chillé parafraseando a la bruja Lola, precisamente la de las dos velas negras...

—Jaja, qué personaje, ¿te acuerdas?

—Sí, claro. Y hablando de personajes, quedaste en contarme no sé qué de Nachete y los súper héroes.

—Cierto—suspiró—, este hijo mío es como una bomba de relojería, un especialista en hacer que mi corazón esté blindado ya; si no me ha matado de un susto ha sido de milagro.

—¿Y eso? Cuenta anda, que seguro que es jugoso.

—Jugoso es, lo único que por Dios que todavía me dan sudores fríos cuando me acuerdo. Pues nada, que una vez, al poco de morir su madre, lo pilló subiéndose al pretil de nuestra terraza con su capa de Superman.

—¿Qué dices? Me muero del cague...

—No lo sabes tú bien. Fue horroroso, como te lo cuento, el momento en el que más miedo he pasado en mi vida. Se conoce que llevó arrastrando hasta allí una silla del salón, aprovechando que yo me estaba duchando, y...

—Y quiso volar como Superman, qué miedo, por Dios...

—Sí, siempre ha sido muy de súper héroes, como te dije. Y ese disfraz se lo había hecho su madre, que cosía muy bien.

—No me digas, y él se lo quiso poner para...

—Para ir a visitarla al cielo, según me decía mientras yo le rogaba que no se moviera hasta llegar hasta él. Cuando por fin le eché el guante, me sentí el tipo más afortunado del mundo porque a punto estuvo aquello de acabar en tragedia.

—Mira, es que me lo estás diciendo y me tiemblan las canillas. —Señalé a mis piernas, que temblaban como un flan.

—Sí, mejor vamos a cambiar de tema, ¿cuándo y dónde cenamos? —El giro que le dio a la conversación fue total y yo no supe ni qué contestar.

—Pues me tendrás que decir tú porque ni sé cuándo estás libre ni conozco casi nada de la zona todavía.

—¿Cómo lo ves el sábado? Podría dejarlo en casa de mi hermano, si te parece.

—Me parece genial.

—Pues entonces el sábado, y del sitio me encargo yo... espero dar en la diana.

Reservara donde reservase, en la diana iba a dar seguro, porque lo único que me apetecía era que me llevara donde le diera la gana, aunque fuese al fin del mundo.

Capítulo 9



La semana pasó algo más lenta de lo que yo hubiera deseado. Y eso que tuvimos calma total tras la tempestad, pues Tami seguía “mala” según le dijo a Martín.

Yo estaba en la gloria sin miss agrado merodeando por la sala de profesores, aunque eso provocó que tuviéramos un trabajo extra, al hacernos cargo entre el resto de profesores de los niños de su clase.

El viernes al mediodía, Bea me sorprendió con otra propuesta de picoteo que hizo mis delicias, porque seguía sin conocer a demasiadas personas allí.

—Claro que vamos, será por lo que tengo yo que hacer en casa, que el resto del piso no se lo voy a pintar a Matilde, hasta ahí podía llegar la broma.

—Por supuesto que no, Susi, que ya con lo que has hecho tienes el cielo ganado.

—Un toque Ikea es lo que le he dado, antes de que me tuvieran que diagnosticar una depresión profunda, tú sabes...

—Anda ya, boba, que cuando te dé la gana te coges tú otro piso y ya está. En esta vida estamos para sufrir lo mínimo... Por eso tú y yo nos vamos a ir a ponernos ciegas de puntillitas ahora mismo. Y también me han dicho que tenemos que probar los boquerones en vinagre, que deben estar de vicio.

—Pues entonces habrá que ir a darle al vicio, está claro que sí—apuntillé con más hambre que Carpanta.

La tarde también estaba espléndida, y es que Castellón nos estaba regalando un otoño suave del

que poder disfrutar a tope.

—Y cuéntame, anda, que veo en tus ojos que hay algo que te alegra y yo creo saber lo que es...

—¿Tanto se me nota? Mira que me siento un poco imbécil, ¿eh?

—Nada de imbécil, Susi, si el amor es lo más bonito del mundo. Tú suelta por esa boquita, anda, que yo estoy deseando escucharlo.

—Pues lo que vienes imaginando, que estoy por los huesos de Víctor. Y el también por los míos, ¿eh? Nos hemos visto un par de tardes... Bueno la primera ya te la conté, cuando nos vio Tami, pero también el otro día me colocó una lámpara en casa y...

—¿Y no te colocó nada más en ningún sitio? —Su risilla me dejó sin saber qué contestar.

—No, mujer, tan rápido no... todo a su tiempo. Vamos, digo yo, porque a mí me gustaría que llegase, esa es la verdad.

—Y llegará, que a nadie se le ha ido por alto cómo te mira él también. Ten en cuenta que Víctor ha vivido un tanto amargado todos estos años y eso se le notaba. Para mí que no ha tenido más vida que Nacho, que ya sabes que tampoco es que se lo haya puesto todo en bandeja de plata.

—Qué va, el mico ese se hace querer, pero hay que sacar toda la artillería pesada para lidiar con él, eso lo sabes.

—Lo sé, lo sé, y te vas a tener que armar de paciencia si tienes algo con su padre, porque igual se lo toma bien o fatal.

—Ya, ya, no creas que no lo he pensado—suspiré.

—Tranquila, ¿eh? Que todo tiene solución menos la muerte. Y si al niño le da por tratarte como a la madrastra de Blancanieves, habrá que ponerle los puntos sobre las íes, que tampoco sería el primero ni el último que actuara así.

—Ya, ya, pero ¿no nos estamos adelantando mucho? Que yo con su padre no me he dado todavía ni un beso y ya estamos...

—Ya estamos soñando despiertas, ¿y sabes por qué? Muy sencillo; porque nosotras lo valemos y porque además soñar es de las pocas cosas en el mundo que todavía siguen siendo gratis.

—Muy soñadora te veo yo a ti, ¿qué tal con Samuel? —En determinados momentos le había pillado comentarios a mi amiga que me hacían ver que su matrimonio distaba un tanto de poder ponerle la coletilla de “miel sobre hojuelas”.

—¿Con Samuel? No sabría qué decirte, esa es la realidad. Creo que no te he hablado sobre él apenas, ¿no?

—No, no mucho, la verdad.

—Pues podría decirse que tiene las mismas inquietudes que una morsa marina. Por no hablar de que como siga llevando la vida tan sedentaria que lleva, se va a convertir directamente en una de ellas... No piensa más que en comer y dormir, esas son sus dos principales aficiones.

—Buah, entonces de sexo...

—Sexo, ¿qué es eso? Una vez al mes y vámonos que nos vamos, una cosa rapidita y listo. Si te digo la verdad, un cubrir sus pocas necesidades fisiológicas por su parte y un auténtico paripé por la mía.

—Buff, pues sí que estáis bien, vaya plan...

—Sí, en la misma gloria, algo vale que luego llega el lunes y entonces...

—¿¿Cómo?? —Me quedé de piedra. Yo debía ser más tonta que el Pichote porque no había notado nada.

—¿A mí no se me nota? Pues no sabes la alegría que me das, chica. Pero que lo cortés no quita lo valiente, que bebo los vientos por Martín, bonita.

—¿Qué dices, Bea? Mira que yo os he visto muy bien avenidos en muchos momentos, pero nada que fuera más allá de una simple amistad, me has dejado anonadada.

—Uff, es que al menos a ti necesitaba decírtelo. No sabes lo malo que es eso de tener que amar a alguien en silencio, qué complicado, chica.

—¿Y él? Cuéntame, porfi.

—Él siente lo mismo, pero está entre la espada y la pared, el suyo es un caso muy raro.

—¿Muy raro? Ay, Dios, que esto parece un serial, sí que nos va a dar de sí el *jodío* viernes.

—Sí que nos va dar, ya lo verás. ¿Tú has escuchado alguna vez que hay primos que se casan entre sí?

—Sí, en mi entorno había un caso, unos amigos de mis padres. Creo que tuvieron que pedir una dispensa o algo así para poder casarse, ¿no? Pero tú no eres prima de Martín, ¿o me he perdido algo?

—No, yo no, pero su mujer sí.

—¡Toma del frasco, Carrasco! —le espeté porque sí que me estaba enterando de cosas, sí.

—Y lo peor no es eso...

—¿Hay más? Dale antes de que vengan los boquerones en vinagre, que se me van a ir por mal camino y están muy fuertes.

—No, lo fuerte no son los boquerones... Lo fuerte es lo que te voy a contar ahora...

—¡Ay, Dios!

—Pues mira, resulta que hace unos años Martín, que ya estaba ennoviado con su prima Elena, que

así se llama su mujer, sufrió un accidente de tráfico al ir él conduciendo. A resultas de aquello, su tío falleció un par de días después, no sin antes hacerle prometer que él cuidaría de Elena.

—Guau, lo que yo te diga, de película.

—Sí, y lo malo era que por aquel entonces ya él ni convencido estaba de querer casarse con ella, lo que pasa es que el accidente lo cambió todo.

—Jo, seguramente se sintió súper culpable.

—Sí, porque fue un descuido suyo al volante el que parece que lo provocó. Total, que se casó más por responsabilidad que por otra cosa, y su matrimonio tampoco es que fuera para tirar cohetes.

—Y luego te conoció a ti, se encoñó y ya peor...

—Pues sí, el asunto es que tampoco nos hemos tocado ni un pelo todavía, ¿eh?

—Oye, que si fuera de otro modo no sería yo quién para juzgaros, Bea.

—Lo sé, amiga, pero hay que llamar a las cosas por su nombre. Lo nuestro es una especie de amor platónico, porque con esa premisa de por medio lo tengo jodido.

—Ya, porque tú sí que estarías dispuesta a dejar a Samuel, ¿no?

—Yo sí, hija, de por mí le haría las maletas hoy mismo y que se fuera con la metomentodo de su madre, que esa encima está deseando verlo entrar por las puertas.

—Cosita me está dando, qué grima con tu suegra.

—Sí, es una joyita. Casi igual que la madre de Martín, que según me ha contado él es una mujer de lo más dulce. Mira qué buena suerte iba a tener hasta en eso, qué mierda de circunstancias...

—Tranqui, Bea, que yo soy de las que piensa que quien la sigue, la consigue...

—Ya, lo que pasa es que aquí hay una cuestión de principios de por medio. Y tú no sabes cómo es Martín, más cumplido que un luto, te diría yo...

—Buff, al menos piensa que la vida da muchas vueltas.

—Ya, y que ayer se cayó una torre, como se suele decir, pero que eso no me consuela demasiado, con la buena pareja que podríamos hacer, ¿a que sí?

—Claro que sí, mujer. Pues sí que está ambientado el patio, qué poquito me lo podía yo imaginar el día que llegué, qué divertido.

—Y más que va a estarlo porque tienes que prepararte para cuando llegue Tami, que supongo que será ya el lunes.

—Sí, después de la trifulca del otro día va a venir echando arena para atrás, como los toros. Ya lo sé.

—Pues si lo sabes solo tienes que estar preparada, Susi, que tampoco es que vaya a encañonarte con una pistola, digo yo...

—Eso no, pero mandarme a dos sicarios para que me partan las piernas seguro que sí se le ha pasado por el coco.

—¿Te imaginas? Al final el cole abriendo el telediario, sería la bomba.

—Déjate de tanta bomba, no me vaya a estallar en toda la cara, que esa debe tener cacaruca.

—No te digo yo que no, antes pensaba que no era mala chavala, pero lo visto lo visto, lo mismo me he equivocado.

—Sí, sí, y a este paso igual corres burro hasta tú, por eso de que eres mi amiga...

—¿Yo? Sí, que se prepare que la desmoño. Hasta ese día no se iba a enterar ella de quién es Bea, hombre ya con la niñaata.

Mi amiga tenía carácter y a Tami se le estaba presentando un panorama nada alentador en el trabajo. Sin comerlo y sin beberlo, su actitud estaba propiciando que el resto de compañeros se posicionara de mi lado y eso era algo que le iba a costar gestionar.

Y eso que no sabía del acercamiento que se estaba produciendo en los últimos días entre Víctor y yo. Tami debía tener unos ardores de estómago de aúpa, antes de saber siquiera que la cosa iba a empeorar.

Antes de pensar en los problemas de la siguiente semana, me centré en mi cita con Víctor; el sábado por la noche marcaría un antes y un después en nuestra relación. Ya no necesitamos escudarnos en una charla sobre Nacho o en la colocación de una lámpara; éramos adultos y deseábamos compartir una agradable velada.

Capítulo 10



—Córtamelo, así como lo lleva Macarena García—le pedí a la peluquera al día siguiente mientras le enseñaba una foto.

—Ah, sí, un flequillo de esos estilo cortina. Te va a quedar ideal, porque tú llevas unos mechoncitos que enmarcan tu cara.

Hacía tiempo que quería sacarme un flequillo, pero me costaba decidirme. Tenía claro que no quería uno demasiado corto o llamativo, que me diera un cambio de apariencia demasiado radical, razón por la que opté por aquel cuando vi una foto de aquella actriz tan monísima en Facebook la noche anterior.

Salí de la peluquería como niña con zapatos nuevos. No iba a comparar mi melena con lo sofisticada de la de Macarena, pero también me quedó de lo más pintona. Me vi muy favorecida, al reflejarme en el escaparate de aquella zapatería en la que entré con el ánimo de pecar.

—Me sacas un 39 de aquellas sandalias, por favor. —Me habían conquistado, eran una preciosidad en ante con unas ondas delanteras que irían genial con la faldita chocolate con volantes que me pondría, con aquella blusa blanca tan elegante que tantas veces me elogió Inés.

—Cómo no. —La dependienta llevaba unas iguales puestas.

—Veo que a ti también te han gustado, qué monas. —Además, ella lucía una pedicura perfecta y eso me recordó que yo debía hacérmela si quería llevar unos pies como Dios mandaba esa noche.

—Y que lo digas. Y, aparte, sirven igual para un roto que para un descosido, que son comodísimas.

—Mejor me lo pones, entonces sí que me las llevo.

Subí a casa con ellas en la bolsa tan cuqui que me entregó, no podían ser más bonitas, cómo molaban.

Me acordé de una receta que había visto días atrás de una fresquita ensalada tropical que me apetecía mucho probar.

Aproveché también para echarle una llamadita a mi madre, con la que apenas había hablado en toda la semana.

—Estás hecha una descastada, hija, ¿cómo te va?

Yo todavía no le había comentado nada de lo de Víctor, con idea de que no me diera mucho la lata, que era muy dada a eso, pero me encontré con ganas de hacerlo ese día.

—Pues bien, mamá, que he estado más liadilla que un trompo. ¿Sabes? Esta noche salgo a cenar con un profesor del cole, que nos estamos haciendo muy buenos amigos—lo dije con retintín y ella lo pilló rápido.

—¿Amigos con derecho a roce? Pero dime, no estará casado ni nada de eso, ¿no?

Mi madre tenía un poco de obsesión con todo lo que oliera a cuerno. Yo entendía que a ella ese tema le causaba una especial sensibilidad, pero es que siempre salía por el mismo sitio.

—Que no, mamá, que no está casado. —Para qué le habría contado yo nada.

—Entonces, ¿está divorciado? Pero ¿desde hace cuánto? Ten cuidado que muchas veces están deseando pillar cacho después de firmar lo papeles, pero la cabeza la siguen teniendo a pájaros. Qué te voy a contar, son hombres...

Para mi madre lo de hombres equivalía a ogros, por mucho que a mis novios siempre los hubiera respetado. Y, en el caso de Quique, casi me animara a salir con él.

Quizás fueron precisamente mis rupturas con ellos las que terminaron de, en su fuero interno, darle la razón en ese sentido. Y ahora ya los metía a todos en el mismo saco.

—No, mamá, no está divorciado, está viudo.

—¿Viudo? Acabáramos hija, ¿te has liado con un viejo?

—Que no, mamá, que solo tiene treinta y ocho años, no me vuelvas loca.

—Pues sí que es joven, ¿no será que tiene una piara de niños y para eso te quiere?

—Tampoco, mamá, que solo tiene uno. Y las piaras no son de niños, sino de cochinos.

—Para el caso, lo mismo es. A muchos niños hay que echarles de comer aparte, lo que pasa es que tú no lo sabes.

No la había cogido en un buen día, imposible que parara de quejarse por todo.

—Cierto, mamá, ¿cómo iba a saberlo? Si yo no soy maestra ni he trabajado con ellos en la vida.

—Es verdad, cariño, no me hagas mucho caso, que estoy de mal humor. Es que resulta que había quedado esta tarde para ir al cine con mi amiga Candela y al final me ha dejado tirada por salir por un tío que ha conocido por Internet. Me ha puesto negra, ¿sabes? Ahora, que yo ya se lo he dicho, que arrieritos somos y en el camino nos encontraremos...

—Tranqui, mami, que seguro que te sale otro plan.

—Sí, hija, ¿no ves que mi vida es un carrusel? No te quiero amargar, Susi, es solo que me ha dado bajón el quedarme encerrada entre estas cuatro paredes hoy.

—¿Encerrada en un Málaga con el día tan bonito que debe hacer? Es que eso no se puede consentir, mamá, tira para la zona de la playa y te metes en el cuerpo un buen surtido de pescadito frito.

—No te creas que tengo muchas ganas, hija, pero lo mismo lo hago. Te echo mucho de menos, que lo sepas.

—Pues lo que tienes que hacer es plantarte aquí en Castellón y te pasas una semanita de vacaciones. Ya te expliqué que esto no es un hotel de cinco estrellas, pero le he dado un lavadito de cara.

—Como que me importará a mí que tu casa sea fea o bonita para ir a verte, Susi. Tienes razón, el día menos pensado tiro para allá y te hago una visita. Y de paso te dejo preparados táperes para un mes, que querría yo saber lo que estarás comiendo tú...

Cosas de madres, como me acababa de independizar, según ella no comía. Pues nada, para qué llevarle la contraria...

Después de tomarme la ensaladita me eché un ratillo a dormir. Benditas siestas reparadoras, que quería tener buena cara por la noche...

En cuanto abrí los ojos, un par de horas después, atrinqué el quitaesmalte y un bote de esmalte de un rojo pasión que me apasionaba. También eché mano de los separadores esos entre los dedos, porque si hay algo que yo no pueda soportar en el mundo es eso de ir manchándome el lateral del siguiente dedo mientras me pinto una uñita, desgraciando de paso su aspecto.

Con una mano sujetaba el esmalte y con la otra me aplicaba una fina capa en los pies, pero todavía me quedaba el cuello para sujetar el móvil y llamar a Inés. Me den morcillas, que también podía haber puesto el altavoz para hablar con mayor comodidad, pero no caí en tal cosa.

—Anda que te dejas caer mucho con el teléfono, puñetera, ya creí que te había tragado la tierra. ¿Cómo va el culebrón con tu profesor? Me tienes en ascuas.

—Pues adelantando, que es gerundio. ¿Sabes quién se va esta noche de cenita con él?

—Pero bueno, eso ya me mola más, brujilla. Así me gusta, que espabiles, que hay mucha lagarta suelta y tú no puedes ir de mojigata por la vida.

—Joder, dicho así, parece que me hubiera metido en un convento de clausura, dame un poco de

cuartelillo.

—En un convento de clausura, no. Pero que te tienes que espabilar es un hecho, que yo veo aquí un posible romance a la vista y eso se ha de aprovechar.

—Sí, como si fuera un plato de salmorejo que hay que rebañar, ¿no? Más o menos ha sonado así.

—Totalmente correcto, veo que mis enseñanzas van dejando huella.

—Sí, sí, siempre has sido muy buena maestra y consejera, vecinita. —Eso me habría gustado, que siguiera siendo mi vecina, pero ya en Castellón, que Víctor estaba logrando que yo le cogiera el truquillo a la ciudad.

—Déjate de ñoñerías, que te pones muy tonta, y dime qué vas a llevar puesto.

—Pues mira, la faldita esa chocolate que te dejé una vez, ¿te acuerdas? Con unas sandalias cuquisimas que me he comprado y...

—¿Y debajo? Yo me refería debajo...

—Joder, Inés, que ha sonado a consultorio de esos porno, rollo “dime de qué color son las braguitas que llevas”. Y la mitad de las veces la que está al otro lado del teléfono está pensando en las lentejas que va poner y no se ha depilado en tres meses. Eso sí, la voz la tiene preciosa.

—No te vayas por los cerros de Úbeda que te conozco. Al lío, chochete, que qué ropa interior te vas a poner.

—Eso da lo mismo, porque yo no me voy a acostar con él, que ya sabes que no busco follaamigos ni nada que se le parezca. A mí Víctor me gusta de verdad, así que pienso ir con él piano, piano...

—Vale, vale, pues entonces mejor. No te depiles lo que viene siendo el chumino y así no caerás en la tentación, en el caso de que se tercié.

—No sé yo lo que haría sin tus sabios consejos, bonita.

—Perdida, estarías perdida en la vida. ¿Y qué me cuentas del ambiente en el cole? ¿Estás contenta?

—Sí, si salvando el hecho de que esta semana han podido sacarme un ojo los niños con un avioncito de papel que venía con mala leche, todo perfecto. Ah, y la imbécil de Tami quiso sacarme los dos, a raíz de que me vio paseando con Víctor.

—Esa tía debe ser una carajota integral, vamos.

—No lo sabes tú bien, lleva toda la semana sin venir, diciendo que está “mala”. Y solo es porque los compañeros me dieron la razón a mí. Es que no veas cómo se puso porque decía que casi le tiro el café encima.

—Anda, pues no sabe que esa es tu especialidad, ir por la vida como pollo sin cabeza, Susi.

—Gracias, con amigas como tú no hace falta enemigas. ¿Y qué cuenta mi Curro? —le pregunté por su gato, por el que yo sentía pasión.

—Todo bien, si no fuera por el detalle de que me he comprado un sofá nuevo y ya está ahí enredando con las uñas, me lo va a dejar como un zurullo en dos días, bien me podía haber ahorrado el dinero.

—No tiene guasa mi Currito, ¿y lo del bultito aquel?

—Mira, ya no le veo nada. Y no lo he llevado más al veterinario porque no quiero numeritos, ¿tú sabes la que me ha forma cada vez que se huele que vamos a ese sainete? La última vez se me perdió y no apareció hasta el día siguiente, casi me da un patatús.

—¿Y eso? Es que yo siempre lo he dicho, que el puñetero sabe más que Briján, que solo le falta hablar.

—No hace falta que lo jures, anda mujer, qué insulto me dio, casi me tienen que ingresar. Y por la mañana, andaba yo llorando más que Jeremías en casa de Petra, nuestra vecina, cuando escuchamos un maullar de gato y subimos a la carrera a la segunda planta; allí estaba el

condenado, debía llevar toda la noche a resguardo, ¿cómo lo ves?

—Lo dicho, que solo le falta hablar...

Inés había sido siempre una persona muy especial en mi vida. Y el bandido de Curro también, desde la tarde que lo trajo al encontrárselo en el campo de su tío. Entonces cabía en la palma de una mano y yo misma la había ayudado a criarlo a biberón.

Salí a la terraza para que las uñas se me secaran antes, aunque más bien lo que me pasaba es que estaba impaciente porque llegara la hora de reencontrarme con Víctor. Hacerlo en una cita me resultaba muy emocionante y estaba segura de que a él le ocurría tres cuartos de lo mismo. Me lo imaginaba perfumándose en su baño y el corazón me daba un vuelco; lo mío empezaba a parecerse a eso que llaman un flechazo de Cupido en toda regla.

Capítulo 11



El resultado de mi arreglo me gustaba. Sentía que tenía eso que vienen a llamar “el guapo subido”. Y no solo lo percibí yo, pues Víctor tardó nada en decírmelo en cuanto me vio bajar. Él ya esperaba en la acera y no vaciló en soltarme un “guau” con un silbidito que me sacó los colores.

—Mira que hay cosas bonitas que ver en Castellón, pero ninguna como tú. Anda, tira para dentro antes de que te arrepientas.

Provocó mi risa. Claro, en eso estaba pensando yo, en arrepentirme... “Sí, Paco”, que decíamos en mi tierra.

Él no solo no venía nada mal, que estaba radiante con su camisa blanca, sus chinos en beige y sus náuticos marrones; sino que habíamos coincidido e íbamos de lo más coordinados.

—La noche nos espera, Susi. ¿Puedes creerme si te digo que estoy nervioso?

Qué cosita me dio, me pareció un gesto precioso... Si hay algo que no me gusta en el mundo es un hombre que vaya de sobrado, y con ese gesto me demostró que nada más lejos de la realidad.

—¿De veras? Bueno, no vayas a creerte, que yo también tengo una cosita en el estómago...—lo señalé y a él no le pasó indiferente el rojo pasión de mis uñas, a juego con las de los pies.

—Te habrán dicho un millón de veces que tienes unas manos preciosas, ¿no?

—Alguna que otra, sí.

En lo de las manos salía a mi madre, ya que las mías eran como un calco de las suyas. En líneas generales las dos nos parecíamos mucho en el físico. En cuanto al resto, ella que lo recordaba

mejor, me decía que en el carácter era muy de mi padre, aunque eso no quería decir que yo comulgara con todas sus actuaciones. Y, es más, lo que él hizo al final de su vida con mi madre era para mí una espinita que se había quedado clavada.

Quizá por eso, lo de los cuernos era algo que no entraba en mi cabeza. Jamás le haría eso a un hombre, eso por descontado. Y si encima era como Víctor, entonces apaga y vámonos, ¿quién va a pensar en poner los tarros teniendo en casa a un hombre como aquel? Me hubiera parecido una idiotez sin sentido ninguno.

No tardamos en llegar a un bonito restaurante, en pleno centro.

—Lo han inaugurado hace poco, todavía no lo conozco. Bueno, y aunque llevara más tiempo, digamos que no he salido mucho últimamente.

—Ya, ya, seguro que está de fábula, no te preocupes. Por fuera es precioso.

—Y la comida dicen que muy bien también, me lo ha recomendado mi hermano Adolfo, que ese no se pierde una.

—El padre de Carlitos, ¿no? ¿Es tu único hermano?

—Sí, el padre de Carlitos. También lo está criando solo, porque la madre de la criatura, Katrina, es inglesa y se fue al poco de nacer el niño.

—¿Se fue y dejó al bebé?

—Sí, sí, en eso tuvimos la negra los dos, no veas. Y mira que se lo advertí, que yo a esa chica la veía muy fría, pero él se empeñó en querer estar con ella y no contento con eso, en embarazarla. Que no es que le pese su niño, pero que también lo podía haber tenido con una mujer más normal.

—Ya, ya, eso lo puedo entender, qué cosas pasan...

Yo, desde mi punto de vista de “maestra”, como me gustaba que me llamaran, era una amante de los niños, y no me entraba en la cabeza que una madre pudiera coger carretera y manta y dejar a los suyos como si tal cosa.

—¿Y a ti te gustan los niños, Susi?

—A mí claro, fritos y con guarnición, a poder ser. No, en serio, sí que me gustan, por eso soy maestra. En esta profesión, o lo eres vocacional o vas lista, qué te voy a contar.

—Lo entiendo perfectamente. Bueno, qué te voy a contar a ti también, que te darán ganas de chocarte a veces, como a todos.

—Pues sí, y eso que este año no me puedo quejar. En Málaga sí que me cayó el premio gordo, con un niño que hasta llegó a agredir a una profesora... la pobre se pidió la baja y un traslado de centro a posteriori, quedó traumatizada. Al niño lo expulsaron, fue la bomba. Tengo historias para no dormir de ese centro y otras muy tristes. Fue una suplencia que hice en un cole de los suburbios, de los que hacen que el alma se te caiga a los pies.

—Uff, eso es lo peor... Entonces ya estás curtida en la batalla, eso me tranquiliza por la parte tocante a Nacho—suspiró.

—Con Nacho se lidia bien, no te preocupes que lo vamos a enderezar, tampoco es mal niño ni mucho menos... No seas tonto ni te preocupes tanto por las cosas. Además, si te digo un secreto, cuanto peor se porta más cariño le voy cogiendo al pelirrojillo.

—¿De veras?

Puedo prometer y prometo que no fue una estratagema para meterme a su padre en el bolsillo, por mucho que pudiera parecerlo.

—Sí, el niño tiene “ángel” como decimos en mi tierra, así que tú tranquilo.

Sí que tenía “ángel” el pequeñajo, de eso no me cabía duda. De eso, ni de que su padre hacía lo posible y lo imposible porque su comportamiento fuera a mejor, por mucho que a veces no lo lograra.

—Gracias, pero no quiero ser uno de esos padres que se lleven toda la noche hablando de su hijo. Si me lo permites, esta velada es para ti y para mí. —Y tal cual sucediera ya en aquella otra

ocasión, las yemas de sus dedos alcanzaron las puntas de los míos.

La sensación por mi parte fue inmejorable, algo que debió reflejarse en mi rostro. Y, por ende, en el suyo.

—Y ahora cuéntame, a qué dedicas el tiempo libre—bromeó.

—Pues a lo que todos, supongo, a relajarme, a pasear, a hacer algo de ejercicio, a ver series de Netflix, lo típico... Y en mi caso con el añadido de que tengo tareíta extra con eso de lo del piso, que ya ves.

—Qué lástima, para haberlo sabido. Por aquellos días en que lo cogiste se quedó un apartamento libre en mi urbanización, creo que te hubiera encantado. Es muy moderna y tiene hasta piscina, ahora no es la época de disfrutar de ella, pero en veranito es un extra.

Y tanto que lo era, y el tenerle a él como vecino ya ni digamos... eso sí que era gloria de la bendita directamente.

—Pues sí, para haberlo sabido. Qué se le va a hacer, me tocó a mí, ya me voy haciendo a la idea. ¿Y tú? ¿A qué dedicas el tiempo libre?

—Tiempo libre, ¿qué es eso? No tengo ni idea de lo que me hablas. Ahora en serio, pues tres cuartos de lo mismo de lo que tú dices. Lo único es que entre el niño, la casa, las coladas, las comidas y demás no creas que apenas me queda.

Me lo imaginaba con el mandil puesto en la cocina y más me ponía. Para mí no existe nada más excitante que ver a un hombre en la cotidianeidad del día a día, sin artificios ni añadiduras.

—¿Y no tienes a nadie que te eche una manita?

—Sí, una hermana de Chus, Esmeralda, que está en paro, viene a limpiarme tres horitas dos veces por semana. Para ella supone un pequeño desahogo y para mí otro. Nos ayudamos mutuamente y nadie mejor que su tía para manejarse con las cosas de mi niño y demás. Ella lo cuida todo con mucho esmero.

Era normal. ¿Quién mejor? Lo único es que yo de siempre he sido un poco celosilla. Qué tontería, por el amor de Dios... Ni siquiera sabía si esa chica tenía o no pareja. Y, por otra parte, de haber querido algo con su cuñada, buenas ocasiones tendría durante todos aquellos años Víctor y no las aproveché.

Lo que pasa es que en casos así, Inés siempre me lo decía, yo era un poco paranoica, por lo que me quitó la idea de la cabeza en un pis pas.

—Claro, todo que sea quitarte golpes de encima, fantástico.

—Exacto, aunque yo me encargue de la ropa y la comida, pero aun así tenerla me da la posibilidad de disfrutar con el enano los fines de semana. Con el enano y con quien se tercie, que admitimos compañía, que conste.

Cómo para no cogerlo, el ofrecimiento iba por mí, blanco y en vasija... leche fija.

—Ok, ok, tomo nota.

—Pues tómala, ¿te apuntas el finde que viene a subir con nosotros a Morella?

—¿Morella? Perdona, pero a esos efectos soy guiri, aunque no me veas con calcetines y chancas
—le respondí con el mejor de los humores al comprobar que me metía en sus planes.

—Es un pueblo medieval y te advierto que la primera vez que se ve suele impresionar mucho. Está en lo alto de una colina y su silueta con las murallas medievales es digna de ser contemplada. Ahí donde tú lo ves, el mozo, aparte de ser de súper héroes, es también mucho de castillos, espadas y armaduras, por lo que le encanta ir.

—Anda, mira, no me lo imaginaba yo rollo “Nachete en la corte del rey Arturo”.

—Pues sí que le gusta el tema, ¿nos acompañarás? Y ya dejo el tema del niño, palabra.

—Y dale, que no me importa que hablemos de él. En cuanto a lo otro, no sé si podré, los fines de semana es que estoy un poco más liada haciendo...

—Haciendo, ¿qué? —me preguntó con el rostro un poco desencajado.

—Quedándome contigo—bromeé y él suspiró aliviado.

—Jo, creí que me estabas dando puerta y me ha entrado agobio, te lo aseguro—resopló.

—¿Es que crees que eres el único con derecho a quedarse con el otro? Pues nanai de la China; donde las dan, las toman.

—Es justo, es justo...

Nos entendíamos a la perfección y la charla no podía resultar más fluida y amena.

Compartimos una deliciosa ensalada y un par de especialidades de la casa, un guiso marinero y unas almejas con una salsa de esas que invitan a quedarse haciendo barquitos con pan en ella hasta que no quede ni gota. No nos cortamos un pelo, por muy refinado que fuera el ambiente, ya que dejarla allí habría de ser calificado como un pecado capital.

Aunque lo intentamos, y vive Dios que así fue, no pudimos con el postre. Y eso que la carta ofrecía unas especialidades que debían estar de rechupete, pero deberían esperar a otro día.

—¿Me puedo quedar tranquilo? ¿No te apetece? Mira que yo no puedo más, pero si pides algo te acompaño cogiendo una cucharadita.

—No, no, gracias, también he tocado fondo. Una copita sí te acepto, si es que no tienes que recoger a Nacho.

—No, claro que no, ese estará durmiendo ya como un tronco, he quedado con mi hermano en recogerlo a media mañana.

—Vía libre, pues.

Nos fuimos del restaurante, no sin antes discutir quién se encargaba de la cuenta. Imposible

contradecirlo; me quería invitar él.

—Pues yo me encargo de las copas y no hay más que hablar. —Mi tono imperativo le indicó que mejor que no dijera ni media palabra y así lo hizo.

Se notaba que no estaba muy puesto en marchas nocturnas, cosa que a mí no me importaba porque de toda la vida de Dios me ha gustado salir más de día que de noche.

—Me vas a tener que perdonar, pero hace como un siglo que no voy de copas y ando un tanto desorientado.

—No hay perdón que valga. Déjate de tonterías, anda, y métete en cualquier sitio, que seguro que todos estarán ambientados.

Entramos en un garito y, para mi sorpresa, allá que sonaba música country. El baile siempre me ha gustado y en alguna ocasión había acudido en Málaga a un bar de esos con Inés. Ella era más de ese estilo, de country. Nuestras buenas fotos que teníamos juntas con el sombrero cow boy.

—Anda, la leche...—murmuró Víctor cuando los vio a todos tan entusiasmados, en fila y dándole un buen tute a las botas.

—¿Qué les pasa? No nos vamos ni de coña, ¿eh? ¿No lo has bailado nunca?

—En todos los días de mi vida, jamás. Y es que además soy un patoso para el baile.

—¡Me niego a creerlo! Seguro que nunca te lo has propuesto en serio. Y, además, que tampoco se trata de que tengamos que vivir de esto, solo de echar unas risas.

—Menos mal, porque de otro modo iba a pasar más hambre que el perro de un afilador. ¿Tú me ves a mí ahí?

—No ni *ná*. Ya estás sacando el salero ese que seguro que tienes, vamos... *jalehop!*

—Muy escondido debo tenerlo, pero si tú lo dices.

Tenía arte el condenado, aunque no fuera precisamente para el baile, como me demostró a continuación.

No es que fuéramos ataviados para la ocasión, pero eso me importó un bledo. Con tal de que no me aplastaran un dedo de un pisotón, yo feliz como una perdiz.

Fue llegar a la fila y cogerle el rollo del tirón. Siempre me ha pasado, desde pequeña, y por esa razón solía ser protagonista en todos los festivales de fin de curso que celebrábamos en el cole. Normalmente era flamenco lo que bailaba en esas ocasiones, pero no le hacía ascos a nada.

—No lo pillo, yo mejor me siento y veo cómo lo haces tú—me comentó en cuanto tuvo la ocasión.

—Buen intento, vaquero, pero tú no vas a ninguna parte. Sigue dándole a los pies; venga, que yo te vea...

Cualquier cosa por verme reír, se veía que estaba dispuesto a todo con tal de complacerme.

Risas y más risas fueron las que vertimos porque Víctor, por más empeño que le pusiera, no daba pie con bola.

—Ya vas mejorando—le dije un ratito después, mientras me carcajeaba.

—Me temo que no, es que tú tienes un par de copitas ya encima, y eso ayuda a verlo todo de color de rosa.

Sería eso, porque sí que lo veía todo de ese color. Incluso en el momento en el que un americano que parecía un armario de ocho puertas y que tenía todavía menos salero bailando que Víctor (sí, sí que eso era posible), dio un traspies y a punto estuvo de sepultarme.

—Tienes más reflejos que un puma—le confesé cuando saltó a mi rescate y evitó que el otro me hiciera polvo cayéndose sobre mí, porque el tío se dio un trompazo en el suelo de impresión.

—A ti que no te dé ni el aire, cuanto y más un borrachuzo—me confesó y, ni corto ni perezoso, me

besó.

Me besó, lo hizo sin pensarlo según me confesó más tarde, de una manera totalmente improvisada, como todas las cosas que mejor salen en la vida.

—Bendita caída del tío—le señalé cuando sus labios se separaron de los míos.

—¿Sí? —me preguntó arqueando la ceja, buscando una aprobación innecesaria, ya que se la habían proporcionado mis labios.

—Claro que sí, vamos a sentarnos un rato. —En esa ocasión fui yo la que tomé la iniciativa y lo cogí de la mano, hasta llegar a unos de los pocos asientos que quedaban vacíos, ya que el local estaba que no cabía un alfiler.

Sus ojos buscaron a los míos en el asiento y fue inevitable que nos volviéramos a besar. Y no es que la noche nos confundiera, sino que ambos nos habíamos sentido atraídos por el otro desde el mismo momento en el que nos conocimos.

—¿Te extraña mucho si te digo que no recordaba una noche tan mágica desde hace mucho, muchísimo tiempo? —No dudó en decirme cuando ambos recobramos el aliento.

—Y eso que yo no me he traído la varita mágica, que conste.

—No, pero voy a buscarte un complemento que también te va a gustar. —Sin pensarlo se levantó y lo vi irse hacia un grupo de chiquitas que se marchaban en ese momento.

Me froté los ojos al verlo sacar la cartera, entregándole a una un billete, mientras que la chica le daba su sombrero vaquero.

Con él en la mano, se aproximó a mí y me lo colocó en la cabeza.

—Imposible estar más guapa, espera que te saque una foto.

Posé para él con la mejor de mis sonrisas, dado que aquel detalle me había llegado al alma.

—¿Le has comprado el sombrero a la chica? ¿Qué puntazo!

—Claro, ¿qué creías? Mira, yo no sabré bailar, pero soy un hombre de recursos, eso te lo garantizo.

—Y yo no lo pongo en duda ni por un solo momento. — Eché una visual y tampoco me quedé corta a la hora de preguntarle a un chico que nos quedaba a la espalda.

—¿Me dejarías el sombrero para una foto? Es que mi chico no tiene y me gustaría contar con ese recuerdo.

—Cómo no. —Se dio la vuelta y los tres nos echamos a reír a mandíbula batiente.

—¿José Luis? ¿Qué haces tú aquí?

—Pues supongo que lo mismo que vosotros, bailar. Pero soy yo quien tendría que preguntarte por eso de “tu chico”.

Me encogí de hombros sin poder parar de reír y él se dio por contestado.

—Entiendo, entiendo. Felicidades, pareja. Mira, aprovecho para presentarte a mi mujer, Dámaris, Víctor ya la conoce.

Nos dimos dos besos, la chiquilla era un encanto.

—José Luis me había hablado ya de ti, ¿es la primera vez que venís por aquí?

—Sí, pero según veo no va a ser la última. No veas si nos hemos divertido, y si además me sirve para hacer amigas, bienvenido. No conozco a demasiada gente en Castellón.

—Chica, pues eso tiene fácil arreglo. Yo tengo el grupito de mis niñas de toda la vida, te unes cuando quieras, ya verás que te van a gustar.

—¿Sí? Mira que te cojo la palabra, que necesito ampliar mi círculo social.

—Es lo que tienes que hacer, no lo dudes. Oye, no os hemos visto bailando, qué raro, aunque tampoco tanto, porque esto está de bote en bote.

—Ni nosotros tampoco, es lo que tú dices. Yo soy la que ha estado a punto de morir por aplastamiento cuando se ha caído el americano.

—Anda, sí, qué susto... de todas formas el country no es un deporte de riesgo, tranquila.

Un deporte de riesgo era mirar a los ojos de Víctor y notar cómo el corazón me latía a mil, eso era un deporte de riesgo. Y hablando de deportes, también en eso encontramos un nexo en común, ya que a ambos nos encantaba la vida al aire libre. No obstante, esa noche el aire libre, al salir del local, suponía un punto y seguido.

Nos despedimos en la puerta de mi casa con otra buena ristra de besos. Bien sabía Dios que me hubiera ido con él con los ojos cerrados, pero no me habría sentido bien al día siguiente.

Las cosas debían seguir su curso, sin prisa, pero sin pausa...

Capítulo 12



La semana comenzó y con ella, la sonrisa en mis labios...

El caso era que llovía aquella mañana, pero a mí me daba exactamente lo mismo. Incluso estaba dispuesta a estrenar aquel *gloss* de labios tan bonito que me había comprado en la farmacia cuando bajé el domingo en busca de unos tampones. Justo al despertarme me bajó la regla y pasé el día un poco tontona, pero el lunes amanecí con ánimos renovados, ¿por qué sería?

Coincidió en la misma puerta del cole con Víctor y Nacho.

—Hombre, muchachote, ¿cómo te vas a portar esta semana? Dime que nos vamos a llevar bien y que no he de temer ningún accidente más. —Alboroté su pelo con mi mano.

—Seño, no me despeines, que voy a perder mi sexapil con las chicas.

Me tronché, sin más. Había que joderse, ese niño era el acabose.

—¿Tu sexapil? Pero Nachete, si esa palabra es más grande que tú, ¿se puede saber de dónde la has sacado?

—De un YouTuber al que sigo y que da un cursillo con técnicas infalibles para ligar...

Me costó hasta corregirlo, porque lo que deseaba era no parar de reír.

—Infalibles, será con técnicas infalibles, pero ¿no eres un poco pequeño para eso?

O al menos así me lo parecía, por mucho que el mundo estuviera cambiando a pasos agigantados. De haber presenciado mi madre la estampa, habría dicho que era un mocoso redomado, sin más,

que así veía ella el mundo. Yo no llegaba a tanto, pero un poco sorprendente sí que me resultaba.

—Ya soy casi un preadolescente, ¿o es que no lo ves?

No lo dijo con mal tono, pero su padre intervino.

—Nacho, esas no son formas de hablar. Como sigas así, no vas a ganar para castigos, hijo.

—¿Más castigos? Papá, que todavía tengo aquí un bulto en el dedo de tanto copiar. —Se señaló al dedo corazón en el que no había ni rastro del aludido bulto, por cierto.

—Mira, no me hagas hablar, Nachete—concluí.

Cierto que al final me lo trajo de su puño y letra, pero anda que no utilizó argucias de por medio el muy bandido de él. Ese se las sabía todas...

Entramos en la sala de profesores, ya sin el niño, que corrió a jugar con los pocos compañeros que llegaban puntuales como él.

La primera en la frente; allí estaba Tami.

—Buenos días, parejita—nos dijo con tono jocosos tan pronto nos vio asomar el hocico por allí.

—Buenos días—contestamos ambos como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, en el más seco de los tonos.

—Me voy, que tengo mucho que hacer, hasta luego...

La cosa podía haber sido peor, hasta yo lo reconocía, pues no descartaba nada la próxima vez que la tuviéramos frente a frente. Sin embargo, no había llegado la sangre al río y eso era de agradecer.

—Buff, menos mal. —Bea hizo como que se retiraba el sudor de la frente.

—Tranquila, compi, que tampoco nos íbamos a tirar de los pelos. —Le di una palmadita en la espalda mientras ella me preparaba un café.

—Ya, sí sé que tú tienes mucha elegancia, Susi, pero es que a mí estas cosas me ponen muy violenta.

—Pues relájate y disfruta—le comenté en voz bajita cuando vi que un atolondrado Martín entraba por la puerta. Ese era otro que parecía tener la cabeza a las tres menos cuarto. Ahora lo entendía un poco mejor, ya que tampoco debía ser fácil su postura cuando viera a Bea cada día, sabiendo que lo tenía hartoo difícil para estar con ella.

—¡Hola a todos! Hoy vienen los de la inspección, ¿os acordáis? —nos preguntó y nos quedamos un tanto a cuadros.

—Creo que no nos habías comentado nada, Martín. —Víctor habló en nombre del resto, pues José Luis tampoco parecía tener ni pajolera idea de nada.

—¿No? Pues se me iría, no sé dónde tengo últimamente esta maldita cabeza.

Bea lo miró, un gesto que no se me escapó, porque yo era la única partícipe de su secreto. Bien distraído debía estar, sin duda.

—Da igual, será lo de siempre, rutina...

—Exacto, lo único es que procuréis que los niños, ¿cómo diría yo? Los más echados para delante mantengan la boca cerrada, os lo digo a todos.

—¿Ha habido algún problema en otras ocasiones? —les pregunté con interés.

—Alguno que otro. Incluso Álvaro, un chaval de último curso, aprovechó la visita del inspector para escaparse del centro. Te puedes imaginar el apuro, por no hablar de que más de uno le ha dado a la lengua en alguna ocasión, soltando lo que no debía.

Ya me imaginaba yo que el saco del “más de uno” debía tener dentro a Nachete, aunque Martín no lo mencionara expresamente por no abochornar a su padre.

Me fui a clase con la clara intención de prohibirles que la liaran parda. Lo último que me interesaba es que hubiera problemas en el centro, que todavía existía la posibilidad de que saliera danzando yo, y no me refiero a danza clásica precisamente.

—Niños, hoy viene el inspector, así que no quiero gracias ni salidas de tono cuando llegue, ¿me habéis entendido? —les advertí con el dedo levantado.

Tuve que hacer de tripas corazón porque a mí me costaba aguantar la risa. La razón fue que de repente me vi hablando como Sor Trinidad, aquella monja del cole al que yo iba de pequeña, a la que todas temíamos más que a un huracán.

—Sí, señorita Susana—respondieron a la vez.

Muy formalitos los veía y eso sí que me escamaba. No me fiaba un pelo de aquellos renacuajos... Un par de horas pasaron hasta que mis peores temores se hicieron realidad.

El inspector, un casoso de cuidado, llegó con su carpeta debajo del brazo. Su aspecto no tenía desperdicio, súper desaliñado. Y, como guinda del pastel, una voz de pito que hizo desternillarse a los niños, comandados por Nacho, en cuanto abrió el pico.

—¡Silencio! —Si llego a tener una regla a mano, hubiera dado con ella un reglazo en la mesa como los maestros antiguos, que no sabía ya cómo poner orden en aquella panda.

—Es que nos ha hecho gracia...—Nacho se iba a ir de la lengua y yo hasta me mordí la mía, literalmente, de lo nerviosa que me puse.

—¿Qué os ha hecho gracia? —El inspector, que no se había caído de un guindo, hurgó en la herida. Y como yo no interviniera iba a hacer sangre, a no más tardar.

—Un chiste, un chiste que acababa de contar Gilda y que a los demás les ha hecho reír—intervine tratando de mediar.

—¿Y quién es Gilda? —preguntó él.

—Aquí, para servir a vos. —Yo la mataba, la niña hizo una reverencia que mostraba un cachondeito que no era normal.

—¿Y qué chiste era ese, si es que puede saberse? —El otro, que no era tonto, cada vez se mostraba más cabreado.

—Es que me da corte contarle ante un desconocido, vos ya me entiende...

Puñetera, era una puñetera. Y allá que fue Nacho a mostrar su afán de notoriedad.

—Yo se lo cuento, señor inspector, no se quede usted con las ganas... Es ese de Caperucita que le pregunta al lobo, “oye ¿tú por qué estás tan sudado, con los ojos que se te salen y aprietas los dientes?” Y el lobo que le contesta “coño, Caperucita, ¿es que en este bosque ya no se puede ni cagar tranquilo?”.

Yo no sé las ganas de defecar que tendría el lobo en cuestión, pero juro que a mí me entraron unos retorcijones de vientre increíbles.

—Muy bonito, señorita, ¿y a usted le parece que ese es un chiste propio para ser contado por un niño de esta edad? —me preguntó el sorprendido inspector.

Lo sudada que tuviera la frente el lobo no tuvo ni comparación con el chorro de sudor que empezó a salir por la mía.

—Yo, verá, es que ha sido...

—Es que la ha cogido desprevenida, pero ella es buena profesora, de las que riñe y eso, no como otras. —Nacho, que en el fondo solo era un trasto, pero bueno de condición, quiso ayudarme. El asunto es que para ello la lio más.

—¿No como otras? Muchacho vas a tener que explicarme eso. —El inspector iba a por todas.

—Yo se lo explico, no hay problema. Es que la señorita Tamara, la de música, esa sí que pasa de todo.

—¿Pasa de todo? ¿Y eso por qué?

—Vamos, eso digo yo, que pasa de todo, porque nos pone cualquier vídeo de YouTube en el proyector y se lía a hacerse las uñas, que las tiene súper largas como Rosalía, ¿usted sabe quién es Rosalía?

Por la pinta que tenía el menda, parecía ser más de Sarita Montiel que de Rosalía.

—No lo sé, niño, ni me importa. Pero lo que sí me importa es que me sigas hablando de esa profesora...

Me quedé muerta en la piedra, como se suele decir. Yo tenía ganas de vengarme de aquella asquerosa, pero no hasta el punto de que perdiera su puesto de trabajo.

—Pues no sé qué decirle, es que ella va a su bola. Algunas veces, mientras se le secan las uñas, se pone a wasapear por el móvil, aunque no debe ser con un novio, porque cuando uno wasapea con alguien que le gusta sonrío y esa no sonrío nunca.

—Igual es para que no le salgan arrugas, como Victoria Beckham—añadió Gilda para terminar de rematar la faena.

—¿Algo más que añadir? —El tío estaba obteniendo información jugosa.

Di un paso atrás y le indiqué con los ojos a Nacho que cerrara la boca de una vez, pensando que a la otra la fueran a poner de patitas en la calle.

—Diría más cosas, pero entonces la señorita Susi me va a cortar el cuello—añadió mientras volvía a tomar asiento, que hasta se había levantado para darle más énfasis a su relato.

—¿¿Cómo?? —Se volvió hacia mí y tuve que hacer maravillas para dejar mis ojos quietos, porque no sabía si era mi imaginación que me estaba jugando una mala pasada, o de verdad mis ojos estaban dando vueltas solos. Hasta un mareo me dio.

A la hora del recreo, se lo conté al resto en la sala de profesores, aprovechando que Tami no se dejó caer por allí.

—Madre mía, la que ha formado tu hijo, Víctor... ya se puede dar por jodida Tami. Cuando he visto entrar a ese inspector me he echado a temblar, tiene una fama atroz...—le indicó Martín.

Me acordé del chiste que contaba siempre Inés de que no es lo mismo tener un hambre atroz, que un hombre atrás... Y hambre no creía yo que llegara a pasar Tamara, pero que se iba para el paro, eso lo podía firmar.

Apenas podía creer que no llegara de uñas a la mañana siguiente. Martín ya había hablado con ella, pero entró y nos saludó a todos en mediana normalidad.

—Te prometo que creí que hoy venía a arañarme con las uñas esas que me trae, que debe creer que me puse en complot con tu hijo para quitarle las tiras de pellejo. O por lo menos que lo dejé hablar, cuando lo cierto es que quise que mantuviera el pico cerrado, aunque no lo conseguí—le comenté a Víctor en *petit comité*.

—Todo menos mortificarte, ¿eh? La culpa es suya y solo suya por tener esa actitud tan poco profesional. Bueno, compartida con mi hijo por sacar la lengua a pasear tan alegremente.

—No estoy de acuerdo, el chiquillo no ha dicho nada que no fuera verdad. Es que no se puede ir por la vida así, cagándola, y luego querer una que todo siga como si nada. No, hombre, mi padre siempre me decía que todo acto tiene sus consecuencias,

—Y el mío que a todo cerdo le llega su San Martín, y eso es lo que le ha pasado a esta.

—Pues sí, qué mal, pero sí...

Capítulo 13



El sábado por la mañana me vestí rollo Coronel Tapioca total para acompañarlos al castillo de Morella.

El resto de la semana había transcurrido sin mayores sobresaltos, aunque Martín nos comentó que a Tamara le habían abierto un expediente y que su continuidad en el centro pendía de un hilo.

Al margen de eso, a mí se me hizo lenta esperando el momento de reunirme con ellos el fin de semana.

A las nueve de la mañana bajaba las escaleras con mis bermudas en verde caqui, mi top con mi sahariana y mis zapatillas deportivas de senderismo. A modo de diadema llevaba colocadas mis gafas de sol, que no tardaría en tener que usar, pues el sol iba a acompañarnos durante toda la jornada.

—¡Hola, señorita Susana! No sabía yo que esta era una excursión del colegio. —Nacho se dirigió a mí con voz cantarina. Nada en su tono reflejaba que le contrariara mi presencia y eso me alivió, pero es que él tenía que hablar o reventaba.

—Hijo, no te pases, o serás tú el que se quede en tierra—le advirtió su padre.

—Papá, no seas soso, que no he dicho nada—refunfuñó.

—Vale, yo creo que hoy podíamos jugar todos a decir algunos disparates, siempre y cuando también podamos jugar en otros momentos a lo contrario; a mantener la boca cerrada y no decir ninguno.

Se me ocurrió esa idea porque me hubiera venido de perlas tener ese comodín durante la visita del

inspector.

—Vale, pues yo digo que hoy nos vamos a encontrar un león en el castillo—me soltó el renacuajo y yo pensé que eso sería lo que nos faltara.

—Pues yo dijo que va a ser un dinosaurio lo que nos encontremos—añadí.

—Pero señorita Susana, si los dinosaurios se extinguieron hace la pera de años, ¿no lo sabe?

—¿Se puede saber qué es eso de “la pera de años”, hijo? —A Víctor no terminaba de convencerle para nada la forma de hablar de Nachete.

—Papá, no seas carca...

Nos lo pasamos genial por el camino, como era de esperar. Y es que, con su sal y su pimienta, el mico le pidió a su padre que pusiera la canción aquella de Rosalía que hace referencia a que le copian las uñas de *Divine*. No tenía nada el enano, que el arreglo de las uñas le podía costar bien caro a Tami después de que a él se le calentara el pico.

Le hice un gesto de que era un trasto total y él bien que lo sabía, no hacía falta que yo se lo recordara. Su risita me llegó al alma, no era mal niño para nada, solo que se encontraba desubicado en la vida.

—Anda, si tú sabes bailar—me comentó en cuanto me vio moverme al son de la canción.

—Pues claro, ¿por quién me has tomado, chaval?

—Por una carca, como mi padre, que baila peor que un Playmobil.

—Gracias por la parte que me toca, hijo—se quejó su padre.

—En eso tiene razón, cuando la lleva, la lleva. Tenemos que darte clases...

—¿A que sí? ¿Tú lo has visto bailar?

—Sí, en la sala de profesores—le respondí con una mentirijilla piadosa, que no era plan de poner al niño en antecedentes de todas nuestras andanzas.

—Anda, pues entonces Antonio tiene razón—me contestó y yo me quedé intrigada.

—¿Y eso? ¿Qué es lo que dice Antonio? Si se puede saber. Y si no también, anda, desembucha...

—Pues dice que los profesores no hacéis ni el huevo. Y mira, tiene razón, bailando en horas de trabajo, ¿vosotros creéis que eso es serio? —Se cruzó de brazos como juzgándonos.

Su padre resopló, sin darme cuenta la estaba liando yo también...

—Susi, yo de ti no diría ni una palabra más, no vaya a ser que el mono este las utilice contra nosotros en un tribunal de justicia...

—Pues puede ser, que ahora los niños también pueden denunciar a los padres, papá. —Su sonrisita victoriosa en los labios.

—Y los padres también pueden dejar sin paga a los niños que no saben comportarse, tú verás quién hace más fuerza.

—Ya me callo, ya me callo, que Carlitos y yo estamos ahorrando para comprarnos el mismo videojuego y mi hucha anda un poco seca.

Saber sabía hasta latín el pelirrojillo.

—Pues más te vale callarte o te lo vas a poder comprar cuando vayas a la mili, chaval...

—¿Qué es la mili, papá? —Callar no era algo que entrara en sus planes, pero distraídos nos llevaba.

El día se nos pasó en un suspiro, esa es la realidad. Llevábamos un picnic que degustamos una vez salimos del pueblo, pues subir hasta lo alto de su colina no fue moco de pavo, aunque sí un

espectáculo para los sentidos.

Disfrutamos mucho de sus vistas panorámicas y Nacho, que se lo conocía al dedillo, me enseñó todo aquello que merecía ver la pena en los alrededores.

—Eres un cicerone estupendo, ¿lo sabes? —le dije mientras le echaba el brazo por encima del hombro.

—¿Qué es un cicerone? —se quedó un tanto extrañado.

—Pues un guía—le expliqué.

—Ah, pues habla en cristiano que te entendamos todos, señorita Susana.

—Tú sí que te haces entender, ratón de campo. Mira, vamos a llegar a un acuerdo, fuera del cole me puedes llamar Susi, pero dentro ni se te ocurra.

Yo era consciente de que la situación entrañaba una cierta dificultad, al ser la profesora del hijo del que todo indicaba que iba a convertirse en mi pareja, pero tampoco me parecía que tuviera mucho sentido que me siguiera tratando de “señorita”.

Su padre le advirtió que solo con esa premisa y él prometió que así sería.

—Papá, ¿puedo dormir esta noche de nuevo con Carlitos? El sábado pasado lo pasamos muy bien. Y el tío Rodolfo puede decirte que nos portamos genial y que hasta recogimos la mesa cuando terminamos de cenar—le preguntó cuando nos montamos en el coche para volver.

—¿Se puede saber qué mesa? Tienes un morro que te lo pisas, hijo, si pedisteis pizza y no la coméis en plato.

—Me has pillado, vale, pero ¿puedo?

—Solo si el tío no tiene planes, vamos a llamarlo.

Rodolfo, o “San Rodolfo” como lo íbamos a tener que llamar a ese paso, le dijo que sin problema, aunque Víctor se ofreció a quedarse con Carlitos en cuanto le surgiera cualquier plan, como era normal.

De esa forma, nos vimos de nuevo ante una noche de sábado y sin niño. Eso sí, ya eran las ocho de la tarde y yo con esos pelos, como suele decirse... Menudo tute que nos habíamos dado.

—¿Te arreglas y te invito a cenar? —me preguntó.

No sabía él lo especial que era yo para esas cosas, ya que lo de arreglarme a contrarreloj no iba conmigo.

—No sé si me va a dar tiempo. Igual te propondría de cenar en mi casa, pero si te digo la verdad no termina de convencerme su aire para ese tipo de cosas, me da que me voy a mudar pronto.

—Pues si no estás del todo a gusto, me encantaría invitarte a cenar en la mía, si no quieres andar con arreglos para ir a ningún sitio.

—¿Lo ves bien? Es que pese a lo del rollito Ikea no termino de encontrarle el punto a la mía.

—¿Quieres dejar de darme explicaciones? ¿En cuánto tiempo te recojo?

—Pues mira, yo te diría de darme un agüita y ponerme cómoda, total para un ratito que vamos a compartir allí...

Esa era mi idea inicial, o quizá la que verbalicé, quedando en que me recogía en una hora. Digo esto porque en esa ocasión sí tomé mis precauciones y me fui totalmente depilada y con un conjunto interior granate que me quedaba de escándalo y que estrené.

La impresión que me dio al entrar en su casa fue justo la contraria al día que puse un pie en la de Matilde. Amplia, fresca, diáfana, minimalista y con una señora terraza.

Esmeralda debía tener unas manos de oro para la limpieza, porque todo estaba pulcro, no parecía que allí viviera un niño. No lo parecía hasta que vi su cuarto, que era de dulce.

—Guau, guau, guau...—solté cuando tuve ante mí aquel castillo medieval que hacía las veces de litera.

—¿Te gusta? —Se lo hizo mi padre, que pierde pie con sus nietos. Carlitos tiene otro igual.

—Jo, qué artista. Nunca había visto uno igual.

—Normal, ya te digo que es cien por cien artesanal. Nacho muere con su castillo, ya sabes lo que le fascinan.

—Sí, sí, he tenido ocasión de verlo hoy. Y mis pies también lo saben...

—¿Te duelen los pies? Eso hay que remediarlo, si me lo permites luego te daré un masaje. —En ese momento fueron sus labios los que masajearon los míos, de la misma manera que había ocurrido en cuanto cerramos la puerta de su casa.

No llegamos a cenar, esa es la realidad. En cuanto Víctor se metió en la cocina, y se puso el mandil a la par que me servía una copa, yo sabía que no salía de allí sin que su cuerpo y el mío se hicieran uno. Y por “allí” no me refiero a la cocina, que hasta la cama sí que llegamos.

Lo hice en sus brazos, pues una cascada de besos llevó a que nuestras manos comenzaran a palpar palmo a palmo el cuerpo del otro, mientras que nuestras prendas de ropa parecían cometas al volar por los aires.

Cien por cien excitados, caímos en una cama en la que nuestras miradas se dijeron que no eran prolegómenos los que necesitábamos; sino sentirnos con total intensidad; en aquel momento, a la voz del “ya”.

Noté cómo exploraba mi sexo al mismo tiempo que su erecto miembro llamaba a su puerta. Me abrí para él apretando con fuerza sus manos y un gemido sin fin salió de mi garganta. Fue el primero de muchos, en una noche en la que ese resultó ser el primer asalto, pero restaban varios más...

Una noche única y especial en la que ambos terminamos durmiendo en el regazo del otro. No sé

cómo explicarlo, pero cuando Víctor me abrazó sentí una inusual sensación de estar protegida, de que con él no iba a rozarme ni el aire, de que era en esa cama en la que yo quería dormir todas las noches en las que me fuera posible.

La sonrisa que se dibujó en su rostro en el momento en el que cayó rendido, me decía que a él le apetecía lo mismo. Y yo no podía sentirme más afortunada, tanto que me costó varios intentos conciliar el sueño...

Capítulo 14



La hora de recreo del lunes me iba a deparar una sorpresa que, en contraposición a lo vivido todo el fin de semana, no sería precisamente agradable.

—Bea, ¿te acompaño? —La vi salir de la sala de profesores con la cara de una muerta.

—Vale, ven si quieres—me dijo mientras salía corriendo, lo mismo tenía el vientre suelto o algo.

—Dime, mujer, ¿te encuentras mal? —le pregunté por el pasillo.

—Ahora te cuento en el baño.

Allí refugiadas, pese a que no era el lugar ideal para confidencias, se abrió en canal conmigo.

—Me quiero morir, Susi, me quiero morir...

—Bea, no sé lo que te habrá pasado, pero de lo que estoy segura es de que no puede ser nada tan grave, dime.

—Es Martín, ¿no te has dado cuenta de que anda demasiado despistado?

—Es verdad, parece que no sabe dónde tiene la cabeza.

—Normal, porque la tiene en el embarazo de Elena.

—¿Qué me estás contando? ¿Le ha hecho un bombo a Elena?

—Sí, hija, sí. Para mí que ella se la ha dado con queso, que le decía que utilizaba medios y tal... Él trataba de esquivar el tema de la paternidad dándole largas, pero supongo que a ella se le habrá puesto en el moño ser madre ya y buenas somos las mujeres para eso.

—No me jodas, pues sí que la ha liado gorda, sí.

—Muy aguda, pero gorda que es la cosa, y más que se va a poner. —Dibujó en el aire la curva de una buena panzota.

—¿Y ahora qué? —No sabía cómo consolarla, la cosa no olía bien.

—Ahora nada, porque esta mujer debe estar en babilia y no le entra en la cabeza, ni de coña, la posibilidad de que su marido le pueda dar un día la patada.

—Ya, y con lo que me contaste de la dichosa promesa todavía más, pues sí que está cogiendo la cosa un cariz feo...

—Y tan feo, no se la va a quitar en la vida de encima; le toca cambiar pañales. Si es que soy tonta por hacerme ilusiones, cuando lo cierto es que lo veía incapaz de dejarla en la estacada. Y ahora ya ni te cuento...

—Buff, niña, yo no sé ni qué decirte, porque el problema es que te veo totalmente pilladita por él y lo vas a pasar peor que mal.

—Haga lo que haga estoy jodida. Mira, de lo único de lo que me dan ganas es de decirle adiós a todo esto y pedir plaza en otro centro para el curso que viene.

—Ya, pero ni se te ocurra tomar decisiones complicadas en caliente. Te digo yo que eso no lleva a ninguna parte...

Yo no comulgaba con la actitud de Bea, pues desde lo de los cuernos que tuvo que soportar mi madre ese tema lo llevaba muy mal, pero ella me caía sensacional.

—No, me lo pensaré...

—Chica, yo qué sé, ¿y si cogéis el toro por los cuernos de una vez y sois francos con vuestras parejas? Igual así os dabais los cuatro la oportunidad de ser felices.

—Yo lo haría, estoy dispuesta a todo con tal de estar con Martín, pero él no la va a dejar, no la va a dejar... Y mucho menos ahora, en la vida lo va a hacer, te lo digo yo.

—Qué fuerte. ¿Quieres una toallita desmaquillante y te pasas el lápiz de ojos otra vez? Porque te has puesto muy apropiada para Halloween, a los niños les va a encantar.

—Qué boba eres, al final me vas a hacer reír y todo, con la pena que tengo. Oye, tú sin embargo has llegado con una buena cara que para qué, cuéntame de tu fin de semana.

—Pues ¿qué quieres que te cuente? Ha sido el culmen, estuvimos con Nachete de excursión en el Morella el sábado durante el día. Y luego lo dejamos con su tío Rodolfo...

—No me digas más, y entonces os fuisteis de excursión nocturna, y Víctor loco por entrar en la cueva...

—Pues sí, te lo puedes imaginar, vaya exploración que me hizo. O vaya exploraciones, que fueron varias...

—Calla, calla por Dios, que me vas a poner los dientes hasta el suelo. Niña, no sabes lo que me alegro por ti. Y tú tranquila, que mis labios estarán sellados hasta que vosotros lo hagáis oficial.

—Sí, que es un poco delicado siendo compañeros. Y con lo de Tamara por medio ya ni te cuento.

—Tranquila por esa, que yo creo que tiene un pie en la calle. No es el primer renuncio en el que la pillan y va a ser verdad eso de que “tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe”.

No es que me alegrara y bien cierto era que no quise contribuir a que perdiera su plaza, pero se veía venir y le estaba bien empleado, eso desde luego. Inspección estaba ahondando en el tema y cuanto más removía la mierda, más olía.

Al mediodía, aún consternada por la evolución de lo de Martín y Bea, me encontré con una bonita sorpresa.

—¿Te apetecería merendar con nosotros esta tarde? —me preguntó Víctor y yo no di saltitos de alegría por no parecer una niña pequeña.

—Miraré mi agenda y veré lo que puedo hacer—le respondí mientras volteé los ojos.

—Lo que puedes y, es más, lo que debes hacer, es venir con esa sonrisa de impresión, que es capaz de levantar a un muerto, guapísima.

Aquel “guapísima” pasó directamente a engrosar la lista de los recuerdos que permanecerían en mi disco duro de por vida.

A las cinco y media pasó a por mí con Nachete en el asiento de atrás.

—Susi, ¿a que lo he hecho bien hoy en el cole? Te he llamado señorita Susana y no le he dicho nada a nadie.

—Lo has hecho increíblemente bien, me tienes sorprendida. Hasta te vas a ganar un regalito, lo mismo contribuyo a llenar un poquito tu hucha para lo del videojuego.

Víctor me miró con gesto de agradecimiento. Obvio que no porque le echara al niño unos cuantos euros en el cochinito, sino porque me hubiera acordado de eso que tanta ilusión le hacía.

—¿Sí? Entonces ya me va a faltar menos y a lo mejor voy a poder...

—Comprártelo antes, si haces todas las cosas que hemos acordado—le recordó su padre.

—Sí, sí, no te preocupes que no se me olvidan, para algo me las he puesto en la puerta del frigo.

Llegamos a su casa y así era. Allí había un simpático listado, que prendía de un imán de *Catwoman*, en el que se recogían una serie de acuerdos sobre cómo debía comportarse el renacuajo.

—¿Te gusta, Susi? ¿A que se me entiende ya mejor la letra?

—Sí, Nachete, pero lo de “cerrar la puerta del lavabo” no me termina de convencer. —Menuda faltita de ortografía, me dolían hasta los ojos.

—¿No? Pues se lo dices a papá, que dice que no puedo cagar con la puerta abierta.

Su padre y yo rompimos a reír.

—Qué cosas tienes, Nachete, me refiero a que se escribe “lavabo”, primero con v y luego con b.

—Ah, vale, por eso...

—Y tampoco se dice cagar, hijo, no sé cuántas veces te lo voy a tener que repetir—resopló Víctor.

—Ok, no se dice, pero se puede, ¿no? Es que si no voy a reventar—argumentó con gracia mientras salió pitando para su dormitorio, imitando a un avión.

Víctor aprovechó para darme un beso y yo, encantada, miré al imán de *Catwoman*.

—Esta y yo somos las únicas mujeres que podemos entrar en esta casa, ¿eh? Que no sé si lo sabes, pero entre mis múltiples virtudes está la de ser un poco celosilla. —Ahí lo llevaba.

—Bueno, y también la tía Esmeralda. —El enano debió llegar de puntillas porque no lo escuchamos.

Me puse como una amapola, no sabía ni cómo excusarme.

—Nachete, es una broma, ¿eh?

—Claro, claro, si mi tía Esmeralda va a venir siempre. Yo la quiero un montón, es muy guapa, como era mi madre.

Hasta Víctor se quedó un tanto pasmado, porque no estaba en absoluto acostumbrado a que el crío hablara de Chus.

—Me alegro de que tu madre fuera guapa, cariño—le respondí de corazón, al detectar que no existía ni la más mínima intención por su parte de hacerme sentir mal. Él era un crío y decía las cosas como le salían.

—¿Quieres ver una foto suya? —Me cogió de la mano y me llevó a su dormitorio. Víctor nos siguió y alucinó al ver que guardaba una cajita, debajo de su cama, no con una sino con un buen puñado de ellas.

—¿Y eso, hijo? —le preguntó al ver que eran imágenes familiares que guardaba como un tesoro.

—Son algunas que cogí de los álbumes que guardaste, papá. Ahí guardadas no podía verlas, y pensé que era mejor que sacara unas cuantas para que no se me olvidara la cara de mamá.

Con los ojos, Víctor entontó el “mea culpa”. Quizás quiso proteger tanto a su hijo, y blindarse él mismo ante la muerte de Chus, que sin querer le privó de su recuerdo materno.

—Hiciste muy bien, cariño, tenías derecho...

Vaya marrón que me había pillado de por medio, aunque yo ya quería lo suficiente a aquellos dos como para formar parte de todo lo que fuera importante para ambos.

—Ya, es que yo creo que tú te olvidaste de mamá muy pronto, esa es la verdad.

Nacho se sinceró y a Víctor y a mí se nos saltaron las lágrimas.

—No me olvidé cariño, pero no quería que tú sufieras, por eso aparté muchos recuerdos.

—Ah, pues yo no lo entendí muy bien y estaba como un poco...

—¿Enfadado con papá? ¿Puede ser eso?

—Un poco, creo que un poco, pero ya no. Ahora se me va pasando y estoy muy contento de que Susi esté con nosotros.

El niño no pudo ponerle un mejor broche de oro a una conversación no exenta de una carga emotiva bestial.

—Ahora ya lo entiendo mejor todo—me decía un Víctor liberado mientras Nacho jugaba en la terraza.

—Lo hiciste lo mejor que pudiste, no te tortures.

—Ya, pero debí actuar con mayor naturalidad. Yo pensaba que Nacho no hablaba lo suficiente de su madre, cuando la realidad era que se comportaba así porque yo mismo quise enterrar su recuerdo junto con ella. Lo siento, quizás no sea esta una conversación para mantener contigo...

—No digas eso, yo quiero que podamos compartirlo todo. No es una aventura lo que busco, igual que sé que tú tampoco es eso lo que quieres.

—Claro que no, y muchas gracias por comprenderme, guapísima. Un millón de gracias.

Aquella fue una tarde emotiva en la que los que se estaban convirtiendo en los dos hombres de mi vida dieron por cerrado un capítulo de sus vidas que les había originado no pocos sufrimientos a ambos.

Si de algo estaba segura era de que, a partir de ese momento, las cosas irían mucho mejor entre ellos, algo que me daba muchísima alegría. En la tranquilidad de aquel hogar, que rezumaba paz, fue como si le pidiera permiso a Chus para ocupar un lugar en sus corazones, para tomar un relevo natural que nos colmaría de felicidad a los tres.

Capítulo 15



El viernes me tiraba de una oreja y no me llegaba a la otra, pues el final de la semana se tornó algo más complicadillo de lo que esperaba a priori.

—Lo de mañana va a salir bien, tú ve a lo tuyo, tampoco creo que tenga ganas de molestarte—me reconfortaba Víctor.

Un par de días antes Martín me comentó que, dado que el profe de Educación Física estaba de baja, sería yo quien tuviera que acompañar a Bea y a Tamara a aquella competición infantil en la que iban a participar los niños.

La monda, lironda, ir en el autobús con miss agrado, pese a que parecía que las ganas de gresca se le habían quitado un poquillo desde que el expediente abierto pendía sobre ella, amenazante como la espada de Damocles.

Por si eso fuera poco, me llamó mi madre con la sorpresa de que había sacado billetes para ir a verme a Castellón.

—Amenacé con que lo haría y lo he hecho—me comentó dicharachera.

No era que me importara en absoluto, vaya eso por delante, pero sí me tocó un poco la moral que lo hiciera justo en el momento en el que lo mío con Víctor comenzaba a despegar. Era probable que poco tuviera que ver con la casualidad, por otra parte, que igual lo que venía era a fisgonear. No tenía demasiada importancia, con independencia de cuáles fueran sus intenciones, porque Víctor enseguida le encontró solución también.

—¿Y qué problema hay? Así conozco a la madre que te trajo al mundo. Tú conoces a mi hijo y yo a tu madre.

—Menos mal que eres más lindo que todas las cosas y está bien, lo que pasa es que me va a quitar tiempo de estar contigo en el finde.

—Pues con eso aprovecho para traerme a Carlitos y el siguiente le volvemos a encasquetar el nuestro a Rodolfo, ¿ok?

“El nuestro”, esa manera de referirse a Nacho sí que me dejó totalmente encandilada. Ains, que ya veía a mi madre como abuela, qué poquito se lo estaba calculando ella.

Con esa esperanza, me monté en el autobús, mientras iba haciendo recuento de los niños. Bea no estaba para nada desde lo de Martín y a Tamara... A Tamara parecía que se le había ido el santo al cielo también, igual porque su problema no la dejaba vivir.

Semejante panorama hizo que me pusiera las pilas, porque me daba que tendría que ser yo la que estuviera más atenta a los niños, que lo último que entraba en mis planes era que ninguno de ellos sufriera un accidente.

—Mucho ojo con alentar a tus compañeros a hacer ninguna barrabasada—le advertí a Nacho nada más bajarnos.

—¿Qué es una barrabasada, señorita Susana? —Me guiñó el ojo al llamarme así delante de sus compañeros, orgulloso de cómo estaba manejando la situación. Otro seductor nato igual que su padre, de casta le viene al galgo.

—Una trastada de las tuyas, Nachete. —Le devolví el guiño de ojo.

Las instalaciones deportivas eran impresionantes y allí niños había para dar y regalar. El evento lo había organizado el ayuntamiento y eran varios los colegios que se dieron cita en él. En concreto, se trataba de una carrera de relevos que iba a desarrollarse en una pista de atletismo.

En cada clase habían elegido a un niño que llevaba un brazalete que lo significaba como capitán. Ni que decir tiene que Nacho, con sus dotes de líder, se hizo con el de la suya.

Por esa razón, sería él quien tuviera que iniciar la carrera, junto con el resto de los capitanes. Por

si las moscas, yo no le quitaba ojo de encima, que para eso era su profesora y, para más inri, su madrastra, aunque esa palabra tuviera una pincelada peyorativa que no me gustaba nada.

Llamadas por la organización, las tres profesoras acudimos. Al parecer, se había producido un error y no todos los niños iban a poder participar, algunos tendrían que quedarse fuera.

—Acabáramos, cualquiera se lo dice, se van a echar a llorar—comentó Bea.

—Pues que lloren, que cuanto más lloren menos mean, yo misma se lo digo. —Tamara dio un paso al frente. La cabra tira al monte y el desagrado tenía que salirle en algún momento.

Llegué a su altura con la idea de suavizar el comunicado y enseguida reparé en que Nacho no estaba.

—¿Dónde está Nacho, niños? —Miré como loca a mi alrededor, ¿dónde se había metido esa criatura?

—Allí está—me indicó Gilda viendo que me iba a dar un telele.

—¿Dónde? —Miré hacia donde apuntaba su dedo y me quedé sin respiración.

Nacho se había subido a las gradas y se estaba asomando peligrosamente desde la primera fila, al comenzar a animar a sus compañeros a seguirle.

—¡Subid antes de que empiece la carrera, se ve genial desde aquí! No seáis caguetas, que ahora bajamos para correr.

Yo no sé si ellos serían o no caguetas, pero el balanceo de su pequeño cuerpo, pues Nachete era una pimienta, hizo que yo entrara en modo terror.

—¡Nacho, por lo que más quieras, baja de ahí que te la vas a dar! —le chillé con todas mis ganas.

—Señorita Susana, sube tú también, que se ve guay...

Siguió balanceándose mientras todo el estadio se quedó sin respiración.

—Nacho, hazme caso, que te vas a hacer daño, cariño, por favor.

—Que no, que no me voy a...

El “caer” me sonó en cámara lenta, mientras su cuerpecito se desprendía de la baranda para salir volando, literalmente. Lo que no consiguió el día que se puso el disfraz de Superman, acababa de lograrlo ahora.

Aunque yo no calculo muy bien, la altura venía a ser como la de un primer piso, la suficiente para que sus chillidos y su llanto me conmovieran al llegar al suelo. Aparte de rasguños varios, se acababa de poner el brazo a la virulé.

—Dejad paso, niños—les pidió uno de los organizadores que llegó a la carrera, nunca mejor dicho.

—El brazo, su brazo—murmuré aguantando las ganas de llorar.

—Este brazo está roto, señorita, avisen a la ambulancia que está en la entrada.

Fueron Bea y Tamara las que dieron la voz de alerta mientras yo me quedé consolando a Nacho. Bien se presentaba el fin de semana, y tenía que haber ocurrido aquello sin estar su padre presente. Pese a que yo solo seguí las instrucciones de los organizadores, me sentía tremendamente culpable. Y en ello pensaba cuando Víctor entró en el hospital como elefante por cacharrería.

—¿Qué ha pasado, Susi? —me preguntó de lo más nervioso.

—Se ha caído de la grada, y se ha roto el brazo. Yo he venido con él en la ambulancia, lo siento de corazón, Víctor....

Capítulo 16



—No te preocupes, Susi, te conozco bien y sé que no ha sido por falta de atención, es que este hijo mío no para quieto, voy a intentar que me dejen pasar a verlo.

Salí corriendo detrás de Víctor, complicado que pudiera acompañarle, dado que yo no era oficialmente nada de ese niño, pero al menos intentarlo.

—Soy el padre de Nacho Pardeza, acaba de ingresar con una fractura en el brazo.

Qué mal me sabía, pobrecito mío, preferiría haberme abierto yo el coco que verle con su bracito en cabestrillo, ¡qué mala suerte!

—¿Y usted es su madre? —me preguntó el chico.

—Sí, lo soy. —Ante la atónita mirada de Víctor contesté así y tomé la iniciativa, al salir andando hacia la zona de urgencias en la que ya lo estaban escayolando.

—¡Papá, Susi! —chilló él en cuanto nos vio aparecer.

—Nachete, campeón, dime que está bien. —Víctor estaba no preocupado, sino lo siguiente.

—¿Vienes cagado de miedo? Oye, papá, que esto no es nada, ¿eh?

Yo no había visto más empatía en toda mi vida. Era el pequeñajo quien trataba de tranquilizar a su padre, una señal luminosa de que la relación entre ambos estaba cambiando día a día.

—Sí, Nachete, hoy me he cagado de miedo. —Lejos de reprenderlo por su manera de hablar, en esa ocasión se unió a ella.

—Pues no tienes por qué, papá, mira qué escayola más guay me están poniendo.

—Sí, hijo. ¿Sabes? Podrán firmar en ella todos tus compañeros, seguro que van a estar encantados de hacerlo.

—¿Todos? ¿Tienen que firmar incluso los empollones? —Ya eso pareció hacerle algo menos de gracia.

—Nachete, qué te he dicho siempre de eso, hijo, no me dejes en mal lugar.

—Ya, ya, papá, que los empollones también son personas y que tengo que tratarlos como a tales. Solo es que de vez en cuando se me olvida, lo siento.

Ahí sí que tuve que aguantar la risa, que los empollones también eran personas, decía el mico, como si esa afirmación pudiera ponerse en tela de juicio.

—Correcto, hijo, y ahora dime, ¿te duele mucho?

—Me ha dolido tela cuando me he dado el carajazo, la verdad, pero ahora ya...

—¡Nacho, no te pases! —resopló su padre.

—Papá, si ha sido un señor carajazo, te pongas como te pongas.

Había que morir con el enano, si bien los dos salimos mucho más tranquilos a la sala de esperaba, donde nos aguardaban Bea y Tamara.

—¿Qué tal está Nacho? —preguntó mi amiga.

—Bien, con el brazo en cabestrillo y hecho un Cristo, que tiene magulladuras hasta en el cielo de la boca, pero bien.

—Ains, pobre. No te preocupes, Víctor, que ya sabes de la pasta que está hecho tu hijo y ese anda

mañana dando zurriagazos a diestro y siniestro con el jersey al resto de los niños, con tal de tener un brazo libre para hacerlo.

—Eso seguro, Bea, está hecho de la piel del diablo.

—Dios, qué susto nos hemos llevado, me voy a acordar de este día mientras viva—añadí al tomar asiento, pues ni resuello tenía .

—Eso será la conciencia, que es muy justa—replicó Tamara y yo me la quedé mirando y pensando en que demasiado había durado su tregua. La muy víbora sacó a pasear su lengua viperina.

—¿Qué has dicho? —le contesté con la intención de sacarle yo los ojos en aquella ocasión, si era menester.

—Que, si no hubieras estado liada con el teléfono, dale que te pego a la tecla mientras el pobre niño se subía a las gradas, nada de esto hubiera ocurrido—argumentó.

—¿¿Cómo?? —Me quedé loca, sencillamente loca y por mi mente pasaron varias maneras de sacarle los ojos, pero tendría que hacerlo a mano, que no tenía instrumental a mi alcance.

—Lo que has oído, que unas tienen la fama y otras cardan la lana. A mí me va a caer la del pulpo por las hablaturías de los chiquillos, cuando lo que ha podido traer consecuencias no graves, sino gravísimas, ha sido tu ineptitud, eso es lo que digo.

—¡Estás majara y solo espero que te muerdas tu lengua, víbora, que eres una víbora! En la vida, ¿me explico? En la vida he tenido falta de diligencia con mis niños, yo no soy como tú, por mucho que te empeñes en señalarme con tu asqueroso dedo acusador.

Un celador aterrizó a nuestro lado.

—Señoras, ¿se han creído que están pregonando en el mercado? Esto es un hospital, hagan el favor de callarse o me veré obligado a invitarlas a que se vayan.

—Lo siento mucho—le respondí, pues tenía más razón que un santo.

Tenía guasa la cosa, porque aquella deslenguada, enferma mental de las narices que solo perseguía buscarme la ruina, había conseguido hasta dejarme mal delante de Víctor, con el estilo que yo procuraba derrochar. Por suerte, de ahí a que creyera sus palabras, mediaba un abismo.

—Ok, ok, yo ya me voy, que no pinto nada aquí. Solo te digo, Víctor, que esta mujer acaba de demostrar hoy que es un peligro en potencia, yo de ti miraría muy bien dónde me amarro el zapato porque igual metes a una inconsciente en tu vida, ¿estás seguro de que ella es el tipo de persona que Chus habría querido para que cuidara de tu hijo?

La iba a asesinar, lo haría porque se estaba metiendo en camisa de once varas de una manera inadmisibile, ¿quién mierda se creía para hablar incluso de la difunta mujer de Víctor?

Hasta ese momento no había reparado en un hecho increíble, tal era mi furia; Bea guardaba silencio. Por el amor del cielo, bastaba con que ella abriera la boca para dar por zanjada la polémica.

—Bea, sé que no te gustan los conflictos, pero esta vez te vas a tener que posicionar, dile a Víctor la verdad de lo ocurrido, que los organizadores de la carrera nos llamaron a las tres y que fue en ese instante cuando se nos despistó el niño.

Se hizo un silencio que, si bien solo duró unos segundos, a mí me pareció eterno.

—Lo siento, amiga, sabes que te aprecio, pero la cosa ha sido lo suficientemente gorda como para que no pueda mentir por ti; solo nos llamaron a nosotras dos, tú te quedaste al cuidado de ellos y no calibraste muy bien la situación. Lo lamento de corazón, cariño, pero sí que estabas distraída con el móvil.

Juro que me quedé tan fría que hasta yo misma llegué a dudarlo, ¿estaría mal de la chaveta y lo que yo recordaba no se ajustaba a la realidad? Imposible, nos llamaron a las tres, si algo tengo es buena memoria y casi que podía reproducir cada una de las palabras que nos dijeron los organizadores, igual que las que añadieron ellas a renglón seguido.

—¿Qué dices, Bea? —Tenía tales ganas de llorar que me costaba un trabajo increíble no derramar un mar de lágrimas.

—Lo que oyes, amiga, lo que oyes. Entiendo que quieras negarlo, es humano, a veces una no quiere asumir sus responsabilidades, pero ha de hacerlo. Siento no poder ayudarte, Susi.

Me quedé bloqueada, sencillamente bloqueada. ¿Qué locura había invadido aquella sala de espera? Sentí que las piernas no me aguantaban y retuve en mi memoria la mirada de tristeza de Bea, la de victoria de Tamara y, para colmo, la que más me dolía; la que dolía hasta un punto que jamás antes pude imaginar. A la que me estoy refiriendo es a la profunda mirada de decepción de Víctor.

—Yo, yo... no puedes creerlas, por favor. Mienten, Víctor, te prometo que mienten, yo no he hecho eso de lo que me acusan.

Todas las pruebas estaban en mi contra y esa era la realidad; que me acusara Tamara estaba dentro de lo que todos podíamos esperar, porque ella hubiera hecho todo lo posible por destrozarme. Pero que mi amiga Bea corroborara cada una de sus palabras, esa era harina de otro costal y la prueba determinante para que Víctor me sentenciara.

Salió a la calle e hizo algo que no esperaba, pedirle un cigarrillo a un chico que pasaba por allí.

—¿Qué haces, estás loco? —le pregunté mientras presenciaba cómo lo encendía.

Víctor no fumaba y aquello se me representó como el remate de los tomates, hasta se me iba a echar al vicio.

—¿Loco por fumarme un cigarrillo? No, Susi, no... en todo caso loco por otras cosas.

—¿Qué dices? ¿De verdad vas a creerlas? Dime por favor que eso no es así.

—No hubiera creído a Tami, Bea, eso es cierto. Pero que Bea le dé la razón es lo que me lleva a pensar que quien mientes eres tú y eso es lo que más me duele.

Pues si a él le dolía pensarlo, para mí que lo verbalizara fue meterme un estoque en el corazón, sin anestesia y sin nada.

—Víctor, yo no he hecho eso. Jamás hubiera descuidado a los niños por estar pendiente del puñetero móvil, eso te lo puedo asegurar.

—Y yo te hubiera creído, pero eso era antes. Mira, Susi, te voy a hablar sin paños calientes... Para mí, que te hayas entretenido con el móvil no es tan grave, pues a todos nos puede pasar. Sin embargo, lo que de verdad me ha jodido es que pretendas hacerme ver lo blanco negro, eso es inadmisibile y un insulto a mi inteligencia. ¿Por qué me has mentido? Yo no te hubiera juzgado tan duramente de confesar la verdad.

—Pero es que te estoy confesando la verdad, Víctor, ¿no lo ves?

—No es eso lo que me dice Bea, lo siento. Susi, tienes que entender que, dadas las circunstancias, yo ya no confio en ti. No tengo nada en tu contra ni pretendo que te abran un expediente ni nada parecido, pero el perjuicio que ha sufrido Nacho es suficiente como para que tenga que tomar la decisión de protegerle y apartar de su vida a una mujer como tú.

No me hice pipi encima de milagro, pero sí terminé dándole una patada tal a una papelera que a punto estuve de dejar clavadas en ella todas las uñas de mi pie, suerte que llevaba puestas las zapatillas deportivas.

—¿Está bien, señorita? —me preguntó un señor mayor que entraba en urgencias con su mujer.

—No, no estoy bien, me acaban de destrozar el corazón—le contesté llorando y con un impresionante hipo al mismo tiempo.

—Lo siento, cariño, me temo que para eso no tienen remedio en el hospital. Te diré el único remedio que existe para eso; se llama tiempo y no dudes que te hará bien—añadió su señora.

Tiempo... tiempo para separarnos, tiempo para que la herida dejara de sangrar, tiempo para que lo nuestro quedara en el olvido... No, el tiempo podría ayudar en otros casos, pero no en el mío.

Los señores se fueron y me volví a quedar sola. Menos mal que Víctor no vio lo de mi patada a la papelera, porque me hubiera tildado ya de chalada oficial. Bastante me dolía el concepto de mentirosa que le había quedado de mí.

No, yo no era Pinocho y tenía que demostrarlo. La confesión de Bea había supuesto para mí una traición que jamás imaginé, ¿a santo de qué se había adherido a semejante patraña? Ni en mil vidas que viviera lo iba a entender, aquello era para mí un suceso más inexplicable que los que narraba Iker Jiménez en su programa.

Las piernas me temblaron todavía más cuando vi salir a Víctor con Nacho; desde lejos, el niño me dirigió un cariñoso “adiós” con la mano, pero su padre no varió su trayectoria. En su cara encontré aflicción y yo... Yo me sentí muerta en vida.

Capítulo 17



Y si algo podía salir peor, lo haría... Me lo demostró el hecho de que a mi madre le quedara un rato para llegar a Castellón.

¿Podía sentirme más desgraciada? Si todavía no se hubiera montado en el tren, habría tenido la ocasión de detenerla, pero ni esa posibilidad me dio el destino.

Mientras la esperaba en el andén pensé que aquella ciudad ya no volvería a ser para mí lo mismo y que no sabía cómo iba a poder afrontar aquellos dos largos cursos que me quedaban por delante. No en vano, de una pincelada, acababa de perder a Víctor y a Nacho, pero también a Bea, la que yo creía mi mejor amiga allí. Y a esta última de la manera más inexplicable del mundo. El fin de semana iba a ser de aúpa.

—Vengo reventadita, hija, ya sabes que esto de viajar no es lo mío—me soltó al bajar del tren.

Ni que esos cómodos trenes tuvieran algo que ver con aquellos otros del pasado en los que la gente se hacinaba en asientos de madera y con el tufo a carbón, había que joderse...

—Mamá...—Me eché en sus brazos buscando su consuelo.

—¿Qué te pasa, Susi? Ay, Dios, que ya me lo estoy imaginando; el viudo, que te ha salido rana, ¿a que sí?

Ni contestarle podía, porque me ahogó el llanto.

—Ay, pobre hija mía, yo no sé si no habría sido mejor que te quedaras en su día con Quique, que ese chaval quererte te quería, aunque tuviera sus cosas.

—Mamá, por favor, no saques ahora a Quique, que sería lo que me faltase ya...

—Pues hija, es lo que pienso, ¿qué ha pasado? Nos vamos a tomar un cafecito ahora mismo y me cuentas, ¿eh?

Había llegado hasta allí en taxi, pues ni andar podía... de haberlo intentado, más bien tendría que haberme arrastrado, como una culebra, lo que me llevó de nuevo a maldecir la estampa de Tamara y hasta de la madre que la parió, aunque igual no tuviese culpa la mujer.

Apenas pude hilar varias palabras sin echarme a llorar sin consuelo posible. A mi madre se le estaba atragantando el café.

—Cariño no entiendo ni media palabra de lo que me estás diciendo, cálmate, que nos están mirando todos.

Yo siempre he tenido mucho sentido del ridículo, pero lo de aquel día pasó de castaño a oscuro, me daba lo mismo.

—Mamá, vámonos, ya te lo contaré después en casa.

No pude ni dar un sorbo a mi café. Lo único que me apetecía era que la tierra me tragase, menudo fin de semanita que le iba a dar a mi madre.

Llegamos a mi casa y ella intentó animarme.

—Hija de mi vida, no está tan mal la casita, yo me esperaba un bodrio total, si la has dejado muy mona...

—Tanto como muy mona, no, pero al menos ya no parece tanto el primer plató del “Cuéntame”, mamá.

—¿Te acuerdas de lo que te gustaban a ti los primeros capítulos? Eras muy chiquinaja, pero te lo pasabas genial. Y lo que te gustaba Carlitos, si hasta decías que te ibas a casar con él, y yo ya me veía con la mantilla puesta en la serie.

—¿Te imaginas, mamá? —Las palabras salían entrecortadas de mi boca. Para más inri, al mencionar a Carlitos, más me acordé de Nacho, al ser el nombre de su primo. Y lo uno llevó a lo otro, de modo que Víctor volvió a mi mente con tal fuerza que pensé que no tendría vida para arrancármelo de allí.

—¿Qué te pasa, hija? Recuerda lo que decía siempre tu difunta abuela Teresa, que por donde sale un hombre, entra otro.

—Yo no quiero otro, mamá, yo quiero a Víctor.

—¿Y te has creído que no lo vas a olvidar? Vamos, hombre, no seas tonta... que eres muy joven y tienes toda la vida por delante, Susi.

—Y tú también eras muy joven cuando murió papá y nunca has pasado página, mamá.

Le di un zasca sin pretenderlo y ella se quedó sin saber qué decir. Nunca había abordado aquella conversación con ella.

—Hija, yo... A ver, que no estamos hablando de mí sino de ti, desentórtate, Susi, que no ha nacido el hombre que merezca que una mujer llore así por él.

Ojalá yo pensara como ella, pero lo malo era que para mí sí había nacido y no era otro que Víctor... Un Víctor que me había arrebatado una pécora, o más bien dos, aunque jamás habría yo pensado que Bea lo era.

Mi madre abrió el frigo y, para su sorpresa, no lo encontró seco como la mojama, que era lo que esperaba. No obstante, lo que había no era del todo de su gusto, que para eso era ella muy especialita.

—He visto que ahí abajo hay un super, voy a ir a comprar, que quiero hacerte un caldito de esos que reviven a un muerto, hija de mi vida.

—Si no me va a entrar nada en el estómago, mamá.

—Vamos, hija, no digas tonterías, que el caldito entra solo. Y si te pones muy tonta, te lo meto con un embudo y punto pelota, pero tú te lo tomas.

Cualquiera la contradecía, ya me veía atada a una silla y con el embudo haciendo su función, de modo que me llegara el caldito directo al gástrico. Mejor no oponer resistencia.

Optimismo quizás no resumara mi madre con los hombres, pero resuelta era un rato largo, por lo que no tardó en llegar con mogollón de bolsas.

—Aquí está tu madre con el avituallamiento, ya verás lo clarito que sale. Te he subido fideítos de esos de los finitos que tanto te gustan. Y he ido a la carnicería que estaba al lado a por un hueso de jamón como Dios manda, que los de allí tenían peor cara que los pollos de Carrefour, hija.

Cómo no iba a decir mi madre una de las suyas... Hasta me reí, y eso que estaba apoltronada en el sofá, pensando en que aquel era el fin del mundo.

—Aquí tienes el caldito, con su huevito y el jamón, esto es salud, Susi—me comentó un rato después cuando vino con el humeante tazón.

Olía que alimentaba, lástima que a mí no me entrara en el estómago ni el pelo de una gamba.

—Mamá, huele genial y yo te lo agradezco, pero no puedo...

—El embudo, Susi, el embudo, ¿desde cuándo no comes?

Sí que llevaba un buen puñado de horas sin engullir nada, pero es que me sentía totalmente incapaz.

No tuve más remedio que hacerle caso y tomarme el tazón, que estaba a rebosar, por cierto. Mi madre me acompañó con otro y después se empeñó en pelarme una naranja a gajos, que me metió también a presión.

—Vitamina C para el cuerpo, Susi, que si ahora estás flojita la vas a necesitar, mi niña.

Vitamina Víctor era la que yo necesitaba. A punto estuve varias veces de coger el teléfono para hablarle, pero poco podía decirle, él ya me había sentenciado. También le rogué al universo que recapacitara y fuera él quien cogiera el teléfono, pero tal milagro no tenía visos de ocurrir.

Habría necesitado recabar el consejo de Inés, que seguro que veía las cosas con perspectiva, pero mi madre no habría entendido que prefiriera escucharla antes que a ella. Y no era eso, sino que Inés tenía una visión de las cosas más parecida a la mía.

—Y ahora vas a hacerme el favor de tomarte esta tilita con azúcar y me lo cuentas todo de pe a pa —me dijo en cuanto me vio un poco más calmada. Le hice caso y comencé con un relato que la dejó boquiabierta.

—Hija, esto parece de película, a ver si la tal Bea también está enamorada de Víctor y todo lo que te ha contado del otro ha sido una milonga.

—Jolines, mamá, ¿cómo va a ser? Que yo bebo los vientos por Víctor, pero todas enamoradas de él me parece excesivo.

—Por eso no lo digas, que cosas más raras se han visto, pero desde luego como sea así vamos a tener que darle el título de donjuán, hija.

Me quedé con esa idea en la cabeza y aquella noche fue el caos. Ni ovejitas ni niño muerto, no había manera de que pegara un ojo. Y cuando vine a hacerlo soñé con un Víctor que no paraba de liarse con una y con otra, yendo de cama en cama, el acabose.

De un salto me senté en la cama a medianoche.

—Susi, ¿qué pasa? Que no gana una para sustos, hija.

Encendí la luz de la mesilla y tuve que contener la risa al ver a mi madre con el antifaz puesto.

—¿Qué? Me lo ha recomendado Candela, y muy bueno que es.

—¿Ya no estás enfadada con ella, mamá?

—Un poco, que eso no se le hace a una amiga, dejarla tirada por un tío, por mucho que haga mucho tiempo que no se lleve un buen meneo.

—Mamá...—Me quedé un tanto desconcertada, porque no estaba acostumbrada a que ella se expresara en esos términos.

—Ni mamá ni leches, que ya estoy yo espabilando. ¿Te he contado que estoy viendo una serie turca que tiene unas escenas que...?

Allí estábamos, a media noche, desveladas y hablando de series turcas con escenas subidas de tono. Cualquiera cosa menos lo que yo habría imaginado para un fin de semana que siguió transcurriendo entre risas y lágrimas.

El domingo por la tarde, todavía con mi madre allí, recibí una llamada que no esperaba; no era de Víctor, qué más habría querido yo...

—¿Susana?

—Sí, soy yo, ¿y tú eres...?

—Dámaris, la mujer de José Luis, ¿te acuerdas de mí?

—Claro, cómo no. —Me acordaba de ella y de la maravillosa noche en la que la conocí, ¡qué bien lo pasamos Víctor y yo bailando!

—Chica, te llamo porque estoy un poco al tanto de todo por mi marido. Tú no te preocupes por nada, que ha sido un accidente. También me ha dicho que Víctor está molesto y tal, pero no te preocupes, que ya se le pasará. ¿Tú cómo estás?

Resoplé pensando que las noticias vuelan, pero le agradecí su interés.

—Hecha polvo y eso que tengo aquí a mi madre, que la pobre venía de visita este finde. —Le di su lugar, porque ella me estaba mirando y me pareció justo.

—Eso está bien, que esos tragos no hay que pasarlos sola. De todos modos, tenemos pendiente un cafelito, ¿me llamas esta semana y charlamos un rato?

—Claro, será un placer. Cuando se vaya mi madre me voy a quedar más sola...

—No, no, nada de desanimarte, ¿eh? Te dije que aquí tienes una amiga y lo mantengo. Las mujeres tenemos que apoyarnos en estos casos.

Eso mismo pensaba yo, pero después de ver la vil actuación de Tamara, y sobre todo la de Bea, ya no creía en nada ni en nadie.

—Te lo agradezco de corazón y no dudes de que te avisaré.

—Eso espero, que, si no, te cojo por las orejas y para la calle que vas.

Parecía muy simpática la chica y lo dicho, yo tenía una necesidad imperiosa de volver a contar con alguien con quien charlar un rato. No quería pensar en lo que iba a representar para mí la semana entrante; de tormento chino para arriba...

—¿Ves que Dios aprieta, pero no ahoga? —me recordó mi madre.

No las tenía yo todas conmigo, que a mí me había echado la soga al pescuezo, pero a tope. Ya se vería hasta qué punto estaba dispuesto a apretar porque yo no podía más.

Capítulo 18



Vuelta a la rutina, con la sensación de que me habían pateado el estómago un puñado de rinocerontes locos.

Llegué a la sala de profesores y el ambiente poco tenía que ver con el de días antes. Para empezar, Víctor no estaba y, para terminar, Bea casi ni me miraba. Encima..., como si no fuera yo la agraviada.

De Tamara, de quien lo esperaba todo, no me extrañó su indiferencia. Los únicos que se apiadaron de mí, tratándome como a un ser humano, fueron José Luis y Martín. De este último lo agradecí especialmente, porque solo habría faltado que le comiera el coco Bea y tampoco me mirara.

—¿Sabéis si Nacho está bien? —les pregunté.

—Como una rosa, mujer, no te preocupes, ahora llegará con su padre. Y no te preocupes por nada, que Víctor no tiene intención de poner en conocimiento de delegación lo ocurrido.

“Lo ocurrido” no era otra cosa que mi presunto despiste. Me quería tirar de los pelos, algo valía que al menos el director me lo dijo con todo el cariño del mundo. Ea, pues ya me habían colgado el sambenito entre todos... maldita sea.

Víctor debió ir directo para su clase, porque no pasó por allí. Igual que me ocurría a mí, él debía estar temiendo nuestro encuentro... Un encuentro que sería de lo más triste y amargo, dadas las circunstancias.

Al salir de la sala de profesores, Tamara hizo como que se chocaba conmigo, para luego susurrar unas palabras en mi oído.

—¿Creías que me habías ganado la partida? Y una mierda para ti, la parejita feliz pasó a la historia.

—No cantes victoria tan pronto, no vaya a ser que todavía te estalle una granada en toda la cara— le respondí y yo no tomé la precaución de ser tan cautelosa.

Todos me miraron y seguí mi camino. No noté reproche alguno en la cara de José Luis ni de Martín, que debían pensar que allí algo olía a chamusquina. Nada vi de la de Bea, que seguía sin atreverse a encarar mis ojos.

No me extrañaba, semejante guarrada por su parte, fueran cuales fueran sus motivos, no debía ser fácil de afrontar. Ella sabía perfectamente que me había traicionado a lo grande. Sus motivos tendría, pero que me aspen si yo los entendía.

Llegué a clase y Nachete estaba allí, liderando a las masas, como no podía ser de otra manera.

—¿Tú no me firmas, Gilda? —le preguntó en el más pícaro de los tonos, y ella se hacía la interesante.

Con lo ratoncillos que eran todavía y ya andaban pateleando, madre mía qué adolescencia les quedaba a sus padres. Me sentí nuevamente triste, ojalá hubiera sido yo su madre, como dije en el hospital, ojalá al menos la vida me hubiera dado la oportunidad de ser su madre postiza, de quererlo, de cuidarlo, de mimarlo...

—Es que a mí me tienes que dejar un sitio especial, el del centro, y si no nada.

—¿Aquí? Venga, pues firma cuando quieras, pero si te dejo el centro me tienes que poner una dedicatoria.

—¡¡Vale!! —La niña se mostró encantada y él más.

Miré por la ventana y vi que la mañana estaba magnífica. De lo último que tenía ganas era de estar allí encerrada, el techo se me caía encima.

—Veo que al menos la costumbre de recibirme con un avión clavado en el ojo se está perdiendo,

¿cómo estáis niños? —les pregunté.

—¡Súper bien! —chilló Nachete, con su escayola levantada—. Señorita Susana, también me tienes que firmar tú.

Casi me echo a llorar, qué detalles tenía el mico aquel.

A la hora del recreo sí que coincidí con Víctor en la sala de profesores. Era inevitable que sucediera así y cuanto antes pasáramos ese mal trago, mejor.

—Hola, Susana. —Su tono, sin llegar a ser áspero, sí era un poco seco y a la vez triste.

—Hola, Víctor, me alegra ver que Nacho está bien. —Fue mi escueta respuesta, tras lo cual me fui a prepararme un cafecito.

—¿Alguien ha visto unos expedientes que he dejado aquí esta mañana? —Martín seguía sin dar pie con bola, estábamos apañados... Todos negamos con la cabeza y él encogió los hombros.

Con mi café en las manos, mientras me las calentaba, sentí un horroroso frío... el frío que se siente cuando estás rodeada de personas, pero notas el peso de la soledad.

Descubrí que el tiempo puede pasar con más lentitud aún, más que cuando esperas algo del ser amado; una llamada, un wasap, un gesto... Cuando ya no esperas nada, se detiene, igual que el resto de las cosas, y deja de cobrar sentido.

Lo mismo pensé al día siguiente, y al otro, y al otro... El ambiente no podía estar más enrarecido en la sala de profesores, si bien la única que parecía seguir sonriendo era una Tami que se había salido con la suya. De todos modos, lo de su expediente estaba aún sin resolver, por lo que veríamos quién reía la última.

En cuanto a Bea, de esa dejé que se ocupara el destino. En ningún momento, a lo largo de aquellos días, tuvo los ovarios de dirigirme la palabra. Si yo hubiera sido otra, habría arremetido también contra ella, cotando lo de Martín, pero también le habría perjudicado a él y ese era un daño demasiado gratuito para él y para las parejas de ambos. No entraría en ese juego sucio.

Incluso cabía la posibilidad de que, según pensaba mi madre, nada hubiera de verdad en ese relato y fuera Víctor su objetivo. Si era así, que Dios repartiera suerte, que no podía estar más disputado. Hacía falta ser retorcida para estar sacándome información de lo nuestro y luego darme el gran zasca en cuanto tuvo la ocasión. ¿Se habría estado riendo de mí? Eso parecía, pero si pensaba que tenía posibilidades con Víctor, que lo olvidara, no la veía su tipo para nada.

Qué doloroso me resultaba aquello, el pensar si alguien era o no el tipo de mi chico. Se lo iban a rifar y yo me había quedado sin papeletas. Las cosas habían dado un giro de medio a medio y, de sentirme tremendamente feliz, ahora acusaba la desdicha en toda su dimensión.

Capítulo 19



—¿Cómo dices? —Me quedé helada aquella tarde de jueves. Me había citado con Cintia para merendar, pero su llamada me cogió de improviso.

—Lo que has escuchado, que Bea se ha tomado un tubo de pastillas, José Luis va para el hospital y yo me tengo que quedar con el peque. Pensé que querrías saberlo.

¿Bea se había intentado suicidar? Dios mío, ¿por qué? ¿Se habría arrepentido de acusarme y quiso tirar por la calle de en medio? No quería ni pensar que yo tuviera algo que ver con un suceso tan trágico.

Si la que fue mi amiga se había sentido mal hasta el punto de querer tirar para el otro barrio, yo debía estar con ella. Fuera lo que fuese lo que pasó por su cabeza a la hora de tomar tan lamentable decisión, debía sentirse rematadamente mal.

Llegué al hospital y me abracé a José Luis, quien me presentó a Samuel, que tenía una cara de cordero degollado que no podía con ella. Normal, el hombre debía estar pasando uno de los peores momentos de su vida.

Tampoco tardaron en llegar Martín y Víctor, que entraron casi al mismo tiempo.

—¿Se sabe algo? —me preguntaron mientras José Luis trataba de tranquilizar un poco a Samuel.

—Todavía nada, le están haciendo un lavado de estómago.

—¿Qué ha podido pasar por la cabeza de esta mujer para hacer una cosa así? —Víctor me miraba fijamente mientras formulaba aquella retórica pregunta.

—Sé de buena tinta que debe sentirse muy mal por algo que dijo, pero no es momento de hacer juicios de valor—concluí categóricamente.

Que sintiese una barbaridad que Bea tomara una decisión tan drástica no quería decir que lo mío no me doliera.

—Yo también pienso que tengo algo que ver—nos confesó en voz bajita Martín, a bien que Samuel no lo estaba escuchando.

Su confesión me escamó más de la cuenta, ya que sus palabras corroboraban lo que en su día me contó Bea. Y si no estaba enamorada de Víctor, ¿cuál era la razón de su ataque? Cada vez estaba más liada la cosa y yo no paraba de resoplar.

Los ojos de Víctor me decían que algo comenzaba a no encajarle tampoco y rogué al cielo porque la madeja se desenmarañara. Dadas las circunstancias, me sería totalmente imposible presionar a Bea. Antes de eso, mejor sería que hiciera las maletas y me volviera para Málaga con mi madre.

A la buenaza de Inés hubiera querido tener a mi lado, que esa sí que me habría dado ánimos y no que me sentía totalmente desesperada.

Víctor salió a la calle y yo tras él. Me disgusté cuando vi que sacó un paquete de tabaco de su chaqueta.

—No me mires así, fumé de joven y volví a hacerlo cuando la enfermedad de Chus. No me va a pasar nada porque lo haga ahora una temporadita.

Con lágrimas en los ojos, volví a la sala de espera.

El médico salió en este instante y le quitó hierro al asunto.

—Ya está fuera de peligro, le hemos tenido que hacer un lavado de estómago, pero su rápida intervención ha sido providencial—le indicó a Samuel y él le dio la mano en señal de agradecimiento.

—¿Puedo pasar a verla, por favor? —Sería lo que Bea dijese, pero preocupado se le notaba tela.

—Enseguida, pero ha pedido que pase una tal Susana, no sé si es usted. —Se dirigió a mí por ser la única mujer que aguardaba con el resto de mis compañeros varones. Tamara seguía sin hacer acto de presencia en un lugar en el que no se le había perdido nada.

—¿A mí? —No lo esperaba, llevaba días sin dirigirme la palabra.

—Sí, a usted, acompáñeme, por favor.

La palidez de Bea saltaba a la vista.

—He tenido días mejores, ¿no, Susi? —me preguntó cogiéndome la mano.

—Hombre, ya te digo yo que para ponerte el traje de flamenca y tirar para la feria de Málaga no estás, que tendrías que coger algo de color, mujer.

—¿Me dejarás que vaya contigo algún día a esa feria? ¿Podrás perdonarme? Si es que no tengo perdón de Dios, no lo tengo...

—Explícate, Bea, que me tienes en ascuas, ¿por qué dijiste eso, cariño?

La pena que me estaba dando era tremenda, ya no podía atacarla, además que parecía por la labor de confesar.

—Porque Tami me chantajeó camino del hospital, mientras ibas con Nacho en la ambulancia, por eso. —Se echó a llorar a mares, imposible pararla.

—¿Que te chantajeó esa malnacida? Dime con qué, no lo entiendo.

Lo único que entendía era que me estaban entrando unas ganas de coger a miss simpatía por el pescuezo cuando la tuviera delante que no sabía si podría contenerme.

—Con hacer público lo mío con Martín. Y ahora que Elena está embarazada, con toda la cola que eso traería.

—¿Y ella cómo lo sabía? Palabra que yo no me he ido de la lengua con nadie, y menos con ella, vamos.

—Lo sé, lo sé, ¿te acuerdas del día que te lo conté todo en el baño? Pues no tomé la precaución de mirar si había alguien en los wáteres. Y para mi desgracia allí estaba ella, agazapada tras la puerta, empapándose de todo. Sé que no es excusa, pero pensé que si no seguía sus instrucciones iba a destrozar a Martín, y a Elena, y al niño que viene en camino. Y de paso, yo me quedaría sin Samuel a la par que sin el hombre al que de verdad amo. Fui una cobarde y te sacrifiqué a ti antes que hacerlo con ellos y con mí misma. Eras la última que había llegado y, a pesar de que me considero tu amiga, tuve que elegir. Lo siento, lo siento mucho, Susi...

Sus lágrimas me conmovieron y se fusionaron con las mías. No podía imaginar una confesión como aquella y claro que la perdonaría, yo tampoco querría verme en su situación.

Capítulo 20



—¿Cómo te sientes amiga? —le pregunté un par de semanas después, cuando se reincorporó a las clases.

—Mejor, mejor, el psicólogo dice que ya va siendo hora de que me enfrente a los pequeños monstruitos y yo creo que tiene razón, no debe haber en el mundo una terapia mejor.

—Estoy de acuerdo contigo, así que ahora brindaremos con un par de cafecitos.

—¿Brindar con café? ¡Qué triste!

—No, mujer, lo triste es no brindar. Ya pimplaremos una nohecita que salgamos tú y yo, pero por ahora nos tenemos que conformar con esto. —Saqué un par de tacitas y nos las tomamos allí en la sala de profesores.

El ambiente no podía estar más relajado, ya que Tami llevaba una semana fuera de combate. Martín hizo peso para que su expediente la llevara fuera del centro y lo logró. En un principio, le amenazó a él también, pero el chaval se puso en su sitio y le dijo que si movía un dedo para seguir haciéndoles daño terminarían viéndose en un tribunal de justicia. Y debió hacerlo con tal contundencia que la otra tomó nota, recogió sus cosas y se marchó sin decirnos a ninguno “ni por ahí te pudras”.

Víctor entró en la sala con aquella sonrisa que no se le quitaba de la boca.

—¿Cómo están mi compañera preferida y mi chica? —Le dio un abrazo a ella y un beso en los labios a mí.

La confesión de Bea nos había vuelto a unir y nos prometimos que ya nada ni nadie atentaría

contra nuestro amor. Ambos estábamos dispuestos a salvaguardarlo con uñas y dientes, como se merecía.

—Mejor, mejor. Y viéndoos tan felices, más todavía.

La mirada de complicidad que nos dirigió se transformó en otra de amor cuando entró Martín en la sala.

—¿Qué tal, Beita? —Se sentó a su lado, de lo más cariñoso.

Lo de aquellos dos era una jodienda total, pero dadas las circunstancias, al menos no se había saldado con una noticia de esas que aparecen en los rotativos.

—Mejor, gracias, con ganas ya de guerra, Martín. —Ella no se dirigió a él con un diminutivo, pero sí con un tono igualmente suave.

No podía dejar de pensar en lo afortunada que era. Yo sí que disfrutaba del amor, mientras que ella tenía que seguir escondiéndolo y esperar cada día a verlo a ratitos sueltos en el cole, sin privacidad alguna, sin poder ni siquiera darse un beso.

En cambio, nosotros quedábamos ya todas las tardes, bien en casa de Víctor o bien para llevar a Nacho a montar en patinete y demás. No había rato que no intentáramos estar juntos.

Un par de días después Víctor me dio la sorpresa.

—Nos vamos de fin de semana, no te preocupes que yo me encargo de todo.

—¿Nos vamos? ¿Quiénes nos vamos?

—Pues nosotros tres, quiénes vamos a ser, amor.

—Alaaa, qué planazo, ¿y a dónde?

—Muy lejos no puede ser, que para eso no tenemos tiempo, pero se me había ocurrido que a la

Manga del Mar Menor, ¿la conoces?

—Para nada, pero muero por conocerla ya.

Impacientilla era, que eso siempre me lo echaba en cara Inés, quien estaba fascinada por verme tan feliz.

—Cualquier día me vuelvo ahí con Curro antes de que dejes ese apartamento tan pintoresco, que me da en la nariz que me voy a quedar sin verlo—me dijo en una de nuestras conversaciones.

—¿Tú crees? Anda ya, que es muy pronto para pensar en esas cosas.

—Claro, cochete, como tenéis quince años los dos, vuestros padres no os van a dejar.

Mi madre desde luego que sí, que después de verme llora que llora por las esquinas como a la Zarzamora, la mujer estaba que no cabía en sí de gozo de verme tan contenta.

—En un plis me vuelvo ahí otra vez a conocer a mi nieto y a mi yerno—me comentó ese día.

—O vamos nosotros a Málaga, que igual nos colamos todos por tu puerta, ahora soy yo la que te amenazo.

—No caerá esa breva, hija mía.

—Pues mira, mamá, se me está ocurriendo una idea.

Dicho y hecho, lo de la Manga del Mar Menor sonaba guay, pero no se iba a mover de donde estaba. Y a Málaga había más distancia, pero el viernes al mediodía, en cuanto salimos de las clases, cogimos el coche en el que ya estaban nuestras maletas.

—Susi, ¿nos da tiempo de escuchar unas cuantas canciones de Rosalía antes de llegar a Málaga?

—Nachete, tú de geografía tampoco vas muy bien, ¿no?

Los tres nos echamos a reír, aunque él casi se echa a llorar cuando le conté el porrón de horas que

nos separaban de Málaga.

—¿Y tú por qué tienes que ser del quinto pino, Susi?

—Mira tú qué listo, ¿no serás tú el que viva en el quinto pino? Que la misma distancia hay, chaval...

—Eso te pasa por listillo, hijo. —A Víctor nuestras conversaciones le llenaban, se mostraba encantado de que nos lleváramos tan bien. Y es que, en contra de los malos pronósticos iniciales, Nacho se había acoplado a la perfección a mí. Y no digamos yo a él.

Para ese entonces, ya se me habían quitado de la cabeza toda clase de tonterías, y hasta estaba deseando conocer a su tía Esmeralda, ya que todo lo que viniera por parte de Chus debía ser también aceptado por mí. Era lo justo...

Hicimos un par de paradas, una para almorzar y otra para merendar, y llegamos a Málaga a eso de las once de la noche.

—¿Me he equivocado y tirado para Ferrol? Si están cayendo chuzos de punta. ¿Qué es esto? — Víctor se partía porque no había manera ni de bajar del coche de lo mucho que llovía.

—¡Mamá, ya estamos aquí! —le chillé a esa mujer que nos esperaba en la ventana, aunque difícil debía ser ver con tantísima agua.

—Tú debes ser Nacho, pero chiquillo, qué hechuritas más graciosas, tienes.

—Susi, ¿qué son hechuritas?

—Las hechuritas son lo que te voy a comer yo, pitufo.

—De eso nada, que no hay ni un solo pitufo pelirrojo, que lo sepas.

—Y tú qué sabrás listillo, si eso no se ve debajo del gorro.

Nacho cayó en coma en cuanto mi madre nos dio de cenar aquel puchero calentito que nos cayó tan bien, y los adultos nos quedamos charlando.

—Me gusta hija, a este sí que lo veo como yerno—me confesó en la cocina mientras servíamos unos chupitos.

—¿Sí, mamá? ¿Y qué me cuentas del renacuajo?

—Ese, ese se las sabe todas. Chocha me va a dejar, me lo vais a tener que prestar una temporadita.

Desayunamos en la calle, habida cuenta de que llovió a cántaros toda la noche y amaneció una mañana preciosa.

—Me gusta tu Málaga—me decía Nacho mientras degustábamos aquellos exquisitos churros con chocolate.

—Y más que te va a gustar, ya verás cuando te traiga a la feria a montarte en los cacharritos, y a la playa...

—Oye, que en Castellón también tenemos playa, a ver qué te has creído.

—Anda ya, eso te lo acabas de inventar tú, que tienes mucha imaginación. —También me lo pasaba pipa quedándome con él y haciéndolo rabiar.

—Papá mira lo que dice.

—La verdad, qué voy a decir, allí lo único parecido a la playa que hay es la piscina de pijos de vuestra urbanización. —Le hice burla y él me la devolvió.

—De nuestra urbanización, querrás decir—matizó Víctor.

—Pues eso he dicho, de vuestra urbanización. Huy, Nacho, que tu padre va a necesitar un sonotone y no lo sabíamos.

—¿Qué es un sonotone, Susi?

—Un aparato para escuchar, que está teniendo de los dos oídos, chiqui...

—Nada de eso, solo es que no me estás entendiendo, de “nuestra”, de los tres, porque digo yo que no vas a volver a “Villa Matilde” con lo bien que puedes estar con nosotros en casa. O, mejor dicho, con lo bien que podemos estar nosotros contigo.

El churro que sostenía entre los dedos salió danzando y no sé ni dónde aterrizó, mientras mi madre me limpió el chocolate que me quedó en la comisura de los labios.

—Susi, hija, respóndele al chaval, que parece que has entrado en trance y a mí me parece muy requetebién lo que te ha dicho.

Si a ella le parecía bien, yo vi el cielo abierto, porque a mí sí que me fascinó la idea.

—Yo, a vuestra casa, claro, claro... Sí, quiero.

—Susi, que no te ha preguntado si quieres casarte con él, solo si te vienes a vivir con nosotros, ¿te vienes porfi?

Capítulo 21



Las palabras de Nachete fueron un vaticinio, porque no me lo preguntó en aquel momento, pero sí al verano siguiente. No adelantemos acontecimientos, vamos por partes.

A la vuelta de aquel viajecito, en el que conocieron a todo mi entorno incluidos Inés y Curro, me instalé en su casa. A Matilde le sonó a cuerno quemado que yo le entregara la llave de su mansión, pero no pude hacerlo con mayor gusto.

Desde ese día comenzamos a vivir los tres como lo que ya éramos, como una familia. Si a Víctor le había mejorado el carácter desde que estábamos juntos, no digamos ya el de Nacho. No, no voy a decir con esto que se convirtiera en un empollón de esos, como él decía, pero nuestro niño se mostraba súper cercano a nosotros y comenzó a mejorar mucho en los estudios.

Fue en Semana Santa, en una escapadita que nos hicimos a Málaga, cuando me dijo por primera vez “mamá”. No fue algo consciente, sino tan inesperado como natural. Yo le iba a comprar unos roscos cuando me preguntó un sencillito, “¿tienes suelto, mamá, o se lo pido a papá?”.

Roscas no comí, que se los dejé todos a él, pero a mi niño sí que estuve a punto de engullirlo de pies a cabeza. Víctor estaba eufórico también, porque nada más importante para él que ambos nos quisiéramos tanto.

—Si no lo veo, no lo creo, y ha salido de él—me decía con lágrimas en los ojos.

—Ya te digo, no veas si me ha salido rentable el paquete de roscos, estoy taquicárdica.

Me puso la mano en el pecho, en ese pecho detrás del que se le iban los ojos todo el día, y lo comprobó.

Meses más tarde, como he dicho, en plena feria de Málaga, fue él quien me dio la sorpresa.

Andábamos Inés y yo marcándonos unas salerosas sevillanitas en pleno tablao cuando lo vi venir hacia él. La caseta era familiar, pues la regentaba mi primo Joaquín, y estábamos los más allegados.

—Primo, cojo el micrófono un momentito—le indicó con tal salero que dudé si no habría nacido en aquella mismita tierra. Ya se lo preguntaría a su madre, con la que me llevaba genial.

—Todo tuyo, dale...

Bailar no logré que bailara gran cosa aquella noche, pero lo que vino a decirme compensó esa falta con creces.

—Amor mío, ven para acá. Igual te coge por sorpresa lo que voy a decirte y me das con un tacón de flamenca en la cabeza, pero es que no se me ocurre un sitio mejor. Susi, sabes que me tienes loquito desde que te conozco, y que junto con el enano aquel—lo señaló mientras él seguía sorbiendo de su pajita—, formamos un equipo sensacional y una familia para quitarse el sombrero, como tú dices. Siendo así, ya solo nos queda cerrar el círculo y para eso lo que quiero es pedirte que te cases conmigo, ¿qué me contestas?

—¿Te tengo que contestar o vale con que mires el temblor de mis piernas? —Me levanté las enaguas de mi traje de flamenca y las canillas apenas me sostenían.

—Le tienes que contestar, que esta vez sí que te lo está pidiendo, mamá—apuntilló mi niño, que ese no daba puntada sin hilo.

—¿Y qué le contesto, Nachete? —Hasta la flor de mi pelo sabía que la contestación era que sí, pero había que darle un poco de emoción al asunto.

—Pues dile que sí, que sí quieres, ¿qué harías tú sin mí?

Nada, yo sin él no haría nada. Y sin su padre tampoco, porque ambos eran mi locura.

—¿Yo tampoco puedo verte, mamá? —me preguntaba a través de la puerta el día de nuestra boda,

que también se celebró en Málaga.

—No, Nachete, que tiene que ser una sorpresa.

—Pero es que yo ardo en deseos, mamá.

—Será posible, ¿dónde has escuchado tú esa expresión, mico?

—Me la dijo Gilda, que ardía en deseos de ser mi novia.

Para flipar, lo de aquellos niños era para flipar. Carlitos se reía a su lado, poniéndose la mano en la boca.

—Estos dos capaces son de hacerte una foto y mandársela a Víctor, yo de ti me andaría con cuidado. —Mi querida Inés me colocaba la cola.

—No, no, que no tienen móviles todavía, no fastidies.

—Pues con el tuyo, métetelo donde te quepa, que no me fio...

—Sí, estaría bonito, como si fuera un huevo de esos de las sex shops, no me fastidies. ¿Y qué dice mi Currito?

Hasta el gato estaba vestido de gala, que la nuestra era una boda de postín.

—Pingüinos, parecemos pingüinos—se decían los niños, que iban con sus fracs, igual que los adultos.

—Y yo por fin me pongo la peineta. —Mi madre estaba todavía más nerviosa que yo, diciendo aquello de que iba a tener que creer en el amor a la fuerza.

—Claro que sí, que te vamos a llevar al programa de Juan Inmedio y te van a salir los novios al porrillo—la animaba Inés.

—¿Tú crees? Mira que a mí me dan mucho apuro esas cosas, pero lo mismo un día me animo y la formo.

—Eso es lo que tienes que hacer, mamá, buscarte un novio por la tele. —Yo estaba pletórica mientras mi prima Valentina, que era maquilladora, le daba los últimos toques a mi maquillaje.

—¿Abuela te vas a echar novio? —El pitorreo de los niños era sensacional.

—Con tal de que tú me sigas diciendo abuela, yo hago lo que sea menester, hijo de mi vida.

Mi madre estaba que se salía con Nacho, el pillín aquel se las llevaba de calle a todas, y había conquistado hasta a su abuela postiza, que ejercía el puesto con honor. Y no solo ejercía con gusto de abuela, sino de suegra y ese día también de madrina, siendo mi cuñado Rodolfo el padrino.

Nos pareció lo mejor al no tener yo padre y, dado que a mi suegra no le importó en absoluto, todos contentos.

Rodolfo y Víctor estaban vistiéndose en un hotel, y mi cuñado no tardó en pasar a por mí.

—¡Toma ya con el padrino! Qué lastimita que sea de donde Cristo perdió la boina, que si no ya te diría yo si me iba a convertir en tu concuñada o no. —Inés le había echado el ojo desde que llegamos a Málaga, unos días antes.

—Pues ámate, que ese sí que sería el mejor regalo de bodas que me hicieras; el de plantarte allí con Curro.

—No me des ideas, no me des ideas, que no veas si me están entrando ganitas.

Vi a Víctor en la puerta de la iglesia, pues se negó en rotundo a esperarme en el altar. Mi chico decía que no aguantaba más y que necesitaba vitorearme en cuanto bajara del coche.

—¡Ya hermanito, que la vas a gastar de tanto mirarla! —le indicó Rodolfo antes de que se escuchara un estruendo que no sabíamos de dónde venía.

Víctor miró a los enanos, que portaban muertos de la risa un cañonazo de confeti.

—Ay, *joer*, qué susto, que creí que ya se había liado otra vez como cuando Tejero.

Mi madre no podía ser más alarmista, y entre su comentario, y la risa de los niños, todos acabamos doblados como alcayatas.

—El cañonazo es al salir de la iglesia—les explicó mi cuñado a los dos renacuajos, que demostraron ser de gatillo fácil.

—Es que, si no nos explicáis las cosas...—Se encogieron de hombros.

—Ni un sobresalto más durante la ceremonia, que me sale la vena de profe, ¿me habéis entendido?

—¡A la orden, señorita Susana!

Se pusieron los dos firmes y tomaron buena nota, pues no hubo altercado alguno durante una ceremonia en la que Víctor y yo lloramos a tutiplén, cogidos de la mano.

El “Vivan los novios” que soltaron en el mismo momento del beso sí que fue también algo precipitado, pero es que si no la liaban un poco no eran ellos.

—No sabes lo feliz que me has hecho casándote conmigo, mi vida. —La voz todavía no le salía del cuerpo a Víctor en el que me confesó que era uno de los días más emocionantes de su vida.

Para mí, que no me había casado antes ni había tenido hijos biológicos, era el que más. Y así se lo hice ver también. Matizo lo de biológicos porque madre de aquel trasto me sentía como la que más.

Y feliz también estaba como la que más una Inés que no perdía de vista a Rodolfo, que salía de la iglesia del brazo de mi madre.

—Hincármelo, lo mismo me lo hincó—me espetó horas después durante el baile.

—De eso nada, si vas a por él, ve a por todas, que esto merece la pena, te lo digo yo.

Y tanto que merecía la pena, aunque solo fuera por ver las caras de felicidad de todos los nuestros, por no hablar de la mía y de la de Víctor, que eran para alucinar.

Lo de los niños era capítulo aparte, porque esos vivieron también un día inolvidable. Nada como estar en compañía en momentos así. Nacho tenía en Carlitos un hermano, lo que no quería decir que no nos hubiera preguntado ya por la posibilidad de que la cigüeña nos visitara.

Epílogo.



2 años después...

—Empuja, cariño, que tú puedes. —Menos mal que Víctor estaba fuerte como un roble, porque de no ser así le parto la mano en siete.

—Qué remedio, eso o reviento, pero no me coges en otra. —Sí, había pasado, la emprendí contra él en el parto.

Yo había escuchado hablar de ello y siempre me reí al respecto, no creyendo que fuera posible. Pero sí, lo era. Posteriormente lo negaría ante cualquier tribunal de justicia, pero le di la suya y la de su prima durante el nacimiento de Inés.

Por supuesto, mi niña se llamaría así haciendo honor a su tata y madrina. No vendría para echarle el agua desde Málaga, no, que esa ya llevaba una temporadita prometida con Rodolfo. Se le había metido entre ceja y ceja, y buena era para no salirse con la suya. Ellos todavía no estaban esperando, pero también eran una familia de cuatro, si contábamos a Currito.

—No la emprendas con él, que no tiene culpa, Susi. —A ella también la habían dejado pasar al paritorio.

—Tú qué eres, ¿el árbitro? ¿Qué sabrás tú de quién tiene o no culpa? —Estaba yo de una mala leche como para que me rebatieran nada.

Pese a todo, no puedo quejarme, en términos generales, porque el parto se desarrolló con rapidez e Inés llegó al mundo con mejor color que una rosa.

—Pero si es igualita a ti...—Víctor me la puso sobre el regazo y morí de amor.

—Me parto, igual que ella, pero en pelirrojo—añadió Inés.

Sí, la fina pelusilla que cubría su cabecita así lo indicaba. Mi niña era una monería... Una monería a quien los pulmones le debían funcionar a la perfección, porque comenzó a dar unos berridos que se escucharon en todo el hospital.

En tres días ya estábamos en casa y me bandeaba bastante bien, pues apenas tuvieron que ponerme puntos.

Nacho perdía pie con su hermana y me ayudaba en todo con ella.

—Déjame, mamá, que yo le cambio los pañales—me decía desde los primeros días.

—Lo que hay que ver, si se le da mejor que a mí. —Víctor alucinaba con el tema, y no es que a él se le diera mal, pero es que Nacho parecía haber nacido para eso.

Si antes la vida me había demostrado que uno más uno son tres, ahora formábamos un cuarteto de lujo.

—Pues claro, papá, y yo la voy a enseñar a montar en patinete, y en bici, y a leer y...

Hasta a leer, y no me extrañaba, porque nuestro hijo cada vez nos traía mejores notas.

—Y a lo que te dé la gana, que para eso eres tú el hermano mayor más saleroso del mundo. Anda, pon la mesa que enseguida van a llegar nuestros invitados.

Aunque Inés, Rodolfo y Carlitos nos visitaban con frecuencia, ese día no les esperábamos a ellos, sino a otra pareja que también venía con sus dos niñas; Martín y Bea.

Si bien en un principio llegaron a pensar que lo suyo no tenía caso, y trataron de olvidarse el uno del otro, no lo lograron. Para colmo, Elena perdió el bebé que esperaba en el primer trimestre de embarazo y fue a parar también a la consulta del psicólogo, lo mismo que Bea.

No obstante, su terapia fue providencial para dejar a Martín libre, porque después de un año de tratamiento le soltó el bombazo; ya no necesitaba seguir, pero acudía ilusionada todas las semanas, porque se había enamorado de su psicólogo.

Tal hecho le abrió a él la puerta para, ya sin remordimientos, comenzar una relación con Bea, cuyo matrimonio ya hacía aguas por completo en aquel momento.

Desde entonces no habían vuelto a separarse, por lo que todo a nuestro alrededor marchaba sobre ruedas. De Tami no volvimos a tener noticias, ni bendita falta que nos hacía.

Quien estaba también desbordada de felicidad con su nieta era mi madre, que esa sí que no quería saber de hombres ni en pintura. Decía que ella solita se las apañaba muy bien y que, si acaso se iba a comprar un *Satisfyer*, para tenerlo todo en la vida.

Menos mal que tal burrada no llegó a soltarla delante de Nachete, a quien le hubiera faltado el tiempo para preguntarme qué era eso. También sus otros abuelos perdían el norte con la pequeña Inés, quien ya apuntaba carácter, pero sonreía, particularmente con su hermano, que no perdía ocasión de sacarle una sonrisa.

Yo no veía la hora de vestirla de flamenca a juego conmigo y pasearla por mi feria de Málaga, que iba a causar furor mi muñeca.

No podía ser más bonita mi familia, ni mejor mi marido, que no solo se revelaba cada día como un mejor padrazo, sino como un increíble compañero de vida en el que encontré a mi media naranja.

—Mamá, mamá, ¿no es esto un diente? —me preguntó Nachete.

—Cariño mío, la hermana no tiene dientes todavía, sería un caso digno de salir en una revista científica.

—Esas son las ganas que tienes tú de llevártela a hacer el gamberro por ahí, hijo...

—Sí, anda que no voy a fardar nada de hermana. —Hacía como que cogía el carro y yo llevaba como un coche de carreras por todo el salón.

—Suerte que no está montada o iba a echarle un buen caño de esos que te gustan, Nachete.

—Oh, no...—Eso sí que lo traía por la calle de la amargura, pues bastaba con que la cogiera, para que la niña se vaciara. Y él no sabía dónde soltarla.

—Es lo que hay, si eres el hermano mayor, tiene que ser con todas las consecuencias. —Alboroté su pelo y tomé a la pequeña, que estaba en brazos de su papi.

—Quietos, quietos, que tenéis una foto increíble...

En ese instante sonó el timbre y la peque se asustó, por lo que comenzó a dar unos buenos alaridos a modo de llanto. ¿No queríamos niños? Pues ahí lo llevábamos. Fin de la historia.

RRSS:

Facebook: [Carlota Manzano](#)

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano